

**Alejandro  
Rozitchner**  
**Ganas de vivir**

**La filosofía  
del entusiasmo**

**Sudamericana**

ALEJANDRO ROZITCHNER

# Ganas de vivir

*La filosofía del entusiasmo*

EDITORIAL SUDAMERICANA  
BUENOS AIRES

## Índice

Cubierta

Prólogo

Introducción

La observación de la vida real es la materia privilegiada del pensamiento

Un libro te puede cambiar la vida

Vivir es avanzar o El sentido de la vida es el crecimiento

Dos planes vitales básicos: sobrevivir o crecer

Nadie tiene un cuerpo (lo somos)

No es imprescindible hacer terapia (pero ¡cómo ayuda!)

El egoísmo es una noción mal construida

No es cierto que quien más sabe, más sufre

No hace falta estar preocupado todo el tiempo

Aprender a vivir es aprender a soportar lo indefinido

Lo problemático es parte de lo real, y no algo que no debería existir

El despelote de nuestras sociedades no es un defecto

De las confusiones se sale diciendo qué se quiere

La diferencia debe ser expresada, más que respetada

Identidad es deseo

Entusiasmo es felicidad cotidiana

El entusiasmo es una manera de vivir

Uno habla mal de los demás cuando todavía no logró hablar bien de sí mismo

La cultura es el entusiasmo por la vida

Un cambio trae muchos otros, “EL” cambio no existe

El tema de la creatividad no pasa por plantear “hacer bien”, sino “qué” hacer...

El miedo personal nos limita más que las limitaciones sociales

El que “la tiene domada” no resulta interesante

Por deber, nada. Por querer, todo

El desorden no es nuestro enemigo, es nuestro aliado

La crítica es una falsa inteligencia

Una posición trágica nos paraliza. Una posición entusiasta nos hace activos

No es fácil soportar que las cosas salgan bien  
Desde afuera los otros parecen perfectos, pero todo adentro es conflictivo  
El sentido es el rédito de los valientes (hay que ganárselo)  
La determinación no elimina la libertad, la realiza (la inicia o permite)  
Para poder ver hay que sentirse menos visto  
Madurar no es ponerse serio o volverse aburrido  
El hedonismo es una opción imposible  
Intimidad y realidad son la misma cosa  
Lo espontáneo parece poco valioso, pero es exactamente lo contrario  
¿Qué te autoriza a hacer algo? El deseo de hacerlo  
Con el desarrollo personal los defectos (o síntomas) devienen virtudes (o recursos)  
La vida es una aventura  
Todo no se puede  
La belleza está viva  
El arte está en todas partes  
La música alinea los planetas internos  
Trabajar es sensacional  
No toda exigencia es imposición  
La posibilidad reina  
Devoción no, intercambio sí: la admiración es una invitación a hacer  
La evolución de la amistad es juntarse para hacer algo  
Querer no es sólo desear el bien  
El romanticismo no desaparece, se transforma  
Algo a evitar: despersonalización  
Algo a lograr: desneurotización  
Los libros están al servicio nuestro, no nosotros al suyo  
El mundo actual no está lleno de amenazas  
El miedo construye lo que teme  
Vivimos un avance moral y un avance en las costumbres  
Si algo no se entiende, hay que pensarlo por escrito  
Algo que uno no terminó no fue necesariamente un fracaso  
Armamos crisis cuando prolongamos las cosas más allá de sí mismas  
Es mejor pensar para qué sirve algo que para qué no sirve

Usar y ser usado: lo mejor que te puede pasar  
Hay que buscar intencionalmente la actualización personal  
La sospecha: un modo de vivir  
Hay que desprenderse de la mala conciencia  
La salud se mide en proyectos  
La insatisfacción es una manera de no estar  
Hay que superar la filosofía de la gravedad  
El pensamiento tiene que parar  
No se puede vivir enchufado a los medios de comunicación  
Lo de las máscaras es verso: uno existe  
El fondo de nuestra cotidianidad es el universo, no los medios  
La familia realiza la mayor aventura psicodélica  
Al principio los hijos aprenden de los padres, después al revés  
La paternidad es de suprema importancia  
Tener hijos es la cosa más increíble del mundo  
Dos textos sobre la muerte de mi mamá  
Hay que poner algo antes de la muerte  
Qué es cumplir 40 años  
Dudar es bueno, pero dejar de dudar es mejor  
Las opciones son: comodidad o excitación  
Agradecimientos  
Créditos  
Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA

*A Félix Rozitchner*

## PRÓLOGO

Me llena de entusiasmo poder prologar a mi amigo Alejandro Rozitchner, una persona llena de pasión, ideas creativas y un gran amor por la vida. En este libro, Alejandro nos plantea con valentía y honestidad una serie de premisas o principios que, en primer lugar, le fueron útiles a él, y que generosamente quiere ahora compartir con sus lectores.

*Ganas de vivir* propone una actitud, un programa, una filosofía de vida: la filosofía del entusiasmo. Estar entusiasmado, apasionado, es ser, según él, protagonistas y no espectadores de nuestra propia existencia y, de esa manera, servirnos a nosotros mismos para crecer, para sanarnos. Estoy convencido de que cuando uno recupera el “control remoto” de su mundo emocional se transforma en el arquitecto de su propio destino, se vuelve un ser libre. Es verdad que no todas las “batallas” que nos toca enfrentar las elegimos o dependen de nosotros, pero sí podemos elegir cómo reaccionar ante ellas, como elocuentemente demuestran estas páginas.

Este estimulante camino que nos sugiere Alejandro no es algo fijo, un estatus, sino un *avanzar*, un derrotero y, como todo proceso, se sigue transitando. “Vivir es siempre avanzar”, nos señala el autor, siguiendo el modelo inspirador de Carl Rogers. Pero Alejandro nos regala algo más que sus inteligentes y originales observaciones: acompaña amorosamente al lector, con ejemplos tomados de su propia experiencia vital, en ese avanzar, en ese crecer, desarrollarse y madurar.

Recomiendo la lectura de este texto que, con un lenguaje llano, simple pero profundo, nos invita a recorrer el camino del entusiasmo, que no es ni más ni menos que el de la felicidad cotidiana. Que ofrece, tal como subraya su autor, “el punto de vista desde el cual es posible dar con una geografía de nuestra existencia”.

BERNARDO STAMATEAS

Octubre de 2010

## INTRODUCCIÓN

Yo creo en los libros que te dejan entrar rápido, que se leen con gusto, que te llevan y te hablan claramente. Creo en las escrituras íntimas, sencillas, capaces de producir cercanía. Escribir y leer son formas de contacto, y la autenticidad es un requisito imprescindible. Si uno deja aparecer su personalidad en el libro, mejor, de eso se trata. Como lector, disfruto mucho más cuando el que escribe, sea cual fuere su tema, habla un poco de sí mismo y se muestra. Y cuando lo hace sin pretensiones, cuando abre el juego de su vida e incluye en él al lector tranquilamente.

Este libro está estructurado a partir de una serie de formulaciones o premisas que tratan de asuntos básicos de la existencia, que intentan esclarecer algunas de esas preguntas elementales que compartimos como personas que existen en el mundo. Estas premisas han sido útiles para mí, me sirvieron para lograr orientación, y por eso las propongo a ustedes. ¿De qué otra manera podría saber que sirven si no me hubieran sido útiles, en principio, a mí mismo? También fueron probadas con otros: amigos, alumnos, lectores de mi blog, de mis artículos, colaboradores en distintos trabajos, compañeros de aventuras. No sirven a todos, porque nada puede hacerlo, pero han servido a muchos. ¿Tal vez también a vos? Ojalá...

Sí, hay algunas cosas que se repiten, o se dicen en distintos contextos con diferencias leves, pero como aprendí de otros autores, hay que entender que esa repetición es un modo de insistir en algunas perspectivas que se consideran fundamentales, un modo de volverlas asimilables.

La filosofía del entusiasmo es un grupo de ideas que tienen como centro de la actitud personal al entusiasmo y como visión de fondo de la realidad la afirmación total. No se habla todo el tiempo de entusiasmo, pero el entusiasmo es el producto de esta visión, su centro anímico personal. Estas ideas producen entusiasmo, porque lo valoran como la mejor posición posible en la existencia. La vida, aun la generalizada vida humana, se vive siempre desde la perspectiva del individuo, y a ella hay que atender de manera especial para producir cualquier tipo de evolución cultural.

Implícita está también la idea, básica, de que uno es responsable de su propia vida. No

se trata de negar la existencia del azar, o de la fatalidad, pero sí de marcar que, aun así, hay un gran espacio para la acción posible. Uno tiene mucho que ver con la manera en la que está viviendo, con la manera en la que va a seguir haciéndolo.

*La observación de la vida real  
es la materia privilegiada  
del pensamiento*

“¿A quién mata, siempre, uno?”, se preguntaba Alberto Ure, con su estilo brillante y sacado, unos cuantos años atrás. “¡A alguien de su familia!”, se respondía luego, señalando una evidencia. Así explicaba el sentido de la tragedia. No tiene nada que ver con lo que iba a decir, pero ligué las frases por el tipo de entonación con la que sentía empezar este apartado: “¿Sobre qué piensa uno siempre?”.

Piensa sobre la vida real. ¿Acaso hay otra? Podríamos postular que sí, que hay otra, la vida irreal, es decir, la vida que fracasa al ser pensada, que no se realiza al ser vivida, la vida que uno se representa erróneamente, perdiendo pie para la elaboración del pensamiento consciente. (Qué es limitadísimo, como veremos, pero que también tiene su onda...) Perdiendo pie para eso y para todo lo demás también...

¿Sobre qué es este libro? Son ideas que tratan de abordar la vida real. Esas ideas surgen siempre con una orientación, uno está buscando algo en ellas. ¿Qué? Formas de crecer, formas de más. Este libro trata sobre principios existenciales orientadores. Sobre formulaciones que ayudan a vivir, que resuelven problemas, cosas básicas que hay que entender y solucionar para poder avanzar. Respuestas a dificultades que cualquier persona enfrenta en su proceso de vida. Este pozo de sabiduría personal (¿qué?: no, no me volví loco, es un chiste con algo que dice Nietzsche describiendo su Zaratustra: “un pozo inagotable al que ningún cubo desciende sin subir lleno de oro y de bondad”, un poquito excesivo pero lindísimo, ¿qué nos hace pensar que no se divertía al escribir, cuando todo indica lo contrario?)... Retomo: este pozo de sabiduría personal, decía, lo obtuve de mi propia experiencia. O más crudamente, y sin tanto orgullo: son huellas de mi proceso de curación. Que continúa, claro, pero al que podría considerarse ya muy avanzado, sobre todo si recuerdo de dónde venía, o por lo que pasé. ¿No es así la vida de todos?

Estas frases, las que hacen de eje del libro, son mis principios. Muchos de ellos los

voy encontrando mientras expongo los que encontré antes, quiero decir: es un proceso constante. No lo hagamos más de lo que es: son maneras de decir, formulaciones, frases, que producen un efecto positivo en la vida corriente. Lo han producido en la mía, pretendo que repitan el efecto en el potencial lector.

Es pensamiento puesto a rendir, utilizado, trabajado para que resulte útil con la mayor utilidad que un pensamiento puede lograr: dar vuelo a una existencia concreta. Lograr que una persona se despliegue, genere, se muestre y comparta la riqueza de la que es capaz. El escenario de la vida concreta es el primer escenario, el más básico, el que permite todo tipo de desarrollo posterior.

## *Un libro te puede cambiar la vida*

Un libro puede tener mucha influencia en la vida de una persona. En distintos momentos de su historia uno se encuentra con ideas y planteos que lo involucran de una manera especial. Todos tenemos dos, cuatro o cinco, o diez o veinte, libros que nos han marcado. Bien entendido creo que lo que pasa cuando un libro cala hondo es que ese libro, esa visión del mundo (ese aire, esas ideas), caen en uno como una ficha que encaja con precisión en un espacio libre que, tal vez, uno ni sabía que tenía libre. Andábamos buscando un libro, y encontramos. A los libros los usamos como ayudas para elaborar ciertas coyunturas.

Pero al sumergirnos, el libro nos trastornó. O nos acomodó. Nos hizo dar un salto. Se podría pensar también, como lo harían Irvin Yalom o Carl Rogers, que se trató de un encuentro con otra persona. Cuando en el planeta uno se conecta con otra sensibilidad que lo comprende, uno se siente real. Al tener esa entidad, crece.

Quiero aclarar que escribo este libro bajo la influencia total de, o mejor dicho, sometido a, un enamoramiento por Rogers. Hacía tiempo que no me pasaba de encontrar un autor del que sintiera que tenía tanto para aprender. O será que me calza el planteo para mis temas de ahora. Tengo que leerlo mucho, pensarlo, incorporarlo, me entusiasma y me mejora. Me llama a desarrollar lo que tengo que desarrollar, crecer lo que me toca ahora.

Ése es el eje de toda mirada y de toda intención, para Rogers: el crecimiento. Así mira también el psicoanalista inglés Donald Winnicott. La primera vez que leí las formulaciones de estos autores diciendo que el individuo era un sujeto de crecimiento, me pareció una obviedad decepcionante. Como cuando, puteando yo a alguien — contándole algún problema, supongo—, en sesión obtenía como respuesta de mi analista el comentario “parece que estás enojado”. No me digas, ¿te parece? *Se te va a reventar el marote a vos de tan inteligente, eh...* Esa última frase es transcripción de Tarufeti o Tangalanga, ese argentino malévolo que todos llevamos dentro.

Esas obviedades, la de que yo estaba enojado y la de que el individuo, la persona, es un crecimiento, y que el crecimiento y sus obstáculos son el eje para entender en general todo lo que le sucede a esa persona, es una verdad genial. Sencilla, la podés llevar en el bolsillo. Así hablaba Nietzsche de la verdad, jodiendo. (En el Zarathustra, la viejecilla del genial capítulo “De las mujeres viejas y jóvenes” entrega al personaje “una pequeña y revoltosa verdad”, algo así, que “grita a voz en cuello”.)

Lo de ser cooptado por un libro me pasó a mí, entre otras veces, cuando leí *El erotismo*, de Georges Bataille. Un libro confuso, escrito con torpeza pero con lucidez. Sentí que pasaba de no entender nada a poder organizar una comprensión del mundo en unas líneas explicativas sencillas y abarcativas. Empezaba a entender el mundo, tenía veinte años, estudiaba Filosofía en la Universidad Central de Venezuela, era un argentino en el exilio.

El libro de Bataille tenía muchas virtudes, pero tal vez para mí había una que resultaba fundamental, la de incorporar al pensamiento filosófico la dimensión básica de la existencia: la mirada desde adentro. Hablaba de la realidad observada y vivida desde la posición de ser una persona. ¿Hay otra manera? No, pero suele pasarse por alto, sobre todo en los siempre enrarecidos ambientes de la filosofía, tal vez porque de tanta racionalidad se termina por no entender nada.

A Bataille no le parecía que se pudiese “reflexionar sobre el ser” sin tener en cuenta “las pasiones que lo animan”, y sobre todo, pasiones que son vividas siempre como expresión de una experiencia interior. Aire fresco para mi mente entonces perdida. Evolución en un estudiante que busca entender.

*Vivir es avanzar o  
El sentido de la vida  
es el crecimiento*

La vida siempre es avanzar. Avance: asimilar tiempo en el sentido del crecimiento, del desarrollo. Si uno no avanza pierde el sentido. No deja de vivir, pero empieza a sentir que la vida está vacía, o que no es plena ni satisfactoria. O adopta filosofías cínicas o escépticas. A muchos les pasa eso: proyectan como visión del mundo algo que es, en principio, una incapacidad personal. Hablaremos de esa confusión más adelante.

El avance, de todas formas, puede ser raro. A veces uno está avanzando aunque crea estar quieto, porque algo está cocinando en su sensibilidad, un salto, un cambio, un movimiento que todavía no se entiende ni se percibe pero que se está preparando adentro de uno. Hay también avances que parecen retrocesos, y retrocesos que parecen avances. ¿Que es imposible darse cuenta de cuál es cuál? ¿Que es todo tan relativo que no tenemos que confiar en identificarlos? Creo que no, que hay una dirección en la vida. Que hay cosas que son avances y cosas que son retrocesos. Tal vez lo que pasa es que coexisten en cada movimiento, que algo que parece un avance puede ser un retroceso en otro sentido.

Ejemplo:

Un chico se va a vivir solo. Como está trabajando ahorró un poco de plata y se alquiló un departamento para dar cuerpo a su independencia. Avance total. ¿Por? Porque se fortalece, logra autonomía, tiene una base propia para hacer su exploración de la vida. Pero también podría ser un retroceso. ¿De qué forma? Supongamos que, en realidad, no está del todo preparado, que lo hace porque no puede responder a lo que se espera de él en la casa familiar, porque en vez de dejar de sentir que tiene que conformar a los padres elige mostrarles que puede lo que en realidad no quiere poder. Tampoco es mala la situación: desde esa posición, activa, puede hacerse fuerte. Pero también puede sentir que fracasó, que no es tan copado como para bancarse su soledad, y entramparse más en una vida oscurecida por la exigencia y el deber ser. Puede que irse a vivir solo sea un

retroceso en su camino de crecimiento porque lo hace reforzar todas sus actitudes inauténticas. De todas maneras, las dificultades que le aporta su soledad son nuevas pruebas, oportunidades, y es posible que salga igualmente fortalecido.

¿Entonces? Entonces no es que el avance no exista, sino que no surge a simple vista a través de una observación externa de los hechos. Hay que leer en profundidad. Hay que captar el interior de la experiencia, para saber qué sentido tienen las cosas. Pero el criterio para leer la experiencia es, sí, éste: ¿avanza o retrocede?, ¿hacia dónde está uno yendo? ¿Uno logra crecer, conocerse más a sí mismo, desplegar su sensibilidad y su deseo, o por el contrario adopta un aire de impostura, finge ser otro del que es, reposa en logros que parecen concluyentes de tan objetivos pero que no aportan satisfacción personal? ¿O elude el despliegue, a veces, incluso sustrayéndose a la emoción de sus propios deseos, que es desde donde se nos imponen objetivos, desde donde se traza la línea del avance, que es la del querer?

Otro ejemplo:

Una mujer logra publicar un libro de cuentos. Avance, pensamos. Por fin plasmó su arte en una forma intercambiable, que permite comunicación. Pero también puede ser un retroceso, o una forma de anquilosamiento: la impostura de hacerse la escritora, que en realidad tiene por objeto en su experiencia personal más salvarla de tener que trabajar que permitirle desplegar su mundo interno (porque tal vez no desplegó nada, sino variables de historias estetizadas que no elaboran ni expresan nada), puede congelarla en un lugar inauténtico y dificultarle su verdadero desarrollo.

Ni los avances ni los retrocesos son definitivos, claro que no. No hay por qué ser severos en este punto. Al contrario, la severidad siempre incentiva lo peor, subraya la manía y favorece el endurecimiento, factor de muerte. Muchas veces, para lograr un buen avance, uno tiene que retroceder, tiene que gastar falsas opciones, adentrarse en caminos sin salida, o con salidas falsas, de esas que no pueden sentirse como felices o plenas.

Ejemplo:

Nadie “perdió” dos años por cambiar de carrera al tercero. Fue necesario ese rodeo para llegar a esa nueva posición. ¿Son rodeos los rodeos, o son exploraciones, partes del camino directo recorridas en sentidos parciales?

¿Qué es avanzar, entonces? Crecer. Desarrollarse. Desplegarse. Madurar. ¿Y esto qué quiere decir? Poder más cosas, entender más, conocerse más profundamente. Descubrir

más mundo. Lograr mayor intimidad con otras personas, comunicarse mejor. Ser más capaz de logro, de trabajo. Sentir la plenitud, la felicidad de estar vivo, poder actuar lo que uno quiere. Saber que hay cosas que sí y cosas que no, identificarlas. ¿Qué es un logro? Construir algo que sea personalmente significativo, cumplir un deseo, superando los problemas que siempre se encuentran en el camino de su cumplimiento.

Estamos hablando de la evolución personal. Del proceso de metamorfosis que tiene lugar en la propia experiencia. De algo que le pasa al cuerpo, y que le pasa al que siente que es ese cuerpo.

Algunas de estas cosas las retomaremos más adelante, pero aceptemos que hay...

## *Dos planes vitales básicos: sobrevivir o crecer*

Sí, la vida se despliega con el sentido del crecimiento, va para allá, digamos, pero también puede uno adoptar la actitud de un embalse, y en vez de dejar que la cosa fluya en uno, por uno, a través de uno, contenerse. Sobrevivir quiere decir tratar de mantener la imposible estabilidad del *statu quo*, evitar la evolución, por considerarla peligrosa o por resultar excesiva para las fuerzas propias, o por no querer dar el brazo a torcer, empecinándose de manera patológica en la forma dada, anulando su metamorfosis natural. Emperrándose en algo que no funciona, por querer tener razón más que vivir. Me salió con un poco de bronca la frase, ¿no?, con un cierto resentimiento hacia el estilo que sostiene la supervivencia y anula el avance de la conquista, contra las visiones del mundo achicadas, que se solazan en un pequeñismo vital. Me sale una moral de crecimiento, qué vamos a hacer. Sí, es cierto que muchos que no crecen es porque no pueden, pero me resisto a compadecerlos, me sale pronunciar una exigencia. ¿Estará mal? Seguramente. Todos tenemos nuestros bemoles.

Sobrevivir o crecer. Sobrevivir es evitar el riesgo, el problema, priorizar la calma, real o ficticia, atarse a lo dado como a un salvavidas. Muchos dirán que es porque es la opción más conveniente. También podríamos señalar que es la opción imposible. No se puede no crecer. El programa de permanecer va contra todo el movimiento de la vida. Obviamente, no siempre se ve con claridad cuál es la vía del crecimiento. Y tampoco cuál es la del quietismo, ya lo observamos en el punto anterior. Por lo menos podemos bocetar las opciones.

Sobrevivir o crecer. El plan de la supervivencia es el de la debilidad. No se puede otra cosa, no se puede más. Pero la opción siempre se presenta. Quien no puede crecer opta por eludirla, y se pone en plan sobrevivir, privilegia ante todo la estabilidad, no quiere problemas. Muchas veces esto puede ser una buena decisión, si falta la fuerza para otra cosa, ¿por qué uno tendría que poder lo que no puede? Nadie escapa de tener un límite.

Sobrevivir o crecer. Creo que mi indignación se origina en que a veces se adopta una

posición quietista o defensiva no por falta de fuerza sino por temor. El miedo juega una función disuasiva. Y desde él surge una prédica que contagia incapacidad, que pretende incluso que los que podrían crecer harían mejor en descartar esa posibilidad, como si la supervivencia fuera el techo existencial al que todos debiéramos ceñirnos. Ahí está la cosa. Hay una visión del mundo que propugna la idea de que la supervivencia es la opción correcta. Y en el camino arrastra la realidad entera hacia una versión un poco miserable, limitada, que exagera todos los problemas y agiganta los peligros, para sostener que nadie debería poder lo que alguien no puede.

Sobrevivir o crecer, entonces, no son sólo dos caminos para las experiencias personales, una opción que, a veces, no es tal porque lo posible es lo uno y no lo otro. Sobrevivir o crecer son dos formas de ver el mundo, dos miradas sobre las cosas. En la mirada de la supervivencia prima la visión conservadora (el tradicionalismo es una posición falta de fuerzas) y en la mirada del crecimiento, una de cambio y evolución.

Ahora, ya que estamos, aclaremos que todas estas cosas son cosas del cuerpo, que es lo que somos. O dicho de otra manera...

## *Nadie tiene un cuerpo (lo somos)*

En el momento en que nos ponemos realistas y rescatamos la importancia del cuerpo lo hacemos adoptando una posición dualista. “Tengo que darle bola a mi cuerpo” tendría que ser formulado, en realidad, como un “quiero estar mejor, quiero mi plenitud”.

Uno de mis grandes descubrimientos es que la cabeza forma parte del cuerpo. Es un chiste, pero me gusta como respuesta a la idea tantas veces dicha de que hay que prestar más atención al cuerpo y menos a la cabeza. Caramba. Personas descabezadas avanzan por la avenida Santa Fe.

No sé si está bueno que el escritor se divierta en el texto y se olvide de lo que iba a decir. O sí, cada uno es cada uno. No vinimos a mentir, acá. Ni yo ni el lector...

Tal vez uno insiste con eso de que está afuera del cuerpo, como si en realidad uno fuera otra cosa, para poder plantear el tema de la muerte con cierta esperanza. Vanas intenciones. No es que después de morir vamos a otro lado. Nosotros somos precisamente ese cuerpo que muere. Peor: somos nosotros los que morimos.

Los juegos del doblez son divertidos: che, dice mi cuerpo que si querés traer al tuyo para que se diviertan un rato... Uno lleva el cuerpo al gimnasio o a yoga, y se tiene que quedar a esperarlo. ¿Vas a tardar mucho? ¿Y yo, qué hago mientras?

Mi cuerpo tiene hambre, le voy a preparar la comida. Uy, mi cuerpo se aburre, ¿qué le propongo? Ahora está excitado, ¿qué querrá este guacho? Como si fuera un hijo. Iluminación: eso es un hijo, un cuerpo surgido del cuerpo de uno. No por afán de amor posesivo, sino:

- 1) porque sale de uno (sobre todo de *ellas*)
- 2) porque se parece y tiene la información genética, el mismo secreto de las formas (es una continuidad mezclada con la chica que a uno le gustó)
- 3) ¡porque uno está a cargo y si uno no hace nada ese cuerpito no vive! Exactamente igual a lo que pasa con uno, o con ese cuerpo al que creemos otro pero no es.

También podríamos decir: nuestro cuerpo es nuestro hijo. Pero daría la impresión de que la conciencia inventó al cuerpo, lo que es una falsedad de falsedades, y además, hace agua también por la comprobación de que la conciencia es meramente un fragmento superficial de nuestro ser.

No terminamos de entenderlo, ni de asimilarlo: incluso nuestro pensamiento sucede mayormente fuera de la conciencia. No pensamos en palabras, dicen los científicos hoy: pensamos en imágenes, pero éstas no son representaciones visuales, sino configuraciones de energía a nivel neuronal. Posiciones magnéticas.

¿Qué es el pensamiento, entonces, si no una cosa de la conciencia, un camino de enlace de ideas y asociaciones puestas en palabras? El camino de la elaboración interna. No algo intencional, libre, que nosotros (ya no sé qué queda de nosotros en esta frase) llevamos adelante. Pensar no es una acción que realizamos, es una acción que sucede, algo que le pasa al cuerpo. No es intencional, resulta del cóctel.

¿Para qué leer estas ideas, para qué escribirlas, entonces? ¿Qué sentido tiene pensar, leer un libro? Uno lo hace porque tiene ganas, en ambos casos. ¿No era que pensar resultaba útil? Claro, uno tiene ganas porque resulta productivo, porque la expresión agrega algo a la elaboración, cuando sucede. Eso son las ganas, la tendencia a hacer aquello que nos produce el placer del crecimiento. Porque se crece en acciones inmediatas, cuentas del collar cotidiano de la vida.

Esta idea de un pensamiento que no nos pertenece, y que no ocurre principalmente en palabras conscientes, también supone que participamos de una experiencia común. Sin tampoco darnos cuenta, ni quererlo, somos parte de una cocción colectiva a la que podríamos aludir como el pensamiento social. No en el sentido en que la sociedad tiene un pensamiento, porque no hay tal unidad posible (es gracioso cuando periodísticamente se habla de lo que piensa la sociedad, porque es puro verso, guitarreada de la más absurda en la que todos los opinadores mediáticos participamos). El conjunto *sociedad* no puede dar lugar a formulaciones tan directas, suponiendo que ella es el agente íntegro de ciertas acciones que son en realidad imposibles.

*No es imprescindible hacer terapia  
(pero ¡cómo ayuda!)*

El principio de sensatez básico nos indica que no todo el mundo tiene que hacer psicoterapia, que el desarrollo de esas disciplinas evolutivas no contempla la universalidad de su aplicación. O sea: antes de que existiera la psicoterapia había personas plenas y felices en el mundo, y cabe, por lo tanto, esperar que siga habiéndolas. ¿Por qué, entonces, a muchas personas les da la sensación de que todo el mundo debiera hacer una experiencia psicoterapéutica? Muchos se defienden de tal imperativo reivindicando la existencia salvaje, perdón, es decir, la existencia natural y legítima del que no necesita acudir a este tipo de ayuda para que su vida sea perfecta y completa, al menos en la medida en que una existencia cualquiera puede serlo. Y es legítimo. ¿Cómo llegamos al absurdo de tener que argumentar que es posible vivir sin terapia?

Porque la verdad es que como recurso para el despliegue personal, para el desarrollo, el esclarecimiento y el contento individual, es tremendamente poderosa, la psicoterapia. ¿Entonces sí, todos deberían hacer una? No. No es un imperativo, es un recurso. Basta con que una persona sienta que no quiere hacer psicoterapia para que no deba hacerla. Sí, es verdad, ese *deseo de no hacer* bien puede ser pensado como una resistencia, pero ¿qué hay que hacer entonces, pegarle y llevarlo a un consultorio? ¿Te sentás y te callás? (En realidad, más cabe un *te sentás y empezás a decir pavadas y vamos viendo*.)

El paciente que no quiere, perdón, la persona que no quiere hacer terapia, va muerta. El sistema es perfecto para acorralarlo y reducirlo a paciente. Quiero reivindicar el derecho de una persona a arruinarse la vida y..., no, perdón, me equivoqué otra vez: el derecho de una persona a estar cruda y no hacer psicoterapia. ¿Qué es esto, ahora todos tenemos que ser felices?

Sí, cruda. Porque el desarrollo de la autoconciencia que se da en una buena terapia es extremadamente relevante a la hora de producir vida bien vivida, elaborada, lograda, construida a partir de un deseo expresado con la mayor libertad posible.

O sea, ordenando: claro que no es una exigencia universal, ni siquiera es una exigencia.

De la misma manera una persona puede decidir no tomar antibióticos aunque tenga una infección. Antes de la existencia de los antibióticos muchas personas lograban superar las infecciones. Al menos algunas. Algunas personas y algunas infecciones, digo.

No, no hay por qué hacer terapia, y respeto y apoyo al que decida no hacerla. Pero. Si una persona está desencontrada, la pasa mal, vive en estado de angustia o impotencia o mal humor o pobreza (material, sí, que para eso también sirve), descontenta, enroscada, incapaz de distinguirse de sus más próximos, con poca autonomía, sin empuje, sin capacidad de concentración y sin posibilidad de creatividad alguna, entonces, si tiene no digamos todas estas prestaciones, sino sólo alguna o algunas de ellas, la psicoterapia es muy recomendable.

¿Toda psicoterapia es buena? De ninguna manera. ¿Entonces? Entonces hay que tener, además, otras cosas en cuenta. Por ejemplo: en una buena psicoterapia el paciente es activo, es quien hace la parte principal del trabajo. Entonces hablo con un amigo y listo. No me saca la plata. (Cómo me irrita el argumento de la intención comercial de los psicoterapeutas, tenerlo como barrera para entrar en un proceso de crecimiento terapéutico me parece un síntoma que lo hace a uno digno de terapia, *urgido* de terapia, mejor dicho). No, un amigo no es lo mismo. Un amigo no sabe lo que sabe un terapeuta, no tiene su técnica, su experiencia, su propio proceso evolutivo bien vivido. Un amigo te quiere, cree que te hace bien cuando te sostiene en tus errores para ahorrarte dolor, o te mira desde sus propias limitaciones, no está trabajado en sí mismo para llegar a dejar de lado su interés personal en tu situación, se refleja en vos y argumenta según su situación transpuesta en la tuya.

En una buena terapia el paciente participa, en primer lugar, eligiendo, otorgando credibilidad y dotando de relevancia al terapeuta. Uno cree que cae fatalmente en manos de alguien y tiene que padecerlo hasta las últimas consecuencias, pero no es necesariamente así. Uno tiene que elegir a su terapeuta. Se hacen unas primeras entrevistas para conocerse mutuamente y ver si se puede trabajar en común. Cualquiera de los dos puede tener buenos motivos para negarse a hacerlo. El paciente puede decir que no le dieron ganas, y punto. Es legítimo, es correcto. Sí, muchos psicoterapeutas harán gala en ese momento de técnicas de control, presentando la situación como si fuera una huida de algo necesario. No hay que caer en esas redes. Los buenos psicoterapeutas aceptan con facilidad que el paciente no quiera seguir con ellos. No son almas desesperadas por poseer a los que caen en sus garras. Hay, en efecto, algunos que

pueden comportarse así, tanto como en cualquier otro rubro pero con artimañas perfeccionadas. No hay que hacer caso. (Hay también vendedores expertos en el arte de hacerte sentir que si no comprás tal cosa sos un boludo, ¿elegís esa otra, tan inferior?)

También puede pasar que un paciente se niegue no tanto porque no le sirve ese terapeuta, o porque le cayó mal, sino porque tiene demasiado temor o dificultades para acercarse al trabajo por hacer. Pero bueno, eso no es argumento para encadenarlo. Tiene derecho a tener sus limitaciones. Tal vez con otro terapeuta, más afín a su modo de ser, pueda lograr superar esa dificultad. De eso se trata, de encontrar un cómplice, alguien que pueda meterse en el mundo propio con cuidado y con respeto, y con amor, y ser capaz de comprensión y ayuda. Sí, el terapeuta no es alguien a convencer o derrotar, es alguien que quiere ayudar.

Suele decirse que en la Argentina hay mucha psicoterapia, demasiada, y que eso tiene que ver con nuestra gran capacidad para la neurosis. Mi perspectiva es distinta: tenemos en realidad muchas ganas de vivir bien, de buscarle la vuelta a la cosa, de conocernos a nosotros mismos. Tenemos mucha necesidad de intimidad, la valoramos mucho, y las terapias son básicamente un espacio para vivirla. Para que los dos involucrados (o los muchos más, si la experiencia es de terapia grupal) se acerquen y se comuniquen lo más auténticamente posible, y para que la capacidad de vivir intimidad del paciente con otras personas madure y pueda ocupar espacios.

Eso lo dice con claridad Yalom, el psicoterapeuta norteamericano sensacional, autor — entre muchos otros libros— de la famosísima novela *El día que Nietzsche lloró*. El tipo, que es genial y del que recomiendo todos sus libros, todos, dice que los pacientes llegan a terapia desesperados, y que esa desesperación tiene un único origen, un origen común. ¿Cuál? La incapacidad de vivir relaciones de intimidad satisfactorias. La incapacidad de estar cerca de alguien y lograr contacto, la experiencia de una vida en común. No de una convivencia, sino de un contacto genuino, real, consistente.

Es una idea que Yalom aprendió de Rogers, el otro psicoterapeuta americano del que ya dije que mientras escribo este libro soy fan absoluto.

¿Psicoterapia o psicoanálisis? Ex profeso, o sea, intencionalmente, me referí en este capítulo con total premeditación al psicoanálisis como a una variable de la psicoterapia, porque es lo que creo que es.

El conjunto más general y abarcativo es la psicoterapia, es decir, los muchos modos en los que un psicólogo puede plantear la experiencia terapéutica. Y dentro de ellos existe

uno que es el psicoanálisis, una técnica creada por Freud y luego alterada, para bien en muchos casos y para mal en muchos otros, por una serie de psicoanalistas y escuelas posteriores.

El psicoanálisis fue una especie de multinacional estricta de las terapias, y en otro tiempo se tomaba muy en serio la tarea de descalificar otros enfoques, y de validar uno pretendidamente más riguroso. Hoy en día la cosa aflojó y, a no ser que el psicoterapeuta esté medio loco y se cebe con alguna teoría de estrictez (los lacanianos, por ejemplo, que cultivan una especie de filosofía cristiana de trato distante y riguroso, muy volcada a la intelectualización y no demasiado provechosa en la clínica —y me refiero a los lacanianos rigurosos, porque después están los otros, más curados, más útiles, que lacanianizan pero también entienden que tienen una persona ahí y que deben ayudarla a poder con su vida—), lo más corriente es que un psicólogo o psicóloga arme su estilo personal fertilizado por diversas técnicas, enfoques y perspectivas. O sea: terminan siendo personas, como en todas las demás profesiones, y su valor y eficacia derivan de su calidad personal.

¿Conclusión? Yo la recomiendo mucho, a la psicoterapia, porque mí me ayudó enormemente. Me sirvió para lograr ser más pleno y feliz de lo que creí posible. Sí, claro, yo tuve que ver, y tal vez hubiera llegado a lo mismo sin psicoterapia (tal vez no), pero lo cierto es que uno habla de los recursos que aplicó porque siente que conoce su utilidad y los recomienda por eso. Y para todo esto hay que tomarse muy en cuenta (o en serio) a sí mismo y entender que...

## *El egoísmo es una noción mal construida*

¿Por? Porque proviene de una perspectiva moral poco valiosa. Expliquémonos: los valores son perspectivas, ésa es una de las ideas de Nietzsche que él más quería de entre las suyas. Lo dice así: no hay hechos morales. Es decir, la moral, o sea la valoración, es siempre la expresión del acto de valorar. Los hechos en sí carecen de valor, son valorados por personas que al considerarlos dicen, en forma indirecta, qué mundo quieren. Qué mundo pueden, aclararía Nietzsche, pero es lo mismo. Uno quiere lo que puede querer, lo que su nivel de fuerzas le permite sentir como beneficioso y deseable.

La antigua noción de egoísmo aparece ahora, evolucionada, en la de autoestima. El egoísmo, es decir, tenerse en cuenta a sí mismo por sobre el imperativo del deber, es hoy considerado positivo y le damos el nombre de autoestima. ¿Es tan así?

Podríamos pensar también que la idea de egoísmo sigue teniendo vigencia y utilidad para designar actitudes de extremo ensimismamiento, formas de ser en la que una persona arrasa con el mundo sin tener en cuenta nada más que su propio deseo o necesidad. Pero ¿es egoísmo eso? ¿O es más bien un deseo de baja calidad, subdesarrollado, tosco? ¿Es egoísta el que desea un bien tan solitario y primitivo, o es más bien un pobre tipo? En todos los casos se trata de ser “egoísta”, es decir, de darse gusto, de hacer lo que uno quiere. El problema no es ése, no es que esté mal ocuparse de sí mismo o vivir a partir de uno. El problema es cuando la sensibilidad que se afirma y se complace al hacerlo es una sensibilidad pobre.

Volvemos a Nietzsche. En un párrafo genial observa: el egoísmo vale lo que vale quien sea el egoísta. Si una persona es valiosa, si con él o ella la vida da un salto adelante, dice, su egoísmo es valiosísimo. Si una persona es corta, débil, miserable, pobre, su egoísmo no vale nada.

Todo para decir: la noción de egoísmo arrastra una mirada moral antigua y poco aconsejable. Los problemas que intentamos plantear a través de ese concepto deben ser pensados con otros términos. Y allí, la idea de autoestima resulta una ayuda, porque nos permite entender que la autoafirmación no debe pensarse —ni sentirse— con el matiz negativo de una reprobación moral sino de otra forma. Pensar en sí mismo es valorar lo

que corresponde valorar. Tomarse en cuenta antes que nada es, más que un error moral, el único camino posible, el que fundamenta además todo paso de crecimiento, propio o ajeno. Hacer pie en sí mismo es el único modo en el que los individuos pueden abrirse a la vida.

En el amor se ve claro. Y también Nietzsche es el que señala con claridad la cosa. “Es necesario estar firmemente asentado sobre los propios pies, pues de otro modo no se puede amar”, dice. Es un contrasentido que el amor sea considerado no egoísta, dice. Pensémoslo y vamos a ver que es cierto.

¿Qué queremos al ser queridos? Por ejemplo, ¿quiero yo que mi mujer esté conmigo en forma no egoísta, abnegada, desinteresada, por hacerme un bien a mí? ¿Que diga, por ejemplo, *uy, qué plomo este pibe* pero permanezca conmigo para que yo no sufra? Odiaría eso. Quiero que ella desee estar conmigo, que se muera por tenerme, que no le dé lo mismo. Que quiera disfrutarme, que en su egoísmo ella sienta que estar conmigo le produce placer. Que me abrace por su propio placer de sentirme, no que me haga el favor. (Además, la excitación es el reino de los egoísmos conjugados, imprescindible para el encuentro sexual.)

Queremos que el otro nos quiera porque le gusta querernos, no que lo haga renunciando a sí mismo. Esa versión sacrificada del amor es una desgracia, propia de un tiempo o una mirada triste, constructora de relaciones basadas en el deber y en la moral, en una moral pobrecita, desamorada, racional, vacía.

La completa superación de lo que clásicamente se llama egoísmo lleva a un nivel de racionalidad patológico, despersonalizado, generalmente acompañado por depresión y pasión por el reproche. Desde esa posición se mira al mundo sin comprenderlo, reprobando su constante chanchada e imperfección.

Es lo mismo en relación con los hijos, un ítem básico en la retórica del sacrificio. Se cree que uno se sacrifica por ellos, pero no me parece una adecuada forma de pensarlo. Lo que hacemos por ellos es realizar ciertos esfuerzos, pagar ciertos precios, pero lo hacemos porque básicamente eso satisface nuestra egoísta gana de tenerlos y disfrutarlos y verlos crecer bien. Porque nos gusta y nos hace vivir plenos en la emoción de sentirlos. Es necesario diferenciar entre hacer un esfuerzo, hacer algo que no queremos hacer pero que es necesario para dar pie a algo que queremos o necesitamos profundamente, y sacrificarse, que es hacer lo que uno no quiere hacer y no le va a reportar ningún

beneficio posterior. El sacrificio paga en el sentirse meritorio por haber renunciado a cualquier beneficio propio. No sirve.

Para la idea del sacrificio, el que uno se beneficie de lo que hace es como una sombra descalificatoria. No te estás sacrificando de verdad, es mentira, en el fondo te complace el resultado: ¡egoísta! Esa satisfacción oculta (y si no es oculta, mejor), es lo mejor que puede pasarnos. Y no implica que uno no sea capaz de hacer nada por el otro. El verdadero sentido del amor no es la renuncia, es la coincidencia. En el amor se da la perfecta unión de los egoísmos cruzados. El egoísmo no debe ser combatido como un error, debe ser comprendido como el adecuado fundamento de todas nuestras acciones valiosas. El egoísmo no separa, une. Es el cemento social, la fuerza que hace posible la sana convivencia.

Objeción de siempre: ah, entonces, si soy egoísta, agarro un arma y salgo a la calle a matar a cualquiera, porque todo lo que yo quiero vale y chau. Pregunto en ese caso: ¿es eso lo que querés? ¿Es ése tu deseo? Si tuvieras que afirmar tus ganas frente al mundo, ¿saldrías a matar gente? Por otra parte, una pobre prédica moral, con intenciones prescriptivas, no puede jamás evitarlo...

Sí, esas cosas pasan, pero no precisamente en personas que se basan en un supuesto egoísmo del deseo. Los que se precipitan en el asesinato o la maldad indiscriminada son más bien las personalidades que no han podido elaborar y vivir su deseo “egoísta” con plenitud y legitimidad. No es el egoísmo el que produce las situaciones que no deseamos, a nivel personal o social. Es otra cosa.

Pero limpiemos este cúmulo de ideas: para aludir a esa fuerza fundamental de autoafirmación usemos la idea de *autoestima*, para no tener que referirnos al egoísmo, que arrastra una carga negativa y una incapacidad de pensar con claridad estas cuestiones importantes.

Encontrar el egoísmo en el fundamento de las acciones no equivale a hacer un desnudamiento de sus intenciones ocultas y negativas. Hacerlo es situar las cosas en su justo punto. Y también es bueno que sepamos, entonces, que...

## *No es cierto que quien más sabe, más sufre*

Es una obviedad, pero es necesario decirlo y volver a decirlo, porque identificar sabiduría con sufrimiento es algo que hacemos sin darnos cuenta, más allá de lo conveniente. La identificación del disfrute de la vida con la frivolidad o la ignorancia es otra de las caracterizaciones negativas que inciden en nuestro campo de experiencia produciendo efectos de empobrecimiento y mala conciencia. Aunque no nos demos cuenta.

Uno se dice: tengo que dejarme de joder, no puedo (debo) avanzar con tanto placer, soy un tarado egoísta negativo superficial. Mi amigo, que lee cosas difíciles y se entera de lo mal que está todo en el fondo, es más inteligente. Ve más verdad. Relativiza sus sensaciones de felicidad con informaciones detalladas acerca del siniestro rumbo que está tomando nuestra civilización desquiciada, alimenta con importantes teóricos franceses la certeza de la inutilidad de esta vida engañosa. En vez de enamorarse capta el velo de fantasmaticidad (!) que hace imposible toda relación de seres que creen estar cerca, en vez de conseguir trabajo y hacer algo lindo permanece al borde del sinsentido del quehacer humano, en vez de estar contento saca a la luz la angustia profunda que estraga el ánimo del sujeto transcontemporáneo. Sí, jodo un poco, pero me divierte captar en los graves un trasfondo de comedia. Porque lo tienen, aunque ellos no se den cuenta. (Si se dieran cuenta podrían zafar un poco, tanto como cualquiera de nosotros logra también zafar de su importancia al reírse con sus formas espontáneas, y no es tan grave.)

Debo estar cayendo en una trampa, o aburguesándome, si estoy tan bien. En realidad no debo estarlo, debe ser todo una mentira. Orquestada por mi inconsciente para limitarme, o por este nefasto sistema social, la ilusión de un bienestar falso, etcétera, etcétera. Una visión plomífera y trivial. Por más que la mona se vista de seda, mona queda. Por más que el depresivo se ponga intelectual, deprimido permanece. ¿Estoy simplificando? Sí, claro, al menos en parte. Pero esta simplificación señala una característica fundamental que merece ser apreciada. Porque no suele serlo, y genera confusiones.

Uno cree, cuando se siente bien, que ese sentirse bien es una ilusión. No siempre, pero conocemos la sensación: ¿será cierto lo que siento? En cambio, en momentos de dolor, o

frustración, o desamparo, tal sospecha no aparece. Nos parece que ahí sí, al tocar fondo, hemos dado con la realidad de las cosas. No decimos: ahora la estoy pasando mal. Decimos: ah, al final era esta la verdad.

Tenemos problemas en una relación. No los consideramos un momento en su despliegue problemático, una de tantas idas y vueltas inerradicables. Creemos que por fin la relación mostró su verdad.

Si deja de gustarnos algo que nos gustaba sentimos que por fin vimos su verdadero rostro: antes estábamos engañados. Alguien no nos interesa más. En vez del sensato *la cosa ya no funciona*, aparece el descocado *todo lo nuestro era una mentira...*

Otra serie de imágenes que expresan esta deformación tiene que ver con el aura de profundidad que rodea a los tristes. Los deprimidos parecen inteligentes y sensibles, mientras que los felices, lo contrario. ¿Cuándo y cómo vamos a entender que la inteligencia tiene más que ver con la capacidad para producir vida plena que con la de construir una verdad negativa?

Porque en el fondo el asunto es ése: ¿la verdad del mundo es que la realidad es horrible y negativa? En lo más mínimo. Sí, existen el dolor, la muerte, lo peor. Existen la pobreza, la soledad, el mal, las acciones aprovechadas, el abuso. Pero la verdad del mundo no es ésa. La verdad del mundo es que la existencia es cruda, y que no puede dejar de serlo. Pueden solucionarse algunos problemas, y de esa forma se generan otros. Pueden darse ciertos avances, pero ninguno pondrá fin a la dramaticidad inevitable de la vida.

Saber de la vida, superar la ignorancia o el temor, mirar a la cara esta verdad, la de la problematicidad inevitable, no lleva necesariamente a la amargura y al dolor. Lleva también a la aceptación, al crecimiento, a la fuerza, al disfrute. La realidad, captada en sí misma, no deriva en depresión. La depresión es más bien la incapacidad de hacerle frente, y de ninguna manera una expresión de sensibilidad. La depresión es sensibilidad devaluada y empobrecida, encierro y soledad, nada meritorio. Nada que haya que respetar como si fuera una reliquia.

¿Por qué creer que hay más sensibilidad en el dolor que en el contento? La mayor sensibilidad está en la entereza que puede conocer, aceptar y superar (o integrar) lo desagradable de la existencia dentro del cuadro general, y aun así producir contento y plenitud.

Más inteligentes son los que logran, sin negar el mal inevitable, hacerse un espacio en

la existencia y generar experiencias de crecimiento y felicidad. Más sensibles que los que quedan encadenados a su tristeza son los que perciben e incorporan al cuadro general la sensualidad de la existencia, de sus cuerpos, de su deseo.

## *No hace falta estar preocupado todo el tiempo*

Uno de los componentes de la visión crítica es la sensación de estar en falta, de vivir de un modo en que no se tendría que estar viviendo. Para esta visión, la vida normal no tiene lugar, y en cambio estamos sumergidos en esta desgracia en la que las cosas no funcionan como deberían y/o nosotros no somos los que tendríamos que ser. Esta falla constante determina un descontento permanente, que decanta en una actitud de preocupación acrecentada, que abarca y compromete todo.

Una falta de sosiego, de calma, de consistencia. La preocupación aparece en el crítico como el tono habitual y constante de la experiencia, como si la vida fuera un intento de corregir la vida, como si las cosas estuvieran falladas y nuestra principal tarea cotidiana fuera... ¿corregirla? No: padecerla.

La preocupación se reproduce sola, dando forma a todo: a nuestras elecciones básicas, a nuestros gustos, a nuestras relaciones, e impone una especie de sorda desesperación, un modo de descontento que desorienta y desorganiza, vaciándolas de sentido, a nuestras vidas concretas. Este modo constante, la preocupación, se abre en un siniestro menú de opciones: culpa, descontento, insatisfacción, amargura, irritabilidad, reproche.

En medio de este panorama de sensibilidad atormentada, que genera una apariencia de inteligencia en su padecimiento, la frase o el principio que dice *no hace falta estar preocupado todo el tiempo* cae como una extraña bendición pero no se comprende. Es tentadora, produce alivio. ¿Cómo, no tengo que estar preocupado todo el tiempo? ¿No tiene que ser la preocupación el modo básico de mi existencia, de la de cualquier persona sensible que quiera cambiar el mundo? ¿Puedo sacarme de encima este traje de presiones, esta estrechísima actitud que me aprieta y condena? ¿Depende de mí, puedo despreocuparme? ¿Es legítimo, considerable, atendible, posible, dejar de estar al acecho constante de mí mismo y del mundo? ¿No sería, si lo hiciera, un egoísta más?

Inmediatamente contraataca la preocupación, con argumentos como: ah, bueno, andá,

despreocupate, total, que los demás se jodan. Sé uno más de esos que arruinan las cosas con sus actitudes cortas de vista...

Vale preguntar: ¿qué aporta la preocupación? La preocupación respondería: es el único modo existencial que corresponde frente al deterioro de la civilización humana, es la única modalidad que garantiza que los unos nos ocupemos de los otros, es el principio fundamental del compromiso con la sociedad. El que no está preocupado no quiere ver la realidad, no le importa. Se deja llevar en una liviandad existencial que lo alivia, pero niega la densidad de esta existencia, realidad desviada.

Hay que ir al fondo de la cuestión. Ayudémonos con Osho. Sí, Osho. Ah, el chanta ése. No, preocupado y despreciador coterráneo, ningún chanta. ¿Te lo cuento en dos palabras, o te digo al menos cómo lo veo, y cómo te propongo verlo?

Osho es un indio que estudió filosofía en su país. En la India no se estudia, o no se estudiaba en la época en la que Osho hizo la carrera, filosofía india. Se estudiaba filosofía occidental. La implementación de la filosofía como disciplina estudiable universitariamente debe ser una modalidad acorde con una posición cultural occidental o, para ser más precisos (esas denominaciones de Oriente y Occidente que manejamos siempre son, en realidad, un poco excesivas, hacen conjuntos de fácil manipulación mental pero seguramente también bastante inexactos), con una cierta consideración descomprometida de las ideas, que permite recorrer sistemas como si pudieran ser considerados sin relación con experiencia de vida alguna. Pero no íbamos a eso. Decía que Osho estudió filosofía al modo en que la estudia cualquier universitario. Luego, integrando su experiencia de vida y su talento (parece que siempre fue un chico raro, un talentoso de la idea, ganando concursos nacionales de debate a edad temprana), se acercó a las tradiciones orientales e incluyó en el cóctel la figura del maestro o gurú para terminar creando un personaje de pensamiento al que dio estatus de semidiós y con el que terminó reinando en un mundo de personas con problemas.

Lo cierto es que Osho es un dotado de la idea. A mí, personalmente, no me interesa su parte mística o religiosa. Pese a que a veces son abundantes, sus alusiones a dios —que como ateo no me involucran— no me distancian y puedo seguirlo en los principios básicos de su visión del mundo. Pero. Leerlo es siempre un placer, al menos lo digo en función de los libros suyos que he leído (unos cuantos). Siempre hay, en cada uno de ellos, una larga serie de ideas sensacionales. ¿Qué es una idea sensacional? Una frase que

capta, de un modo breve y conciso, con cierta elegancia, una intuición básica que aclara la existencia y abre caminos.

Todo esto para llegar a incluir en el desarrollo de este capítulo una de esas ideas. Es la siguiente:

“La existencia no es un problema, es un misterio.” Yo, en realidad, lo diría de otra forma. Diría: “La existencia no es un problema, es una experiencia”. No vinimos al mundo a solucionar la vida. Extraña pretensión es la nuestra: frutos secundarios de una evolución natural cuyo desarrollo ha tomado miles de millones de años, venimos a decir cómo deben ser las cosas. Tú serás bueno, tú serás árbol, y tú serás programador.

La preocupación es el modo anímico directo que expresa esa misma perspectiva: somos responsables (o más bien culpables) de la forma de todas las cosas. No liberarás tus fuerzas para que hagan su camino, disfrutándolas. Pisarás el freno y tragarás tu propia amargura: acá vinimos a preocuparnos. No dejarás que tu fuerza crezca y se despliegue, rumiarás el descontento de todas las generaciones que te precedieron (tienes un compromiso con ellas, imberbe), y no te permitirás ninguna inocencia (naciste para cargar con el peso de la existencia encerrada, no para andar disfrutando de lo posible). Ni es lo tuyo mirar de nuevo, a ver qué ves, naciste con hipoteca.

La sencillísima pero perfecta formulación *la existencia no es un problema* permite desnudar el carácter salvaje, libre, inocente, de nuestras vidas. Sí, claro que hay momentos donde la preocupación cabe, que frente a ciertas circunstancias problemáticas surge de modo natural y es necesaria. Pero lo que es también necesario es que logremos captar hasta qué punto nuestras vidas están pobladas de un automatismo de la preocupación, que en vez de ser una actitud sabia, el resultado de una gran inmersión en la vida, es lo contrario: un recorte, una disminución de nuestra potencia existencial, una mera expresión de miedo presentada como un imperativo moral.

No hay que estar preocupado todo el tiempo. La preocupación no abre la existencia a una experiencia más plena, la cierra. La preocupación no genera las respuestas a los problemas (ni a los personales, ni a los sociales, ni a ningún tipo de ellos). Salta a la vista que lo contrario es más adecuado: cierta despreocupación, cierta falta de respeto frente a los problemas, es una actitud más productiva a la hora de generar alternativas y soluciones.

Además, no hay lugar donde apoyarse de manera definitiva, y...



## *Aprender a vivir es aprender a soportar lo indefinido*

Si tuviéramos que encontrar las funciones básicas de la vida, del vivir, mejor dicho, del arte de existir, éste sería un buen principio. ¿Qué representa en esta formulación la idea de lo indefinido? La incertidumbre, lo que aún no se sabe pero puede llegar a saberse si la elaboración no se interrumpe por temor o preocupación, lo incierto de un avanzar que si pregunta demasiado por su sentido o su destino aborta su despliegue. Lo que no se entiende y que requiere, para entenderse más tarde, que uno no quiera entenderlo ya mismo.

Pero ni siquiera es tan necesario ir a tales planos de abstracción. Digamos que lo indefinido es ese no saber cotidiano que uno tiende a no tolerar y a pretender acomodar rápido. Un clásico de las psicoterapias, que enoja mucho a los pacientes. ¿Pero qué hago, me separo o no me separo?, pregunta uno angustiado, queriendo entender pronto, saber, para zafar de esa indefinición, de esa zona de incerteza tan molesta, que impide planificar, prever, entender adónde se está yendo. El buen psicoterapeuta pretende que uno, en cambio, explore un poco más el problema, trata de preservarnos de los efectos abortivos de esa tendencia a la solución rápida que nos salva de padecer pero también limita lo que en ese padecimiento está aprendiendo a ver claro. ¿Qué hago?

Soportar la indefinición, el no saber de antemano, el ir viendo, es la capacidad básica que permite que en uno aparezcan los saberes y las certezas. No se trata de hacer un culto de la indefinición, sino de entender que hay procesos cuyo desarrollo requiere que uno sea capaz de no entender, o de no entender al menos tan rápido como uno querría.

Podríamos, y lo hacemos mucho, intentar una comprensión inmediata. Lo que está pasando es esto. Tenés que hacer tal cosa. Salir del apuro, salir de la falta de confort que está implícita en la ausencia de claridad. Pero la claridad se construye, de a poco. Aparece cuando quiere, cuando puede, cuando aparece.

Lejos de mí el amor por la indefinición permanente. Como el cultivo de la duda, la glorificación de lo indefinido o incierto puede expresar la incapacidad de jugarse y de

querer. No aceptar nunca el punto de llegada, la posibilidad de una resolución, proponer siempre una nueva consideración, es un modo de no arribar nunca al final del proceso de elaboración. La idea complementaria a la de que es necesario aprender a soportar las indefiniciones sería que la aparición de la certeza permite evolucionar y superar la neurosis de la eterna duda. ¿Cómo saber cuándo se trata de una cosa y cuándo de otra?

Tolerancia. El tiempo del deseo es un tiempo infantil, inmediato, instantáneo, pero paradójicamente no es posible cumplir ningún deseo si ese tiempo espontáneo no es domado y cambiado por este tiempo de espera y aceptación. ¿Qué es lo que debe aceptarse? Que los procesos reales suceden según un ritmo orgánico, muy distinto del tiempo racional del pensamiento consciente, al que le basta con haber podido formular una idea para suponerla, o quererla, realizada.

Tampoco es en realidad correcto decir que el tiempo del deseo es el de la instantaneidad, porque ciertas cosas, para llegar a desearlas, deben primero vivir un desarrollo que no puede apurarse. Peor, un desarrollo que al apurar detenemos. Cosas de la existencia, mecanismos indirectos del logro.

Porque de la misma manera podríamos decir que...

*Lo problemático es parte de lo real,  
y no algo que no debería existir*

También podríamos decirlo así: la vida normal no existe, siempre están pasando cosas. El famoso *en todas partes se cuecen habas*. ¿Qué estupidez congénita nos hace creer en la existencia de una realidad en la que “estas cosas no pasan”, cuando lo cierto es que “estas cosas”, las que resumiremos como problemáticas, están pasando todo el tiempo? Será nuestro deseo de poder instalarnos algún día en un continuo domado, en un pasar sin conflicto, de modo de poder limitar el gasto de energía en batallas, la ilusión de lograr un avance sin obstáculos, pero... bien pensado, más allá de que un mundo sin conflictos es sólo una idea y jamás una realidad, en relación con el crecimiento, ¿sería esto posible? Podemos, dada la experiencia y lo que ésta es capaz de mostrarnos de la mecánica del mundo, concluir que esta aspiración no es real. Crecer, en potencia o en maduración, sucede gracias a la presencia de problemas. O tal vez sería más exacto decir: el crecimiento se expresa generando problemas. Y atravesándolos, y saliendo, crecidos, por el otro lado.

Me sentí aliviado cuando encontré en Nietzsche la idea de que la filosofía es algo que se vive, una experiencia, y la describe como la “búsqueda de todo lo problemático en el existir”. ¿Por qué? ¿El filósofo es un hinchapelotas? Digamos que la curiosidad evolutiva es exactamente eso: meterse en problemas. ¿En todos, por vocación de despelote? Los problemas son expresiones indirectas del deseo, formaciones que aparecen cuando uno lanza sus redes de conquista hacia el mundo.

Uno no tiene problemas porque sea un idiota, sino por ser una persona. Una sociedad no tiene problemas porque esté enferma, sino porque es una sociedad. Un proyecto no tiene dificultades porque esté errado, sino por su mero ser un proyecto. Luego caben consideraciones: cuando un conflicto es expresión de la limitación propia (o ajena) o cuando es una presencia lógica e inevitable, y allí el arte de pensar y vivir de cada uno dará sus propias respuestas.

Estas observaciones surgen de la perspectiva personal, en la que el individuo busca y

crece, y permiten entender que los problemas no pueden no existir. Aspirar a su desaparición es, en realidad, aspirar a la muerte. La queja constante respecto de la existencia de lo problemático equivale a no estar preparado, dispuesto, para la vida. Confrontarla siempre con la imagen imposible del ideal es un vicio nacido de la ignorancia o la impotencia, o de una mezcla de ambas. Esta costumbre de reproche permanente puede parecer algo rara, pero es muy frecuente. Las personas tendemos a observar los conflictos que vivimos y padecemos como una anomalía o un defecto.

Si quisiéramos observar la vida como fenómeno general, lo mejor sería entender que el conflicto es legítimo, no una rareza sino una condición inevitable. Y deseable sería también que desarrollásemos modos de entender la vida (tanto la vida en su conjunto como la nuestra en particular) que tuvieran esto en cuenta. Queda en evidencia la limitación extrema que tiene el pensamiento cuando se le escapa la conciencia de la legitimidad de los problemas, y los recibe quitándoles carta de ciudadanía, denunciándolos, legitimando el berrinche inconducente e inefectivo.

Al mirar el mundo con ojos de *esto no tendría que ser así*, además, perdemos nuestra capacidad para actuar y dar la batalla que nos interesa dar. Incluso si pretendemos logros políticos, tenemos que entender que...

## *El despelote de nuestras sociedades no es un defecto*

Esta premisa avanza en el mismo sentido que la premisa anterior, pero plantea el tema en otro campo. Las sociedades son generalmente un campo de lucha, de generación de riquezas, acuerdos y desarrollos evolutivos, de pasos dados en falso y de pasos acertados, pero cualquier cosa que podamos considerar en ellas se expresa a través de la modalidad del conflicto. Ver el despelote social como algo incorrecto o peligroso nos impide entender que la vida social que estamos viviendo es la vida normal de cualquier sociedad, y que las evoluciones que deseamos no tienen tanto que ver con eliminar la conflictividad sino con participar en ella fortaleciendo un cierto sentido positivo.

El constante reproche que se le hace al despelote social es también un modo de ejercer el descontento como una coraza defensiva contra compromisos más exigentes. Aun sin llegar a pensar que el trabajo político es un deber de todo ciudadano, con lo que generaríamos una especie de fanatismo de la participación tal vez excesivo e impostado, hay que aceptar que una cierta integración del mal a la vida real de las sociedades permite orientarnos respecto de las acciones necesarias y posibles.

La opción, es decir, la idea de que el mundo podría ser perfectamente ordenado y previsible, que es la de una racionalización total de la sociedad, es sólo una fantasía imposible, y cuando se la intenta realizar agrava todos los problemas que se lamentaban en principio. Cuando un movimiento avanza violentamente en contra de las imperfecciones del mundo (si no es violento no puede pretender terminar con ellas, porque están enraizadas en nosotros y no aceptan sino leves modificaciones lentas) saca lo peor de ese mundo al que quería corregir. La máxima budista se aplica aquí perfectamente: todo lo que hacemos para evitar el dolor sólo consigue incrementarlo.

Las sociedades totalmente racionales son sociedades imposibles. No tienen desigualdades, no hay producción superflua, desaparece la frivolidad, no hay conflictos de intereses ni existen las peleas consecuentes, hasta la libertad artística debe de alguna

manera dejar paso a un arte al servicio del mensaje central de la racionalización, debe ser un arte prescriptivo y explícito, es decir, nada parecido al arte real.

El arte educativo, portador de un mensaje útil, formativo, no es arte. El arte es la libertad de una expresión que quiere cosas sin necesitar saber por qué las quiere. Sociedades ficticias. ¿Por qué llamar *racionalización* a esa intención? Porque pretende que la luz de la inteligencia que concibe la perfección se tome como norma para la concreción de realidades, sin tolerar desvío alguno. Y ustedes vieron cómo es el mundo, un poco desviado...

O mejor dicho: la verdadera desviación es el intento de aplicar la racionalidad de manera tan directa al diseño social. Hacer mundo no es operar con las ideas en un plano experimental, de laboratorio, sin roces ni resistencias, sino entrar en una dimensión de cocina de formas, donde se trata más de moldear que de imponer o crear de la nada. El mismo plan de plasticidad que conviene aplicar al avance de la vida personal es adecuado para intervenir en las realidades sociales.

## *De las confusiones se sale diciendo qué se quiere*

Hay momentos de duda, de falta de claridad, en los que uno busca en sí mismo y también fuera de sí el modo de lograr claridad, en los que uno busca una respuesta que ordene el campo. Como si pudiera cerrar el problema dando con una verdad que terminaría con las dudas, reemplazándola por una certeza final. Pero no es así. Es más difícil.

A veces uno da con algo que lo esclarece, sucede. Uno ha revisado su plan de vida, sus prioridades, sus experiencias, y saca una conclusión. Otras veces, nada de eso surte efecto y la confusión permanece, o peor aún, todo la acrecienta. Son los asuntos del tipo: ¿Me separo o no me separo? ¿Me voy de este trabajo o me quedo? ¿Sigo viviendo aquí o me voy a otra parte? La cosa se complica porque en estos casos no hay verdad externa a uno, ni interna, ni dato o saber que pueda salvarnos de... tener que tomar una decisión eligiendo una de las opciones, jugándonos por ella.

Ese querer jugarse por la opción elegida es la que le dará valor. ¿Podría haber sido la otra? Podría, pero no fue. ¿Por? A veces logra saberse luego, a veces no. ¿Y si me equivoco? Jodete. ¿Quién no se equivoca alguna vez? Aun pudiendo alguna de las opciones elegida resultar un error, el hecho de haber pasado por ese error aportará algo que nos faltaba. Sí, claro, también puede que uno haya elegido jugarse por lo que no debía, porque en vez de ser esa opción representativa de tu deseo lo era de ciertas cualidades no tan importantes, pero... ¿siempre uno lo sabe de antemano?

Lo que me parece importante, y a mí me ayuda a ver más claro a veces, es que hay claridades que no se logran de modo previo a la acción. Es como el modo “pagar para ver”. Sólo vas a saber si te tenías que separar si lo hacés. ¿Fue una mala opción? ¿Seguro? Puede pasar, eh. Puede fallar. ¿Habría otro modo?

Esto evidencia un límite para nuestros rumbos: la seguridad total no puede ser alcanzada. El elemento de riesgo no desaparece. Hay realidades que para formarse necesitan de nuestra acción, no existen previamente, no están prediseñadas.

El amor es una de ellas. Un amor no es algo que exista previo a los hechos. Uno puede sentir un deseo, una atracción, una emoción, una debilidad por alguien, pero el amor se desarrolla cuando transformás todo eso en una realidad. Y, si hablamos de amor, en una realidad compartida. (Amor es amor feliz, lo otro llevaría otro nombre, pero eso es motivo de otra premisa). El amor se arma con lo que uno hace en función de la emoción que siente. Esas acciones realizan la transmutación de la emoción en realidad amorosa.

Igual pasa con los talentos, las capacidades: son hechas por nuestros actos, por nuestras dedicaciones. No se trata tanto de averiguar si yo sirvo para esa tarea, por ejemplo, pensando en un trabajo. Se trata de saber si quiero hacerla, o no, y lo que sucede es que al ir haciéndola voy a ir aprendiendo a hacerla. No, claro que no elijo el nivel de mi trabajo ni la magnitud de mi talento, pero apporto la dedicación de llegar al mayor desarrollo posible.

*La diferencia debe ser expresada,  
más que respetada*

La diferencia, aquello que nos es propio y nos da características distintas y particulares, suele ser vista a través de una retórica de las buenas intenciones que termina por asfixiarla. De tan bienintencionados consideramos que en el tema de la diferencia el respeto debe ocupar el espacio principal, al punto en que cada uno se autoimpone un nivel de sobriedad temerosa e inhibitoria.

La diferencia es el contenido que nos hace no ser iguales: nuestros gustos, deseos, perspectivas, posiciones. Sin embargo, cabe también captar que la diferencia es un rasgo común, es decir, que todos la poseemos, ya que todos tenemos una serie de rasgos propios que no compartimos con todos los demás. No la tenemos en el mismo grado: hay personalidades que tienden más a la estandarización, legítima o intencional, es decir, que no tienen rasgos propios que los distinguen de sus otros.

En general, decimos que hay que respetar la diferencia, que cada uno tiene derecho a su forma propia y distinta. Y es correcto, por supuesto. Pero esa visión basada en el respeto se queda en el umbral del fenómeno. Y da origen a actitudes que la recortan, temiéndola.

Por respeto a la diferencia no le voy a decir a mi amigo que su visión sobre cierto tema me parece pobre, que su experiencia de vida, determinada por su estilo propio, es para mí poco valiosa. Por supuesto, en una reunión de trabajo (y para no joder) no voy a mostrar una visión distinta del tema que se está tratando, aunque me parezca más adecuada. Por respeto no voy a decir todo lo que pienso, porque la diferencia debe ser considerada intocable.

Sin embargo, frente a este estilo sobrio —y, por supuesto, en gran medida valioso sostén de las relaciones sociales— cabe ejercitar otro complementario, un poco más liberador y aconsejable.

La diferencia no nos compromete con un camino de respeto. Sí, es necesario respetarla, pero lo que no corresponde es que, basados en una visión extremista del

respeto, recortemos su expresión, o impidamos que ella funcione como un camino de desarrollo. La diferencia, lo más propio, nos compromete con el despliegue de una visión del mundo particular. Nuestra diferencia es nuestro aporte.

La diferencia no debe ser acallada. No se trata de que cada uno diga menos de lo que siente y piensa para no irritar y separarse del otro, se trata de que cada uno pueda decir todo lo que quiere decir, expresar su diferencia de manera lo más completa posible, y de que, aun así, sigamos siendo amigos.

Amigos es un decir, por supuesto, no estamos condenados a ser amigos de todo el mundo. Pero la imagen sugiere que la diferencia no pide un recorte de nuestra personalidad sino su despliegue total y completo, aceptando que aun su expresión más acabada no desencadene intolerancias limitantes.

Pensemos en el tema del casamiento gay. La discusión social distinguía entre aquellos que estaban de acuerdo con su implementación legal y aquellos que no, con argumentos de varios tipos. Lo gracioso era que los que no estaban de acuerdo con el matrimonio gay decían cosas tales como que la raza humana se extinguiría de aceptarse tal norma, como si lo que la ley tratara de establecer no fuera tanto la posibilidad del casamiento entre personas del mismo sexo sino su obligación.

La idea no es que todos tenemos que casarnos con personas del mismo sexo, sino simplemente que el que quiera hacerlo pueda, y los que no, porque no lo desean o porque creen que esos deseos no deben ser tenidos en cuenta, no lo hagan.

Es perfecto que algunos no estén de acuerdo con el casamiento gay, lo que no es tan perfecto es que éstos creen que pueden limitar las opciones vitales de los que sí. ¿No les basta con realizar ellos sus bodas heterosexuales, pretenden además que todos sientan su sexualidad al modo en que la sienten ellos?

Podemos leer el ejemplo desde el punto de vista del respeto, y la lectura funciona. Podemos decir, es necesario respetar la forma del otro, dejar que los gays realicen plenamente su gaydad, y es correcto. Pero también podemos decir que se trata de desarrollar la diferencia dándole plena legitimidad. Entender que la producción de diferencia es un valor en sí mismo llevaría a ver la riqueza que aporta la posibilidad de que una persona con emociones homosexuales pueda realizarlas pese a que otros no sientan esas mismas emociones.

Sí, lo primero es limitar el avance excesivo de los heterosexuales por sobre los homosexuales, pero en el argumento siguiente se valora la producción de diferencia

porque se entiende que ella aporta valor comunitario. De donde la discusión pasa de ser la necesidad de reconocer cuál de las opciones es más correcta a la de promover las opciones diversas como un modo de creación de riqueza social. ¿Qué riqueza? La de ofrecer el más completo menú de opciones para la aventura personal de vida.

“Sin que afecte a los demás”, estamos acostumbrados a decir rapidito, para que nadie se enoje. Y es correcto, pero es mirar desde el problema para atrás y no para adelante. Sí, las opciones personales deben ser consideradas desde el punto de vista del que no las comparte, para preservar todas las posiciones. Pero más rico, interesante y pertinente aún es entender que la diferencia es un valor a desarrollar e incrementar. Basados en el respeto, tendemos al recorte. Basados en la promoción de la diferencia, tendemos a la riqueza y la libertad.

Lo que lleva a la siguiente consideración de la diferencia personal: no se trata de algo que en uno haya que controlar para no molestar al otro, se trata de algo que en uno hay que desarrollar, producir plenamente, porque nos compromete con una expresión que nos completa como personas y al mismo tiempo enriquece el intercambio general.

Lo social, el intercambio, el otro, no piden que yo mantenga mi diferencia acotada. Piden que la exprese plenamente, porque ella es la que produce las variaciones legítimas para las personas, y completa el mundo social.

Desde el punto de vista de la persona, lo que cada uno tiene de propio y distinto es el hilo del que cada uno debe tirar para hacer aparecer todo el volumen de la forma propia. Lo personal, lo propio, ofrece las pistas que hay que seguir para un pleno desarrollo del individuo. El respeto es un amor contenido, una forma de referirnos al límite del amor, en donde el otro no te puede ya querer sino generar una apariencia contenida del amor. Pero la diferencia pide más bien que seamos capaces de una formulación plena de lo propio, para que logremos consistencia completa, sin temor, satisfactoria.

La diferencia nos une, porque al permitirnos expresar nuestra verdad nos hace sujetos verdaderos, capaces de intercambio. La diferencia nos hace interesantes, nos hace ser, expresa nuestra identidad, porque...

## *Identidad es deseo*

¿Qué me define? ¿Quién soy? ¿Cuál es mi identidad? Se oye cierta angustia, atrás, en la pregunta. Perfecta. O no. Pero cabe que lo sea, no podemos creer que una buena vida carece de angustia. Todas las vidas la tienen, en momentos, frente a determinadas experiencias, cada tanto. En un momento de angustia tal uno puede preguntarse, según el estilo que tenga, quién es verdaderamente. La pregunta es rara, y se presta para cierto humor, porque es como si de repente uno se hubiera olvidado totalmente de sí mismo, su nombre, dónde vive, con quién. La pregunta por la identidad es como un ataque de amnesia. ¿Cómo quién sos, boludo?

Pero supongamos que uno busca una respuesta de fondo. Hippiamente podría decir: yo no soy mi cédula, no soy un número, entendés... Las respuestas más habituales, o al menos unas que se escuchan mucho, son las referidas al pasado o al contexto social. Se cree que revelan la verdad de la identidad. Es la manera seria de pensar en la identidad.

Soy mis antepasados, se dice, por ejemplo. Pero eso es mirar para otro lado. Te pregunto quién sos y me respondés que tus abuelos vinieron de Polonia, ¿me estás cargando? Te pregunté por vos, no por ellos. Pero es que yo soy eso, entendés, una rama que nace en Polonia. O bien: soy nativo de estas tierras. Mi cultura es el quechua. ¿Hace cuántos años naciste, doscientos? Mi música: el tango, soy argentino.

En esas respuestas, más que encontrar la identidad, parecemos haber perdido la cordura. Se reconoce como identidad a una mentira, a algo que no somos. Que es pensado “correctamente”, pero que no tiene ni pies ni cabeza sensible. No porque no haya huellas de esos pasados en nosotros, que las hay, o al menos puede haberlas, sino porque no es eso lo que me define, no es eso lo más propio. Hasta me gustaría decir que esas referencias son obstáculos a la identidad, elementos que nos dificultan la autodefinición, más que ayudas para concretarla.

¿Cuál es mi identidad, entonces? Mi deseo. Lo que uno quiere. Uno es su querer, su línea evolutiva, su camino de crecimiento y despliegue. La identidad es la sensualidad, el gusto, el para dónde voy. Se podrá decir que ese deseo no es independiente, que tiene relación con ese pasado, y es verdad. Pero si tiene que ver, si el pasado está presente en

mi deseo, reformulado, apropiado, elaborado, ¿por qué tengo que seguir mirando a otros en vez de legitimarme y vivir yo? ¿Por qué tengo que ir hacia el pasado otra vez en lugar de continuar la línea evolutiva?

Tal vez deberíamos quedarnos con la idea de que la misma búsqueda de identidad es algo superfluo, inútil, porque no depende de ella que nuestra existencia sea o no sea. ¿Podría pensarse en alguien sin identidad? Todo existir es de alguna manera un existir definido. Ahora, si lo que queremos es dar con una visión explícita, y de alguna manera redonda, de lo que uno es, me parece que resulta mucho mejor caracterizarse por esa línea de movimiento que es el deseo, o el querer, que por contenidos fijos y quietos. Porque somos, básicamente, un movimiento, un proceso, una experiencia, y no una mismidad permanente y definida.

Una identidad muy definida actúa como limitante, cierra la experiencia. Es por eso que si al buscar la identidad lo que buscamos es dar con lo más propio, tenemos que señalar ese querer que nos hace ser, ese deseo que aparece en nosotros, atravesándonos, dándonos sentido. Sin que la hayamos elegido, esa tendencia es lo que nos define más profundamente, justo por eso, porque lo somos sin posibilidad de elegir. Más bien elegimos desde ahí, este querer determina nuestras opciones personales y arma nuestro mundo. ¿Qué otra cosa nos define, si no él?

De esa forma, además, se resuelven las cuestiones que abrimos con la pregunta por la identidad. Hay que señalar nuestros futuros, no como una imagen sino como un movimiento, situarse en los proyectos a los que nos vamos a ofrecer, las relaciones que vamos a mantener, etc. Si lo que buscamos es algo que nos permita determinar nuestra forma, esa forma necesariamente cambiante y en proceso, el deseo es lo más adecuado, porque además...

## *Entusiasmo es felicidad cotidiana*

Si la felicidad es el cumplimiento del deseo (las felicidades, los cumplimientos de los deseos, diríamos más adecuadamente, usando los plurales), el entusiasmo es la felicidad cotidiana. La felicidad se produce por el gran paso por fin concretado. Un deseo cumplido provoca un gran contento, implica una situación nueva, más consistente y plena que la que dejamos atrás. El ánimo siempre es una oscilación y la felicidad no está bien representada por la idea de que uno se instala con ella en una línea continua de placer. Si el ánimo es oscilante, felicidad es subir el nivel de esa oscilación.

El deseo cumplido construye esos logros propios que van elevando nuestro nivel de vida. Es lindo decir nivel de vida así, como algo relacionado con el disfrute, cuando solemos pensarlo sólo ligado al restringido concepto de clase económicamente determinada. La felicidad es una oscilación alta, una frecuencia elevada, una sintonía fina, y en el camino cotidiano, la felicidad de los días es el entusiasmo, ese estado emocional de excitación que da vida a los hechos de las mañanas, las tardes y las noches.

Seducido por la utilidad de la idea de Liendo y Gear en su libro *Hacia el cumplimiento del deseo, más allá del melodrama*, me parece que hay entusiasmo cuando sentimos que lo que tenemos por delante ese día nos ayuda a avanzar en el camino del cumplimiento de nuestros deseos. Cuando sentimos que lo que vamos a hacer nos coloca un poco más cerca de esas metas. Sí, también se alimenta, nuestro entusiasmo, del disfrute de las metas ya logradas, pero daría la impresión de que ese constante y gozoso caerse hacia delante de la flecha del querer es la parte central de nuestro entusiasmo. La continuidad de tender más que el gozo de un estar sin movimiento.

El melodrama, tal como proponen pensarlo los autores mencionados, es un falso drama, un drama construido y mantenido con vida para eludir el drama verdadero, que es el del crecimiento. El melodrama son esas situaciones conflictivas cuyo padecimiento tiene un fondo paradójico de disfrute, como si uno, en realidad, prefiriera ese dolor a tener que enfrentar sus problemas de fondo y lograr algún contento duradero. Parejas que se pelean constantemente y no quieren hacer nada para modificar su situación,

personas que no consiguen lo que quieren y no tratan de entender su recurrente fracaso, relaciones que se empantan en un círculo vicioso de maltrato o descalificación sin que nadie parezca interesado en encontrar una salida. En el melodrama hay un sufrimiento que de alguna manera satisface, uno que permite disfrutar de sentirse víctima y poder quejarse a gusto.

Si hubiera que reemplazar la palabra entusiasmo por una única otra, deberíamos usar la de “excitación”. O por la idea de ganas de vivir: una categoría existencial de importancia absoluta. Sirve para describir la actitud de quienes sienten que el día trae oportunidades, libertad, momentos de encuentro y diversión. No es necesario, por supuesto, que suceda en vacaciones. El entramado saludable de la experiencia personal bien establecida hace que la vida cotidiana y el campo del trabajo sean territorios básicos para el despliegue del entusiasmo. Aunque, claro, entusiasmo limitado a las realidades extraproductivas es entusiasmo en problemas. Es necesario haber desplegado la excitación también en ese espacio que tradicionalmente solemos pensar como el espacio del sacrificio, el que nos permite luego disfrutar de la intimidad. Pero, ¿acaso hay intimidad plena, si no involucra a personas que pueden soltar sus energías productivas en algún plano de realidad?

Lo importante es entender que...

## *El entusiasmo es una manera de vivir*

Uno puede optar por reconocerlo o ignorarlo, por darle alas o por cortárselas. Si se lo toma en serio, como manifestación de sentidos personales importantes, se desarrolla un tipo de vida distinto al que surge de maltratarlo, haciéndolo víctima de cuestionamientos y descalificaciones. Es importante argumentar a favor del entusiasmo, tratar de entenderlo y de fortalecerlo, de manera que todas nuestras opciones vitales puedan hacerle lugar. Esa actitud es la más sana, la más capaz de engendrar bienestar y felicidad.

El entusiasmo, al abrir en el individuo la canilla de su personalidad, al permitir la fluidez de lo propio, permite al mismo tiempo salir de la pelea por el sentido que suele por lo general trabarse en formatos críticos y descaminados. El entusiasmo es el camino a seguir para encontrarse a sí mismo, la serie de vivencias que conducen a quien se entregue a ellas a encontrar la salida de su propio laberinto.

Con el entusiasmo aparece una visión positiva de la vida y del mundo. Una visión entusiasta de la realidad, aquella capaz de afirmar lo real más allá de la presencia de aspectos problemáticos. No es, como puede parecer, una visión ingenua que niega los problemas sino una capaz de afirmar lo posible pese y a través de esos problemas.

El entusiasmo es el punto de vista desde el cual es posible dar con una geografía personal de nuestra existencia. El entusiasmo es una orientación que se desprende de la sensibilidad más inmediata. Es necesario despejarle el camino y aceptar lo que traiga. ¿Y si el entusiasmo lleva a opciones negativas, como la drogadicción o la violencia? Parece ser que tal cosa sucede cuando el entusiasmo ha encallado y no cuando encuentra libre su camino de avance. Esos resultados negativos tienen que ver con vidas ahogadas, en las que el entusiasmo no encuentra modos de expresión.

Pero también es cierto que el entusiasmo no acepta trampas, que no puede lograrse por un acto directo de la voluntad. Uno no puede decidir entusiasmarse, ponerle pilas a una opción a la que no siente propia. Eso sería hacer trampa. Lo que sí puede hacerse es tener la brújula dispuesta y captar qué cosas nos provocan esa sensación especial. Y una vez detectado aquello que nos lo provoca es posible, sí, elegir continuar su camino o por el contrario eludirlo, apelando a la conveniencia de seguir la vía del deber. Son opciones

personales. La salud, la salud física en su expresión tanto muscular como mental, requiere que aceptemos la vía del entusiasmo, que es la vía del bienestar.

El entusiasmo es el despertar de la atención, de la excitación frente a la existencia. Es el despertar de la existencia. Es un *camino* porque implica una evolución, el entusiasmo no está quieto, o uno no lo está cuando lo siente, porque el entusiasmo no es una situación sino un proceso. Si es aceptado tiende a crecer, a hacerse cada vez más intenso, a desplegarse. Se traba en momentos de crecimiento y despliegue, cuando el apremio de ser más le produce problemas. El entusiasmo es la posibilidad de tener problemas y abordarlos, de manera tal de producir el crecimiento. Sin entusiasmo falta la fuerza de la superación, la oportunidad de crecer, la coartada para más, el interés por las cosas.

El tema del entusiasmo ayuda entre otras cosas a plantearse la necesidad de tener el centro en sí mismo, por lo que es bueno darse cuenta de que...

*Uno habla mal de los demás  
cuando todavía no logró  
hablar bien de sí mismo*

Parte de la evolución natural de cualquier persona es referirse crítica o malévolamente a otras. No está mal. No es el momento más pleno y poderoso del camino de desarrollo, pero es necesario y válido. Daría la impresión de que hay una función evolutiva de la crítica, que es la de desarmar las imágenes que han servido de modelo para avances ya logrados y superados. ¿Por qué no caer sobre los ídolos (o padres, o amigos, o referentes, o lo que sea) y hacerlos víctimas de nuestras nuevas energías, de una visión que avanza destruyendo viejas creencias?

De todas maneras es bueno darse cuenta de que hay otra variable, y es la sensación que uno tiene de sí mismo, que hace contrapunto con ésta. Para empezar porque cuando uno habla de otros, quejándose, es porque todavía no es capaz de hablar de sí. Es correcto, y aceptable, y lógico, que uno pase por un momento de negatividad activa, hablando mal de otros, pero ¿hasta cuándo? No puede esta actitud constituir un modo de vida permanente, y de hacerlo es sólo un modo de vida limitado y relativo. Al criticar uno hace, de alguna manera, un homenaje a aquello que critica, lo toma aun de referencia, lo sirve. Este matiz de reverencia en la crítica no suele captarse, pero es real. El ensañamiento con algo equivale a rendirle culto. Negativo, vudú, negro, pero culto.

La regla es general, y vale: uno habla de los otros, de lo que hacen, quieren, les pasa, cuando todavía no puede hablar sobre lo que hace, quiere y le pasa a uno. Sí, claro, no lo digo en términos absolutos. Siempre vamos a hablar de otros, pero me refiero a esa atención un poco maniaca que se siente más cómoda en la referencia a los mundos ajenos que al propio, creo yo que porque todavía no se siente dueña de su propio mundo.

¿Y qué es hablar *de uno*? ¿Ser un pelmazo autorreferente? No. En la psicoterapia hay un momento típico, yo lo viví mil veces. Uno dice “ella dice que tal y tal cosa”. El terapeuta pregunta, “¿y vos, qué pensás?” Uno se refiere al otro, muchas veces, para

ocultarse. O porque no puede decir las cosas por sí mismo. “Mi novia dice que esta terapia me está haciendo mal”. Cobarde, decilo vos. ¡No, pero yo no pienso eso, por favor! Vamos, decilo. Uno no se anima a decir ciertas cosas, entonces las expone como citas de otros. No pasa nada, es normal, la observación pretende sólo señalar que hay un paso por dar, y es el de fundar nuestras impresiones en nosotros mismos, directamente.

Las personas que cargosa y reiteradamente hablan sobre otros, poniéndolos en el lugar negativo, deberían reformular su decir sin apelar a esos personajes auxiliares, los criticados. Deberían, si tratan de hacer lo que su crítica parece proponer, no anclar en las limitaciones que denuncian. En muchos casos, es cierto, esa permanencia en la sombra de otros, aunque esos otros sean el objeto de constantes ataques imaginarios, es agradable. Referirse a otros para denigrarlos es un deporte tranquilizador, aporta la apariencia de una orientación, o la prepara, pero permite a la vez un uso inofensivo de las propias fuerzas. El despelote se armaría si uno tuviera que vivir según su propio criterio y esas fuerzas no fueran ya tan inofensivas sino potentes y curadoras. No resulta tan fácil mirar por los propios ojos y decir qué se quiere. Por suerte tenemos facilidad para encontrar algún pelotudo suelto con el cual entretenernos. Lo que no queremos ver es que ese pelotudo somos un poco nosotros.

## *La cultura es el entusiasmo por la vida*

Es agradable y fresca la idea, porque implica poner el entusiasmo y las ganas de vivir en el centro de lo que solemos considerar con un espíritu de seriedad impropio. Cultura, es decir, ideas, libros, creación de cosas, de arte, liberación musical, transmutación teatral, ejercicios de inteligencia o de intuición, son todos desprendimientos de esa emoción básica de querer vivir, de querer más, de querer mucho. Expresiones del amor, pero de un amor que se quiere tanto que tiene ganas de hacer el esfuerzo, el trabajo, de expresarse, o que no siente el peso de la resistencia de la materia, o que siente el placer de darle forma, de entrelazarla con uno mismo. No es un amor buenito, sufriente y quedado; es un amor que busca, prueba, se equivoca, sigue.

La cultura que no tiene ese origen, la cultura que cultiva una seriedad excesiva y rigurosa, no tiene tanto valor como cultura. Sí, esta idea desafía el trasfondo de escepticismo que es tan querido en ciertos ambientes culturales, para los que la falta de sentido es una prueba de inteligencia.

Hace poco me plantearon una pregunta en Formspring (un sitio en el que abris una cuenta y los que pasan te preguntan cosas): ¿El arte sirve para escapar de la realidad o para confrontarla? Respondí: Ni lo uno ni lo otro. Sirve para disfrutarla, investigarla, comprenderla, vivirla, hacer el amor con ella, participar en su movimiento arrollador, encontrarse con uno mismo, encontrarse con otros, etc. Los que tienen necesidad de lo primero, escapar de la realidad, no llegan a entablar con las formas concretas del mundo el amor que se requiere para penetrar en la materia. Los que tienen necesidad de lo segundo, confrontar la realidad, creen que tienen una verdad propia que el mundo no quiere oír. Están un poco mejor que los que quieren huir, pero tampoco tanto.

No hay que escapar de la realidad ni hay que confrontarla. Artista es el que puede superar esas instancias un poco impotentes y dar rienda suelta a sus fuerzas afirmativas. La realidad resplandece al quererla, como las personas (que también son reales), y el arte

vive una historia de amor con el sentido y la forma, tal como se dan en su particular idiosincrasia.

Por eso puede decirse que la cultura es el entusiasmo acumulado de las generaciones. Se trata de fuerzas vivas, concentradas en formas representativas, que contagian energía vital más allá de las personas que les dieron lugar. Sensibilidades proyectadas más allá de sí mismas, dando fuerza, reutilizando su fuerza de partida para reencantar la existencia. Y esto sucede aun en los casos extremos de artistas depresivos o suicidas: su arte es un agarre al mundo, su forma de percibir y expresar el extremo valor que sólo podían vivir como padecimiento.

Sí, sí, sí, pero claro que cabe una obra triste o desesperada. No todo es coser y cantar (o coger y cantar). Pero una cosa es la tristeza cargada de fuerza que puede producir estremecimientos de placer sensual, como pasa con Bach. Y otra cosa es poner en escena personajes miserables y desesperados, y hacerlo sin arte, y contagiar miserabilidad como si fuera un mérito. De todas maneras, nada tiene menos sentido que ser un policía de arte.

Me sorprendió cuando la abuela de Inés y Juana Molina me dijo en una larga tarde de quinta una verdad sencilla y liberadora respecto del arte. La señora era un encanto y charlábamos en grupo de cualquier cosa, pero cuando pasamos por el arte, no me acuerdo por qué, ella dijo que en el arte lo que se daba era una proliferación de formas, de obras, de artistas, de creaciones. Ustedes se preguntarán cuál es la idea, pero la idea está ahí. No hay más que eso en el arte, personas que hacen cosas, muchas personas que hacen muchas cosas distintas, y el problema del valor de esas obras y de esas personas es secundario. Secundario quiere decir: no es necesario darle mucha importancia. No quiere decir que no distingamos entre cosas que nos gustan mucho o poco, entre obras que nos dejan satisfechos o no, entre artistas que nos hacen ver un mundo y otros que no. Quiere decir que toda la multiplicidad está legitimada, que el sentido de esa producción del arte es el de dar lugar a esa gran variedad, y que cada uno va a encontrar su lugar donde pueda y quiera. Punto. Sencillo.

Me resultó revelador. Y lo aplico mentalmente: en arte se trata de una proliferación.

Y no sólo en arte se trata de proliferaciones, por ejemplo, también sucede en el caso del cambio, y hay que pensar que...



*Un cambio trae muchos otros,  
“EL” cambio no existe*

La concepción del escalonamiento de los pasos en una transformación o cambio buscado es una clave o truco básico para que éste sea posible. Cuando se lo piensa de afuera, un cambio parece un movimiento único, o más bien un salto. El deseo de otra forma se representa en una posición ya lograda, entera, sin advertir que todo en nosotros es en realidad un proceso. Por eso muchos cambios deseados parecen imposibles, porque no se concibe el tránsito, no se percibe que se trata de una serie de cambios enlazados y que en general se trata más de dar un paso, de iniciar un camino, que de ser de un día para otro algo completamente distinto. Lo más notorio es que desde un primer grado del cambio el segundo y los siguientes, que en el inicio parecían inalcanzables, se vuelven accesibles.

Ejemplo: mucha gente, cuando piensa en el entusiasmo, dice “yo no me entusiasmo con nada”. Mira a su alrededor y no ve la fogata, o el incendio forestal que espera. Querría encontrarse con una pasión desarrollada, como si se tratara de darle a un interruptor. Pero no se da cuenta de que lo que podría ver, desde el primer nivel de un relativo desapasionamiento, no es un entusiasmo armado, esas gigantescas llamaradas que imagina, sino una chispa, un roce de piedritas, un inicio, un interés, que luego, regado por actos, estimulado por hechos, puede empezar a desarrollarse hasta alcanzar el estado de un bosque ardiendo.

Ejemplo: me quiero enamorar y no me enamoro. Para empezar, la intencionalidad es contraproducente. Si uno sale una noche con una persona buscando enamorarse de ella, en vez de encontrarse con alguien real, se encontrará con un espejo deformante del propio deseo, y en vez de surgir algo en una relación verdadera, todo lo que pase va a estar determinado por ese fondo de la intención propia, que sí, es legítima, pero no logra el resultado buscado porque hay procesos que no se producen a caballo de la intención.

Luego: claro que uno no encuentra el amor hecho, que surge de una relación que crece. Quien busca enamorarse sin proceso busca algo que no existe. Sí, hay casos de

“amor a primera vista”, pero los que resultan bien lo hacen porque pudieron superar ese primer paso idealizado y volverse reales. Querer vivir un gran amor y no entender que ese amor debe construirse a través de una serie de pasos, de momentos, en los que un cambio se va produciendo por etapas, es no querer vivir un gran amor. Y ni siquiera es una construcción intencional, el amor, es más bien algo que sucede si uno se deja llevar, se deja ser.

El anhelo por el cambio puede volverse un obstáculo para el proceso de cambio. Así lo consideran Paul Watzlawick y sus colaboradores, que en su libro *Cambio*, describen un abordaje terapéutico en el cual se trabaja en contra del intento de cambio de la persona, porque se entiende que esa búsqueda intencional fractura e impide la experiencia que haría posible un cambio real.

El caso arquetípico es el del insomne. Mientras más trata una persona de dormirse, más lejos está de encontrar la paz del sueño. La prescripción de esta terapia paradójica es: “Acuéstese, pero no se le ocurra dormirse”. Desactivan la intención de producir el cambio, en este caso el sueño, activan la intención contraria, y la persona, liberada de la compulsión, logra tranquilizarse y se queda dormida.

Muchas veces queremos transformar nuestra vida, pensamos en ser distintos, pero creamos a partir de ese deseo más una imposibilidad de cambiar que un camino de cambio. El cambio real tiene que ver con poder vivir transformaciones mínimas hilvanadas, con ir tejiendo la red de una situación nueva, con ir sumando detalles que llevan de una situación a otra, que la metamorfosean. Y todo esto es algo que sucede en un plano de realidad completamente distinto del que permite la enunciación de la necesidad de un gran cambio. La enunciación del gran cambio actúa generalmente como obstáculo para el desarrollo de una vida concreta que busca su forma.

Por supuesto, hay personas para las que la imaginación de un gran cambio completo puede resultar un estímulo y una ayuda, un paso dentro de un proceso que después tomará su propio curso, distinto del imaginado, pero que se hizo posible gracias a esa zambullida inicial. Y también es cierto que hay situaciones, como las de una separación o como la decisión de mudarse de país, que tienen siempre algo de cambio tipo salto, diríamos. De todas maneras, incluso estos on/off, estas modificaciones súbitas y completas, suelen estar habilitadas por un trabajo previo y posterior de mudanza de piel.

Podríamos resumir todo lo dicho en la siguiente observación: los cambios reales son la suma de pequeñas mutaciones, no necesariamente conscientes ni intencionales. La

representación mental del cambio como algo que sucede en un bloque puede inhibir la producción de cambios reales. Conviene instalarse en una experiencia orgánica de vida más que intentar pensarse duramente con conceptos extremos.

*El tema de la creatividad no pasa  
por plantear “hacer bien”,  
sino “qué” hacer...*

Tom Peters, gurú del management, entusiasta enloquecido y talentoso, potencia inspiradora, bestión del impulso productivo y empujador puro, advierte que con el ritmo de cambio presente en nuestra sociedad actual, el intento de hacer “calidad total” es poco aconsejable. Más allá de las posibles falencias de la idea (siempre es bueno intentar hacer las cosas bien, y la calidad es un requisito permanente), resulta interesante captar su visión. La idea es que si, como decimos todo el tiempo, las cosas cambian tan rápido, invertir energía en querer hacerlas perfectas resulta inadecuado. Más vale usar esa energía o esos recursos en hacer otra cosa, en renovarla, replantearla, rediseñarla. Su último libro se llama *Re Imagina*.

Su señalamiento es un buen principio para confrontar nuestra locura obsesiva y perfeccionista. En vez de intentar la perfección, intentemos la fluidez, el cambio, una provocativa línea de renovación constante. De no ser así, cuando logremos hacer perfecto lo que tenemos entre manos, si es que tal cosa es posible, lo perfecto será además perfectamente obsoleto. En vez de buscar no tener fallo alguno, tratemos de producir cosas interesantes de una nueva manera.

Por lo general, el argumento con el cual nos defendemos del perfeccionismo es otro, y es también bueno. De tanta ansia de perfección lo que uno logra es paralizarse. Es como si la idea de hacer algo bien, pero *bien bien*, fuera en realidad una idea emisaria de la nada, del no hacer. Emisaria que se ha vestido de consideración valiosa, de advertencia, de esmero, pero que promueve una limitación nociva del movimiento, que además nos cae tanto mejor.

Más que a la *perfección*, creo que conviene acudir al criterio de la *expresión*. La expresión promueve la abundancia, el descuido, la confianza, la entrega a un proceso de mucho en donde el mucho estará encargado de hacer de lo más o menos algo un poco mejor.

El perfeccionismo da una mala versión del cuidado. En vez de cuidar la realización de algo, el perfeccionismo nos dice *tené cuidado*, es un cuidado mal puesto, en vez de esmero genera una tensión inhibitoria. Se cuele la idea de que errar sería grave, de que hay que tener mucha cautela y no hacer cualquier cosa porque, si no, sale una chanchada y queda mal. La expresividad, en cambio, entiende que el enchastre es parte inevitable de la creación y que no hay que temerle. Cuidar, sí, luego, cuidar lo que va saliendo y darle forma, esmeradamente elaborar su forma con amor.

Muchos dicen que la intención de hacer algo perfecto es un móvil para la acción y la superación. Puede haber psicologías que funcionen así, personas para las que sea más conducente la actitud del perfeccionismo que la de la expresividad, pero también es comprobable que este enfoque tiene muchas víctimas, o que hace que los productos se cobren altos precios en términos de salud.

O sea, es como si en la intención más frecuente de crecimiento nosotros estuviéramos habituados, en el mejor de los casos, a avanzar por el lado de cómo mejorar las cosas. Y lo que sería necesario incorporar es la necesidad de replantearse el qué de ese cómo. Abrir el espacio mental del juego y la producción de variedad, acechando la aparición de nuevas formas o cambios de rumbo, o pasos de transformación. No tanto confiar en la vía incremental, podríamos decir, e indagar más en las metamorfosis, esos procesos por los cuales una cosa deviene otra.

Dedicamos más atención a lo que ya existe, digamos, que al juego de formas que permitiría buscar nuevas ideas. No se trata sólo de ideas, en las ideas. Ellas son meras representaciones. Lo que buscamos son nuevas situaciones, otras tareas, otros proyectos, otras formas de encarar nuestras ocupaciones, otras perspectivas. Que aparezca lo que no podemos pensar, básicamente. La ruta de la creatividad lo que intenta es hacer magia, y por suerte lo hace con método y resultados accesibles.

En una primera instancia, la postura que describo en esta premisa genera un interés por lo nuevo y la costumbre de estar atento a la comprensión del cambio. Se intenta leer la nueva realidad, la nuestra, tratando de entender al mundo en el que estamos como si no fuera el mundo en el que estamos realmente, con una perspectiva parecida a la del que está bajo la influencia de alguna sustancia psicoactiva: mira las cosas más inmediatas como si no las hubiera visto nunca. Es la mirada que podría tener un extraterrestre que llegara de repente a la avenida Santa Fe. Un acceso siempre renovado hacia cualquier tema o realidad está garantizado por la existencia de la web. Cualquiera que ande por

Internet tiene un campo de conocimiento y de prueba de lo que se le ocurra. Somos pioneros en algo cuya magnitud no sospechamos, los primeros en relacionarse con un mundo de puertas abiertas en muchos sentidos relevantes. Pero hay otro paso, que es más difícil de dar, y tiene que ver con dejar de *mirar* lo nuevo y pasar a *producirlo*. Ése es el punto de la creatividad, y por eso es una disciplina tan desafiante y produce tal excitación.

¿Y cómo se hace? Nadie lo tiene del todo claro, pero la suma del deseo y las técnicas de creatividad son una buena respuesta: eficaz y al alcance de todos. El deseo: para inventar, para ser capaces de manipular la realidad y darle forma nueva, tenemos que poner en funciones a la herramienta principal, que aparece muy claramente cuando uno se pregunta: ¿qué quiero? El factor interesado es el que realmente puede trabajar la materia de la realidad y dar formas, la plasticidad de la realidad se abre a esta fuerza de querer. Al decirlo así parece que estuviera hablando de algo raro, pero me refiero sencillamente a la posibilidad de que las vivencias y sus partes (trabajos, tareas, costumbres, enfoques, modos, procedimientos, hábitos) sean moldeables como si fueran de plastilina.

Uno sólo puede intervenir en las formas que comprende, vive, en las que el impulso del querer permite entrar, porque su interés lo involucra. Sí, también podemos decir que ese interés resulta a veces más una inhibición que un estímulo, pero creo que hay que entender que es así en la medida en que uno no haya logrado aun llevarse bien con su deseo. Lo que, por supuesto, no es fácil. En realidad no es tanto con “el deseo”, que no es un algo, una instancia metafísica definida, sino con lo que sale de uno, la espontaneidad, las ganas, las tendencias y aspiraciones, el sentido, el para allá voy.

Y después, las técnicas: son procedimientos extremadamente sencillos que incentivan la producción de ideas en el nivel de juego necesario para la aparición de lo distinto. La técnica lleva de la mano a nuestros quereres para que puedan expresarse metódicamente. No hace falta enfrentar el fantasma inhibitorio en una larga terapia. O sí, hace falta, si está bien vivida. Pero mientras uno lo enfrenta en la larga terapia puede ir haciendo estos ejercicios sensoriales y útiles. Aclaración decepcionante: son muy útiles, las técnicas de creatividad, increíblemente útiles, pero lo son sólo si uno las usa. Si uno no las usa, no. (Es muy difícil ganar la lotería, pero si comprás un billete tenés más chance.)

Pensemos, por ejemplo, en la asociación libre. La asociación libre es una posibilidad, que primero aparece como posibilidad del pensamiento, que se presenta en el mundo de

la representación de las ideas pero alude siempre a un mundo con el que se interactúa. La libertad de la asociación no es fácilmente incorporada a un sistema de cotidianidad utilitaria como aquel en el que es saludable y normal existir, y lo que llamamos creatividad es esa libertad para que un querer intervenga en las posibilidades de la realidad, dando forma.

Pensar puede ser reflexionar, racionalmente, es decir, aplicando la lógica, o puede ser dejar que esas conexiones que parecen arbitrarias se establezcan con fluidez y ocupen la escena, de manera de aportar luz, dinamismo, vida. El pensamiento que capta esas oscilaciones libres del sentido, una rigurosa muestra de la realidad de las emociones y las ideas, es el que da vueltas y termina reorientándose en el proceso. Para decirlo de otra forma, dándole vueltas a las cosas, el que se da vuelta es uno.

Además, las asociaciones libres, el decir lo primero que se te ocurre como reacción a un estímulo cualquiera, no sólo revelan sentidos que son relevantes para comprender a quien las produce, también permiten conocer la realidad misma. Es así: la asociación libre en psicoterapia es observada por lo que revela del funcionamiento de la persona que las realiza, porque es como una especie de ecografía, de resonancia, de la situación emotiva personal. Las asociaciones libres permiten ver de la persona eso que no se ve, es un eco de los sentidos íntimos.

Pero también, y es lo que pasa en creatividad, corresponde entender esas asociaciones como modos de entablar con la realidad una relación que va más allá de la versión automática. De Bono, el principal pensador de la creatividad, explica que el cerebro tiene una serie de asociaciones habilitadas, instaladas por la costumbre, y que ése es el camino corriente, usual. Si queremos creatividad, es decir, dar con posibilidades no conocidas, nuevas y valiosas, es necesario mirar las cosas desde otro punto de vista, o bien, producir y estimular otros modos de conectar los sentidos, distintos de los automáticos y habituales. Por eso las técnicas de creatividad (la creatividad es un campo de técnicas y no de teorías) trabajan mucho con el azar, con el juego, con lo imprevisto, con el humor, porque en ellos encuentran modos de hacer aparecer un material que de otra forma es inhibido por los procesos habituales de pensamiento.

Insisto: resulta valioso entender que la asociación libre no es sólo un modo de penetrar en la verdad subjetiva, que lo es, sino también un modo de relevar la realidad tal como ella es, aunque en principio parezca que son sólo “las cosas locas” que se le ocurren a uno. Por la vía de esa locura, relativa y acotada, producida intencionalmente y luego en

parte descartada, se llega a captar algo de la realidad que escapa a la racionalidad sensata. Es un método valioso de generación de perspectivas y una fuente inagotable de ideas.

## *El miedo personal nos limita más que las limitaciones sociales*

Pocas cosas producen más excitación y ganas que considerar que debemos superar ese enemigo personal interno, el miedo. Uno se observa a sí mismo preguntándose ¿a qué le tengo miedo? La indagación ilumina, y uno empieza a ver las cosas que parecían imposibles, o las que creía incorrectas, bajo otra luz. Bajo la luz de la posibilidad, al alcance de la mano. Tenés miedo y el miedo te frena, pero podría no ser así.

Ésa es la mirada de la osadía. ¿Y si tu intento fracasa, y si tu plan no resulta? ¿Y si perder el miedo y su cautela nos hace meter la pata? Cuánto menos empieza a importar eso. Cuánto más se vuelve relevante que uno sea capaz de jugarse por lo que quiere, de hacer el intento. Cuánto más lindo es vivir en ese eje de osadía y posibilidad, de lucha, de armado y creatividad, que en el eje conservador de *cuidado porque puede salir mal*, o *cuidado porque van a pensar que sos un pelotudo*. ¿Quiénes? ¿Quiénes son ellos, qué han hecho con sus vidas, por qué les importaría tanto la mía, como para alimentarse con mis fracasos o contratiempos? ¿Por qué o cómo llegué yo a creer que había personas que se nutrían conmigo, con mi realidad, al punto de tener que alimentarlas dando forma a mis opciones según sus pareceres? ¿Será realmente así, o es ésa más bien una fantasía nacida ella también de mi temor, un modo mío de no hacer, creyendo que son otros los que no me dejan cuando en realidad soy yo el que no se decide, el que no puede, el que no arriesga?

¿Hay que tirarse siempre a todas las piletas?, ¿no hay casos en los que conviene más la cautela, una mirada racional y evaluativa, cierta medida en las iniciativas? Uf, sí, claro que sí.

Me pasa cada vez que hablo de esto. Me acelero, me encanta promover el arrojo, y siempre aparecen algunos tenues intentando demostrar, con argumentos generalmente adecuados, que mi moral de osadía debe ser desactivada. Que a veces sí corresponde descartar el miedo, pero que no es cuestión de desprenderse de todo cuidado, que el golpe del fracaso puede ser letal, etcétera. ¿Qué hacemos? No sé.

O si sé: creo que la mirada que descarta el miedo no debe ser evaluada tomando el caso del sacado, del que de tanto no tener miedo sufre accidentes. El sacado, el que más que eludir el peligro lo busca, no encarna a la persona que vive sin quedar preso del miedo, si no más bien a quien vive el miedo y su superación como un acto vicioso de desafío y exorcismo. El sacado no puede ser el modelo humano para considerar las cuestiones morales fundamentales. ¿Es esto una cuestión moral esencial? Sí. Moral es valores, valores son valoraciones, perspectivas. Mirar desde el miedo o mirar sin miedo es una alternativa moral, existencial, fundamental. Un punto de partida que arma mundos distintos. Y creo que es correcto desestimar el temor, y mirar con atrevimiento. Y creo que sí, que es cierto que no se trata de no mirar si hay agua, sino de ejercitarse en nadar bien, en no sentir que la incerteza es tan difícil de vivir, de no creer tan fácilmente que si no están dadas las condiciones óptimas uno no podrá hacer nada, ni conseguir lo que quiere. No creo en tratarse a sí mismo como si uno fuera una cosita frágil que requiere todo tipo de atenciones, porque se lastima con cualquier roce. Esa caracterización de la cautela extrema como un bien es errada, ha sido parida por sensibilidades conservadoras y miedosas.

La energía que corre por uno cuando se decide y asume ciertos riesgos es la salud vital más necesaria. Esta prédica antimiedo tiene sentido sobre todo porque como cultura estamos pasados para el lado del miedo, explotando toda posibilidad de sentirlo como si fuéramos muy frágiles, tan frágiles que cualquier problema pudiera acabar con nosotros.

El atrevimiento agrega salud, la completa, genera el nivel de excitación y entusiasmo que nos permite ser plenamente nuestra propia forma. Y no se trata de hacerse el perfecto, sino de lograr nuestro contento, porque el *perfecto*...

*El que “la tiene domada”  
no resulta interesante*

Todos tenemos un canchero de referencia, que nos hace la vida imposible. Representado en una figura externa, es en realidad una presencia fantasmal en nosotros, que encarna parte de nuestra visión de las cosas. ¿Cómo es el canchero? No tiene problemas. Está siempre de vuelta. Allí donde vos te perdés, dudás, fracasás, él sobrevuela. No tiene falla, no tiene oscuridad, es un collar de éxitos, va de logro en logro.

Nos perseguimos porque les creemos, porque ingenuamente somos convencidos por esa representación. Pero nadie, nunca, es así. No entra dentro de las posibilidades. El canchero no habla de una experiencia real, es una persona presa de la necesidad de representar lo que ella misma cree que debería ser, alimentado por la necesidad de hacerte pagar a vos el precio del que él cree poder zafar. No hay persona que no tenga problemas, que no falle, que no tenga su zona de oscuridad, su parte irresuelta. Así como no hay persona sin pulmones, tampoco la hay sin sombras.

¿Es bueno ocultar esa falla, para mostrarse entero? Es lo peor que se puede hacer, casi tan malo como acentuarla constantemente para protegerse de toda exigencia. Las personas somos despelotes relativamente contenidos, encaminados. Cuando la cosa se pone mejor es cuando el despelote se vuelve creativo, cuando la persona, sin llegar a haber eliminado todo su conflicto interno, logra hacer cosas que lo hacen sentir bien y que resultan productivas también para otros. El despelote, es más, es la fuente de esa creatividad, de esa producción personal. Si lo limitáramos de manera absoluta no seríamos personas, no tendríamos realidad, seríamos fantasmas. El despelote personal es el juego interior del que surge toda riqueza, cuando surge. No se trata de negarlo, sino de vivirlo bien.

¿El canchero es un fantasma? Sí, es una persona que no está, que ha dejado en su lugar una imagen falsa, destinada a eludir su verdad tanto como a producir una admiración que lo sacie. Es bueno saberlo: las personas que la tienen domada, a la vida, las personas que fingen tenerla, mejor dicho, no son interesantes, son de cartón pintado.

Las soplás y se caen. Hay que tener cuidado, porque antes de caerse pueden hacer daño, y no hay por qué dejarse.

El que cae en las garras del canchero, el que lo admira, lo quiere, lo sigue, le hace de eco, es el que todavía no sabe que su propia imperfección no es un pecado ni un defecto, sino una característica normal de cualquier ser humano.

## *Por deber, nada. Por querer, todo*

Éstos son los principios de una moral existencial basada en el deseo. En su fondo está la idea de que el sentido está originado en esa sensualidad espontánea que nos atraviesa como una benigna fatalidad, definiéndonos y haciéndonos capaces de experiencia. Somos la expresión de un deseo, de un deseo de vida. Ese deseo no es el resultado de una intención nuestra, nosotros somos el resultado de una expresión suya. O sin distancia, mejor: somos ese deseo.

Françoise Dolto, la psicoanalista francesa, propone, en su libro *Niño deseado, niño feliz*, una idea sorprendente y muy cercana a la visión de Nietzsche. El título del libro parece dar a entender la idea de que un niño puede ser feliz cuando parte de un deseo de los padres, que ese deseo lo habilita a una realidad y lo cuida. Sería feliz el niño que fue deseado. Es verdad que la cualidad de una vida deseada por los padres (no tanto pensando en el deseo como proyecto, sino como aprobación, querer, carga de amor) tendría la densidad o consistencia que permite la felicidad, pero ella va más allá, y habla de otro deseo, del deseo del chico por nacer. Sostiene que el chico que nace expresa al nacer su propio deseo de vida. Es genial. No se vive sino como expresión de un deseo de vida.

Por eso, quien dice “yo no pedí nacer” hace un capricho, pero no dice una verdad. Claro, uno no “pide”. ¡Si uno no es, antes de nacer, cómo podría “pedir”! Pero si has nacido es porque querías vivir. Más aún: si estamos vivos es porque queremos vivir. No hay vida arrastrada por algo, toda vida tiene una base en sí misma, y cuando la pierde, muere. Quien no quiere vivir, muere, se enferma, se suicida o se hace matar.

La formulación “por deber nada, por querer todo”, es un poco extrema. O muy. En realidad, no sirve de guía para una existencia real, pero es un principio romántico, amoroso, que suena bien y contagia la libertad de un querer al viento. Ajustémoslo. Digamos que una vida tiene que tomar su propio deseo (no el deseo que elige, porque lo que se desea no se elige, se elige desde un deseo) como su eje y fatalidad. Fatalidad en el sentido en que es una presencia dada de la que se debe partir, a la que hay que aceptar, a la que no cabe sino aceptar. Sí, muchas veces no es clara esa presencia del deseo, o es

contradictoria, pero en todo caso es allí hacia donde hay que dirigirse para solucionar el conflicto y encontrar el sentido.

Una vida tiene que tomar su deseo como su eje. No le queda otra. O sí, le queda: enfermar. ¿Es una moral extrema? Un poco, pero creo que la existencia tiene algo de ese extremismo en sí misma, o que llamamos extremismo en este caso a una cualidad dada e inapelable que a nuestra voluntad puede molestarle un poco. Uno querría elegirse, pero no es posible. Ni posible ni conducente, es mucho mejor aceptarse, identificarse con esa fuerza que uno es sin haber elegido serla, que es nuestra verdad.

¿Por deber nada? Bueno, ahí es donde tal vez la idea se pone un poco fanática. Ese mismo deseo al que queremos desplegar tiene que entender por su propio bien que la realidad aporta determinaciones que deben ser aceptadas gusten o no. De otra forma, el deseo, afirmado salvajemente contra toda institución, viento o marea, se coloca en una situación imposible, irreal, invisible. El “yo sólo quiero hacer lo que quiero” lleva más a un “no haré entonces nada” que a un “qué lindo cuánto pude lograr”. El logro, lo que llamamos logro, es eso: la artística viabilidad del deseo trabajado como para ocupar un lugar en el mundo.

El deber: un cierto grado de renuncia o imposición. Su presentación más negativa aparece cuando uno pone el deber a cuenta de otros, cuando no entiende o acepta que es uno mismo el que elige transitar ciertas limitaciones para poder desplegar luego otras libertades.

Digamos que el precepto “por querer, todo; por deber, nada” es, más que el origen de una posición extrema, el señalamiento del fundamento necesario de toda decisión. Luego vendrá la mezclada experiencia real, que requerirá algún grado de aceptación del deber para lograr un satisfactorio nivel de querer puesto en marcha. Es como decir: el sentido sólo puede existir a través de la base del querer, y jamás provenir de un deber.

A la pregunta “¿qué debo hacer?”, le corresponde la respuesta “lo que quieras”. Tenés que hacer lo que querés. En donde reencontramos un lugar nuevo para poner al deber. ¿Deber? Debemos hacer lo que queremos. El deber se reubica entonces: debés realizar tu querer. Y aun más: ese querer tuyo te plantea ciertas obligaciones o deberes.

Es bueno también incorporar en este cuadro a veces un poco confuso de nuestros afectos y tendencias la idea de que...



*El desorden no es nuestro enemigo,  
es nuestro aliado*

Esta frase también surgió en el Taller de Proyectos de Escritura que suelo dar para ayudar a la gente que quiere escribir a soltarse y hacerlo, a concretar sus ideas de escritura, a aceptarse a sí mismos y dejarse de joder con la inhibición y el neurotismo. Es parte de una moral de artista.

Si uno quiere tener todo muy ordenado y organizado lo más probable es que su entorno esté medio muerto. Demasiado control es asfixiante. La idea de que el rigor es valioso muestra su sentido cuando decimos “rigor mortis” (esto lo aprendí de un analista que tuve hace mucho, David Laznik, quiero darle el crédito porque me parece una muy buena idea: frente a cada aparición del *rigor*, es bueno recordar el *mortis*).

Uno aspira a ser riguroso y no hacer cagadas, a no hacer ridiculeces, no mostrar la hilacha, no alterar la fachada. Pero *fachada* es siempre *mortis*, conviene la autenticidad. El despelote, la insurgencia de la vida, inesperada, incontrolable, es más valioso, natural y procedente. El desorden, por eso, es el caldo de cultivo de las formas por venir. No podemos elaborar nada si no nos prestamos al despelote.

No digo ser un quilombo caminando, pero sí dejarse un poco en paz, dejar que no todo esté en su lugar, aceptar no saber perfectamente hacia dónde uno va, ni qué va a pasar, ni entender todavía muy bien si eso que estás poniendo cuando escribís (cosa que me pasa a mí ahora, transmitiendo directamente desde el hecho) tiene sentido, valor o interés, y escribirlo igual. Por supuesto, lo de la escritura es una metáfora, uno no tolera fácilmente no saber muy bien qué está *poniendo en el texto de la vida*. Si la relación que tenés es para siempre, si ese trabajo es la tarea de tu vida, si vas a lograr seguridad definitiva en algún momento.

Porque lo que sí tiene sentido, valor e interés es que uno se exprese con libertad. Que *logre* la libertad. En la libertad no se trata tanto de sacudirnos un yugo externo, como veremos en otra premisa, sino de ser capaz de fluir sin tener la mirada puesta en la posible evaluación constante de lo que tenemos entre manos. Es adecuada esta posición,

porque los valores no se expresan explícitamente sino en el modo de las cosas. Pero más allá del gran concepto, la libertad tiene que poder expresarse entendiendo que el desorden no es nuestro enemigo sino nuestro aliado, que allí donde hay cosas que no se entienden muy bien seguro que está pasando algo interesante, y algo bueno: estamos desarrollándonos, creciendo, generando un cambio. Otro cambio más (uno cree que ya cambió y entonces cierra lo que en realidad no había terminado, o no había hecho más que empezar). Somos exploradores del caos, al vivir, y tenemos que estar contentos de serlo.

Se me ocurren otras formas de dar entidad positiva al desorden. Porque ése sería el objetivo, el de encontrar modos y formatos para poder asimilarlo en vez de hacerle la guerra constante. Hacer terapia es uno, claro, como ya vimos. Otro, más general, podría ser la idea de *transformar los problemas en temas*. Pasar de una visión melodramática a una que busque eficacia, podría también decirse: que la cosa se descargue de la energía asustada que quiere ordenar antes de tiempo todo, que sea una exploración más relajada.

Hacer cosas es hacer frontón con el mundo. Ir probando. Tal vez representándonos al desorden como un movimiento de prueba y juego: tirás la pelota, vuelve la pelota, la tirás otra vez, vuelve otra vez... En todo caso, hace falta construir una inteligencia que nos ayude a tratar con esto, con la indefinición necesaria en los procesos de creatividad y producción.

Y, para eso, hay que recordar sobre todo que...

## *La crítica es una falsa inteligencia*

La caracterización de la inteligencia como pensamiento crítico tiene algo de patológico. Como si el punto más alto de nuestra capacidad de pensar estuviera detenido en esa referencia evaluativa, generalmente negativa y descontenta. Para muchos, la idea cierra perfectamente. Ven el mundo como un universo de trampas interminables, frente a las que conviene estar advertido. La crítica es ese instrumento que permite no caer en los peligros, poder ver más allá de “lo que nos dicen”, “lo que nos quieren vender”, lo que “la sociedad quiere que pensemos”. ¿No es una caracterización completamente paranoica? Y la paradoja radica en que “lo que nos dicen” —en la escuela, en el sentido común del “establishment”— es que debemos ser críticos. La crítica es el nuevo conformismo.

La crítica tiene ese trasfondo paranoico: el pensamiento debe desnudar la realidad, porque vivimos en un mundo de apariencias, lleno de trampas (es la visión del mundo de la izquierda y del cristianismo, tan parecidos siempre). Los críticos adoran las ideas que revelan relaciones no percibidas, al punto de que por más descabelladas que sean, y suelen serlo mucho, se precipitan con un efecto de verdad. Cualquier “descubrimiento”, si hay un ambiente crítico previo, cae como una verdad. O peor: mientras más retorcido sea el argumento, mayor efecto de verdad genera. La prensa del corazón crítico provee constantemente material para generar este efecto, al punto de que el crítico bien entrenado siente que todo lo que es espontáneo es falso, hipócrita. ¿Será ésa la posición sensible crítica que precede al consumo de revelaciones? Si siguiéramos la huella de tales revelaciones, si lo hiciéramos (el crítico no consume seguimientos serios, consume revelaciones instantáneas y les da valor pleno), veríamos que la mayor parte de ellas llevan a la nada. La mayor parte. No estamos negando la existencia del mal, estamos intentando desactivar una inteligencia que lo homenaja constantemente, al abordar con espíritu crítico, de sospecha, todos los fenómenos, todo el tiempo.

La crítica es sospecha. Porque, como es adecuado señalar, crítica no es en origen un sinónimo de maledicencia. Hacer la crítica de algo no es hablar negativamente de ello, es hacer una evaluación. Una evaluación seria. Seria quiere decir sin dejarse llevar por el

fenómeno, desconfiando. Porque la desconfianza, cree el crítico, es la garantía de la objetividad. Pero no es así. La desconfianza es la garantía de la desactivación, de la distancia, de la falta de amor, de la ausencia de compromiso. Un amor crítico no es un amor. Es un amor que se defiende de serlo. O que no puede serlo y trata de presentar su incapacidad como un fenómeno objetivo, eludiendo su responsabilidad.

¿Nunca se puede objetar nada, sólo deben decirse lindezas sobre cualquier cosa? De ninguna manera, pero el lado desde el que decir cosas tiene sentido es el lado de adentro, donde la negatividad se reformula como sugerencia o aporte. La crítica supone la universalización de la perspectiva externa como modo de abordar todo, y por eso resulta generalmente negativa. Al estar falta de amor, carece del interés participativo necesario para transformar sus visiones en aportes. La crítica es un programa de distancia, en el que el pensamiento cumple la función de justificar esa distancia con argumentos pseudo objetivos.

Bien mirada, la función crítica es una de las muchas que contiene el pensamiento, de ninguna manera su función única, ni principal, ni más valiosa. El pensamiento es también creativo, elaborativo, estimulante, placentero, sensual. El pensador crítico es un poco reseco y severo, y cae en una constante justificación de las posiciones defensivas. Y, como propone Osho, hay más inteligencia en la confianza, en el querer, que en la abstinencia. En vez de decir que no hay que confiar y dar buenos motivos, valdría más que esa misma capacidad de intelección fuera aplicada a decir qué cosa sí quiere y le parece bien. Y cómo piensa llevarlo adelante.

Hay inteligencia en la crítica. A veces, pero la hay. Lo lamentable es que el recurso se dilapide en finalidades negativas. Se desperdicie. El crítico, la persona que cultiva la actitud de la crítica, debe reformularse cambiando de signo. Adoptando la capacidad de querer y creer en algo, de decir qué se quiere y cómo hacerlo. Al crítico ese paso le parece dotado de una ingenuidad inaceptable, siente que queda desnudo frente a las posibles críticas de sus compañeros de viaje. Pero sería bueno que cambiara de compañeros y de viaje, y se decidiera a querer. Cuando uno tiene un plan y se juega por algo, percibe hasta qué punto la actitud cuidadosa del crítico es una abstinencia un poco patológica. Para dejar de ser crítico hay que aceptar volverse un poco ingenuo, capaz de fallar, capaz de decir la sencillez de un querer y de una búsqueda que comprende más el mundo como algo mezclado y falible. Se gana mucha humanidad, y la felicidad vuelve a ser posible. De esa forma se pueden cosas, porque no hay que olvidar que...



*Una posición trágica nos paraliza.*  
*Una posición entusiasta nos hace activos*

Está claro que no siempre se elige entre la posición trágica y la entusiasta, que en realidad la posibilidad de determinar intencionalmente la actitud y la posición que uno tenga no es directa. Sin embargo vale pensar en esta diferencia, porque ayuda a revelar variables atendibles.

Suponiendo incluso que la dificultad sea real y no ilusoria, que uno tenga que enfrentarse con un obstáculo nada sencillo, la posición trágica deja que el temor se haga cargo de la escena, suma dificultad, agigantando el obstáculo que debe ser enfrentado. Una cierta capacidad para, sin negar la presencia del problema, relativizarlo, faltándole el respeto, desacralizándolo, termina abriendo posibilidades y reacciones que de otro modo se hubieran cerrado o vuelto invisibles. Y ésa es la posición entusiasta. No algo que debamos fingir (el entusiasmo no es algo intencional, es un punto de la experiencia, como el punto nieve del batido de claras, el entusiasmo es el punto nieve del querer), sino algo a lo que prestar atención. A lo que ayudar.

En las crisis pasa todo el tiempo que una cuota importante de temor y angustia vuelve a los obstáculos reales más grandes o más firmes de lo que son. Uno siente que ese susto es una cosa de justicia, que la crisis pide esa gravedad, o que hemos por fin descubierto el punto en el que todo lo que habíamos armado tiende a deshacerse rápidamente. No es así. Esa mirada angustiada no es la que da la realidad, es la que —llevada por un susto comprensible— la hace más férrea e inmanejable.

Si al obstáculo de la crisis sumamos la angustia que nos produce, ese obstáculo se hace más fuerte. Si logramos abordar el obstáculo sin el plus de la angustia, el obstáculo es más manejable. Se siente como un faltarle el respeto a la situación, como si la gravedad impusiera ciertos recortes del ánimo y la acción, pero es la opción que más ayuda a superar el obstáculo o la crisis. Es una paradoja: si le das la importancia que tiene, se hace más difícil pasarlo. Si lo desafías, le faltas el respeto, aparecen recursos. No

aseguremos que se soluciona, pero coincidiremos en que aparecen recursos, con esta actitud.

Superar la angustia que genera el obstáculo, el problema, no es, además, perder realismo. La realidad no está más incorporada al temor que al desafío. Tal vez hasta al contrario: la acción es el punto más cercano al mundo, el conocimiento superado por la realización del mundo. (¿Se puede decir algo así? Pero es eso.)

Si estiramos la observación hay que reconocer que hay sociedades que hacen crisis porque construyen angustia en vez de construir respuestas inteligentes. Es más, para el que tiene una visión angustiada del mundo y de sus cosas personales, el que trata de construir respuestas inteligentes suele parecerle desagradable, no sabe verlo. Hay mil argumentaciones para trabajar sosteniendo la catástrofe para las que la acción realista suena siempre como una chanchada, algo sucio, indebido, lleno de fuerzas ocultas. Es la perspectiva la que genera ese nivel de fealdad. No hay que ser ingenuo, pero entendiendo que la realidad tiene sus dificultades, no trabajamos para acentuarlas. La posición entusiasta va derecho a tratar de hacer lo mejor en lo posible, y le encanta. Lo mejor suyo, que incluye a otros de mil maneras distintas, que debe incluirlos como le sea consustancial (ah, sí, consustancial, bien, che, ¿qué estuviste leyendo?, ¿dónde hemos oído esa palabra?).

Es un par de ideas útiles, con las que uno puede buscarse un poco. Frente a las cosas que tenemos entre manos, ¿qué cultivamos? ¿Nos tira el susto, aparece una sensación de faltarle el respeto a algo grave cuando avanzamos? ¿Estamos generalmente excitados haciendo algo que nos interesa y nos hace crecer? Ejes de la existencia.

Además, por más que parezca raro, rarísimo, también es cierto que...

*No es fácil soportar  
que las cosas salgan bien*

Resulta difícil entenderlo, porque creemos que buscamos nuestro propio bien de manera clara y decidida, pero cierta observación minuciosa de la vida anímica ha llevado sin embargo a identificar esta figura o mecanismo que se presenta con una frecuencia increíble. Es como si estuviéramos, por hábito o por buscar la tranquilidad que nos evita excitaciones mayores, acostumbrados a vivir tranquilos en la relativa sombra de éxitos por venir, mantenidos prudentemente en cierta lejanía. Cuando algún logro se acerca, la desestabilización consecuente puede resultar muy molesta, perturbadora, al punto de llevarnos a reforzar de alguna manera la posición previa, o la más aceptable salida del fracaso, evitando lo que al mismo tiempo no dejamos de desear y de considerar un paso importante en nuestra satisfacción.

Es interesantísimo de explorar, y nunca termina de verse claramente, pero este truco existe. Los logros, los avances, son exigentes. No sólo en el proceso de su concreción, sino luego ellos mismos, exigentes porque nos llevan a tener que satisfacernos y a sentir un contento difícil con el que no sabemos muchas veces qué hacer. ¿Dónde meterlo? Uno sabe vivir con una cantidad de contento y de fuerza determinada, ¿qué hacer con un incremento perturbador de estas variables? ¿Con qué cara luciríamos nuestro logro frente a otros que no son capaces de ellos? El difícil equilibrio anímico podría romperse y no es poco frecuente que en las inmediaciones de algo positivo y muy deseado que está por sucedernos encontremos todo tipo de peligrosos desajustes, incluso con nuestros íntimos, con personas que supuestamente nos quieren bien, pero a los que les costaría digerir nuestro crecimiento. O así tendemos a verlo nosotros, aunque no sea del todo cierto: el logro propio es un peligro que nos deja sin el calor de los nuestros. Joderse.

El individuo más o menos sano termina por poder enfrentar el mejoramiento de su situación y se adapta a la nueva escena. Cuando toma confianza la disfruta incluso decididamente, cosa que por más rara que parezca a veces no es sencilla ni inmediata. El problema surge cuando, por algún extraño comportamiento anímico, uno se resiste a sus

propios logros con uñas y dientes, por considerarlos más peligrosos que benignos, prefiriendo quedarse en el margen del deseo no cumplido. A veces resulta que no eran los otros, ni la sociedad, ni el destino, lo que nos separaba de la conquista, sino nuestra propia incapacidad de disfrutar y aceptar lo que está ya casi dado, lo que forma parte de nuestras posibilidades.

Sí, culpa. Puede ser que a uno se le vuelva difícil entender que puede más que otros, sobre todo si esos otros son muy queridos y no pueden acompañarnos. Esa soledad del que acaba de dar un paso, la distancia que se abre respecto de sus cercanos, no es fácil de vivir, pero tampoco hay que considerarla inamovible o fatal. Suele ser uno el que cree que no será perdonado por su avance, cuando los otros, capaces de un buen querer, pueden incluso sentirse contentos y hasta compartir el nuevo crecimiento. No hay que creer que el logro es letal. Es difícil entender que uno puede más que antes, que el tiempo y los trabajos realizados producen su efecto, y ahora somos otros de los que éramos, pero también esto puede finalmente comprenderse y vivirse de buena manera.

Para lograrlo, ayuda saber que...

## *Desde afuera los otros parecen perfectos, pero todo adentro es conflictivo*

Uno conoce a una sola persona con profundidad absoluta: a sí mismo. Con suerte y dedicación —más aún—, uno puede lograr aproximarse mucho a otros, y captar la perspectiva desde la que esa otra persona mira, siente y comprende al mundo. Pero sólo nos sentimos a nosotros mismos como propios, sólo nuestra carne es nuestra.

Conocemos desde adentro nuestra incertidumbre, nuestro no saber, nuestras dudas, nuestras confusiones. Cuando miramos a alguien desde afuera, no percibimos ese mundo interno, esos tembladerales, lo que nos hace creer que esa persona, que desde afuera vemos entera, carece de ellos. Eso nos lleva a suponer que los demás carecen de problemas, cuando la evidencia indica lo contrario. Incluso los problemas de uno suelen ser bastante parecidos a los del otro, al menos en ciertos aspectos clásicos inevitables.

Cada uno tiene su vida interior, y de ella forman parte las dudas habituales. Si alguien pretende, con su comportamiento externo, que no tiene en sí esa dimensión incierta y problemática, miente. Los motivos que incitan a tal mentira pueden ser variados, pero lo que importa es saber que podemos sentir y explorar nuestra incertidumbre con tranquilidad, porque ésta no es un defecto sino una realidad inevitable, y además una compartida.

Explorar, sí, porque en vez de tender a eliminarla, acallarla, controlarla o desoírla, lo mejor que podemos hacer con esa zona de arenas movedizas es conocerla. La elaboración o construcción de nuestras seguridades, que son posibles y al lograr aparecer serán por supuesto bien recibidas, tiene como requisito que seamos capaces de aceptar y relevar ese despelote personal que hace de nosotros individuos normales y reales. Por otra parte, en la medida en que comprendamos este rasgo común, y que aceptemos lo natural que es tener un interior problemático, podemos superar la posición en la que nos colocaba nuestro creernos distintos, especiales y más imperfectos, y abrir desde ese punto mismo de dudas una vía de contacto que nos acerque al otro.

Hacia el otro uno va mejor que nunca con su tembladeral en la mano, podríamos

decir, no para tirarle encima nuestros problemas, sino para abrir una vía de comunicación sentida y realista, para dar con ello el primer paso de disolución de la temida imagen de entereza inhibitoria. Uno avanza mostrando su falla, luciéndola sin por eso menospreciarse o tirarse a menos, exhibiendo una capacidad de autoaceptación y conocimiento que invita al otro a hacer lo mismo. Encontrémonos en donde no hay necesidad de simular perfección o mayor entereza de la que se posee, y sin que haya tampoco por supuesto necesidad de victimizarse o se convoque a la lástima y la compasión.

Mostrar la hilacha es una invitación a cotejar la hilacha ajena, y el encuentro de desflecados que se aceptan falibles suele ser más productivo que la vecindad de quienes ocultan con demasiado celo sus vergüenzas. Eso: la vergüenza. La vergüenza es la función que nos recorta la hilacha cuando mejor sería no hacerlo, y si bien es cierto que no hay persona sin ella (es parte del pantano propio) tampoco hay posibilidad de contacto sin cierta superación de este afecto limitante.

Las personas más hechas, más enteras y consistentes, resultan ser aquellas que llevan bien su propia miseria dudosa, y le cambian el signo al volverla humanidad plena y no oculta. Aquello mismo que si quisiera ocultar o negar se vuelve el fantasma más temido, resulta ser un atributo positivo y valioso si se asume como propio. En el camino, se produce la saludable relativización. Sí, soy un poco ceceoso (pongamos), pero ¿no es cierto que no es tan importante? Igual soy una persona entera y agradable, como vos, que tenés esas orejas tan grandes, esas que el peinado que intentás no alcanza a disimular como evidentemente querriás. Creo que eso mismo es lo que se dice en la famosa línea de la canción de Charly: bancate ese defecto. Porque, en el fondo, un defecto (o un problema, o una carencia, o una imperfección, o un cúmulo de incertidumbres y de dudas) es lo que todos tenemos. Al punto de que si dejáramos de llamarlo defecto acertaríamos: son formas, formas a las que a veces queremos y a veces no, formas que nos abren y que nos cierran.

*El sentido es el rédito de los valientes  
(hay que ganárselo)*

La vida no tiene sentido. O dicho de otra forma: su sentido es ser ella misma, seguir la flecha de su desarrollo. La vida es una fuerza que surge y sigue, una línea evolutiva natural. No es tranquila y respetuosa, es más bien impetuosa y excesiva. Bataille, nuevamente Bataille, tiene muy buenas frases para describir ese movimiento vital básico y excesivo.

En el libro del que ya hablamos, llamado *El erotismo*, dice el autor:

*Hay en la naturaleza y subsiste en el hombre, un movimiento que siempre excede a los límites y que jamás puede ser reducido más que parcialmente. De ese movimiento no podemos generalmente dar cuenta. Es incluso por definición aquello de lo que jamás nadie dará cuenta, pero vivimos sensiblemente en su poder: el universo que nos rige no responde a ningún fin que la razón limite.*

“Dar cuenta”: explicar y, mediante la explicación, controlar, domesticar. Ese movimiento de exceso que es la vida no acepta cerrarse en una finalidad racional. Desborda, siempre desborda y rebosa los intentos nuestros por contenerla en un marco que la calme. Sigue:

*En el terreno de nuestra vida, el exceso se manifiesta en la medida en que la violencia vence a la razón. El trabajo exige una conducta en la que el cálculo del esfuerzo, relacionado con la eficacia productiva, es constante. Exige una conducta razonable, en la que los movimientos tumultuosos que se liberan en la fiesta, y generalmente, en el juego, no son admisibles.*

Pero incluso en un orden más básico que el social, donde podemos comprender esta dinámica de ley racional y exceso vital, de prohibiciones y límites, encontramos una descripción más clara de ese movimiento de exceso.

Por otra parte, es necesario aclarar que *violencia* es un término que Bataille usa de modo distinto a como solemos usarlo nosotros corrientemente. En el uso convencional, la idea de violencia alude a la humana expresión destemplada de un impulso que podría haber sido dominado, si se hubieran hecho las cosas bien, como corresponde. En el

modo en el que el autor lo utiliza, designa más bien una virulencia de la vida misma, constantemente presente en nuestras experiencias aunque no sepamos concebirlo con claridad. La vida misma expresa una violencia básica, que no podemos aceptar ni asimilar, pero que es uno de sus componentes elementales. La misma muerte, final natural de toda vida, ejerce sobre nosotros una violencia a la que nadie podría negar sin mentirse.

*La muerte del uno es correlativa al nacimiento del otro, que ella anuncia y de la que es condición. La vida es siempre un producto de la descomposición de la vida. Es tributaria, en primer lugar de la muerte, que deja el lugar; después de la corrupción, que sigue a la muerte, y que vuelve a poner en circulación las substancias necesarias para la incesante venida al mundo de nuevos seres.*

¿Qué? ¿La vida es deudora de la muerte? ¿La muerte alimenta la gran operación de la vida?

*No podríamos imaginar un proceso más dispendioso. En un sentido, la vida es posible, se produciría fácilmente sin exigir ese despilfarro inmenso, ese lujo del aniquilamiento que sacude la imaginación.*

No puedo dejarlo pasar, me parece una expresión fuertísima: lujo del aniquilamiento que sacude la imaginación. ¿De qué habla? De la incalculable cantidad de vida que la vida produce destinada a la muerte. Pensemos en los millones de semillas o espermatozoides que no llegan a nada, en los también millones de vidas iniciadas que no prosperan, desde brotecitos vegetales hasta cachorros o fetos... Sacude la imaginación, es verdad... Es la naturaleza, en toda su inocencia y su apabullante grandiosidad.

*Comparado al de un microorganismo, el organismo del mamífero es un abismo en el que se pierden cantidades locas de energía. El crecimiento de los vegetales supone el interminable amontonamiento de substancias disociadas, corrompidas por la muerte. Los herbívoros tragan montones de sustancia vegetal viva, antes de ser ellos mismos comidos, antes de responder así al movimiento de devoración del carnívoro.*

¡Pará un poco, Bataille, dejanos respirar!

*Nada queda al fin, sino ese depredador feroz, o sus despojos que se convierten a su vez en la presa de las hienas y de los gusanos. Desde un punto de vista que respondería al sentido de ese movimiento, ¿como más dispendiosos sean los procedimientos que engendran la vida, como más costosa sea la producción de organismos nuevos, tanto mayor es el éxito de la operación! El deseo de producir con pocos gastos es pobremente humano.*

¿“El éxito de la operación”? ¿Pero de qué habla? La operación de la vida, su existencia general, es un gran exceso de producción sin medida ni cuidados. La vida es una generación atroz de vida que no busca un orden de precaución. Su éxito, su sentido, es esa misma producción imparable. Claro que nosotros, como personas determinadas y finitas, preferiríamos durar antes de arder, pero ¿a la vida le importa eso?

*Si se considera globalmente la vida humana, aspira hasta la angustia a la prodigalidad, hasta el límite en el que la angustia ya no es tolerable. El resto es charlatanería de moralista. ¿Cómo podríamos, lúcidos, no verlo? ¡Todo nos lo indica! Una agitación febril en nosotros pide a la muerte que ejerza sus estragos a nuestras expensas.*

¡Ehhhh, che! ¡Pará un poco! (Lo digo así porque tienen su gracia estos párrafos tremendos que se relamen en la descripción del exceso.)

Bataille cultiva una sensación de tensión altisonante, de extremo, difícil y convulsionada, que nos hace difícil seguirlo. Acudí a él porque no encontré jamás otra descripción mejor de ese aspecto derrochador que tiene la vida. Lo tiene frente a nuestros ojos, es una constante evidencia, pero nosotros, espantados, preferimos no verlo. La crítica nos salva de darle legitimidad a esta virulencia, y solemos ponerla a cuenta de “los malos” y sus “malas intenciones”, pero lo cierto es que la violencia que vemos en los documentales sobre la vida animal no puede ser explicable por la intervención de ningún genio maligno: es pura conducta natural, extrema e indomable. Y el fenómeno social humano, por más refinado y potente que sea, no escapa a estas reglas naturales. No estamos acostumbrados a ver esta verdad: que la cultura no marca una diferencia con la naturaleza. La cultura es naturaleza humana, un subconjunto del fenómeno natural, y no algo distinto a él.

Retomando la cuestión del sentido planteada en esta premisa, y relacionándola con esta descripción del fenómeno general de la vida: cuando una persona se pregunta por el sentido de la vida busca un eje, o panorama de fondo, algo que la ubique en su existencia con una especie de orden. Uno puede buscar la respuesta acudiendo a saberes diversos. Es un gran recurso el acudir a un sentido benigno, en el que de alguna manera el individuo termina teniendo un sentido del deber que lo trasciende y le regala el premio de una cierta renuncia.

Creo que no hay respuesta universal para el tema del sentido, o mejor dicho, que lo único universal que podemos decir en relación con el sentido de la vida individual es que

el individuo en cuestión, para tener sentido y poder disfrutarlo (para vivir una vida que se aleje del padecimiento del sinsentido), responda activa y personalmente dónde está para él el sentido.

Y para poder decirlo, la persona debe de alguna manera dar las batallas de su deseo. Ellas ponen densidad en el sentido. El sentido es un desarrollo personal basado en lo que a la propia sensibilidad emocional se le plantea como camino inevitable. El deseo, el querer, tiene ese rasgo de inevitabilidad. Uno lo eligió, y si bien puede hacerse el que no es real, le será difícil evitarlo. No se puede evitar querer a quien a uno le sale querer, o desear cuerpos de hombres o de mujeres, o de tales personas en particular. No se puede evitar interesarse en determinadas cosas, preferir la aventura al aire libre o los libros, o ambas cosas, o el fútbol y la música, o lo que sea que a uno se le imponga como un interés personal.

Para captar plenamente la idea hay que entender que...

*La determinación  
no elimina la libertad,  
la realiza (la inicia o permite)*

Siempre que se habla de determinaciones, es decir, de cualidades específicas, se las evalúa como un recorte de la libertad. Las miramos desde el lado, ilusorio, de la ausencia de forma. Nunca hay “no forma”.

Determinaciones, las mías, por ejemplo: soy un cuerpo de varón, nací en Argentina, en el siglo XX, hablo castellano, etc. Es posible que uno se haga preguntas en las que éstas parecieran poder suspenderse: ¿te hubiera gustado nacer en otro país? El que responde, ser determinado, no puede suspender sus determinaciones para hablar como si no fuera el que es. Un ser sin determinaciones no es un ser, es nada, un fantasma conceptual.

“Estamos determinados por el sistema”, se oye frecuentemente con tono de queja, o como expresión de una amarga verdad. “Estamos determinados por la sociedad.” Y sí, estamos. No podemos no estarlo. Pero no podemos de ninguna forma: no existe sociedad sin determinaciones ni vida humana sin sociedad. No es posible existencia alguna sin que esa existencia sea determinada. No es “nos determina”, como si fuéramos sustancia pura que toma forma pasivamente. “Somos” esas determinaciones, las somos. Por eso creo que la mirada más correcta es la que entiende a las determinaciones como las cualidades que nos abren al juego de la libertad, no las que lo cierran. Si careciéramos de determinaciones no seríamos libres, simplemente no seríamos.

Cuando un argentino dice que le hubiera gustado nacer en otro país, no resulta ser un espíritu comentando sus elecciones posibles, es sólo un argentino ejercitando la maldición que tantos argentinos ejercitan, el arte de sentirse menos, el cultivo de la ilusión de creer que en otras realidades las cosas no son como aquí. Pero todas partes son aquí, y en todo aquí hay singularidades que podrían enfatizarse para lograr el efecto espiritual (nada espiritual en el fondo) de simular no ser de aquí ni ser de allí.

Las determinaciones no se eligen, nos abren a un mundo en el cual nuestra tarea es

completarlas, desarrollarlas, trabajarlas. Uno viene al mundo crudo. Cocinarse es poner en movimiento los ingredientes de los que parte, y vivir la paulatina mezcla de cualidades que terminará con suerte por producir nuestro sentido. Uno viene al mundo crudo y se cocina al pasar las pruebas implícitas en su desarrollo: esas pruebas derivan de sus deseos puestos en movimiento. Son formas envueltas, cosas que no se muestran, o se muestran confusas, raras, sin claridad. Hay que meterse. Por eso decíamos que el sentido es el rédito de los valientes, porque para encontrarlo hay que atravesar estados que asustan. Que uno viene crudo al mundo también quiere decir eso: que no sabe todavía quién es, para dónde va, qué quiere, cuál es el sentido de su vida. Al sentido se lo conquista, y lleva tiempo.

*Para poder ver  
hay que sentirse menos visto*

Este planteo sugiere un mundo de miradas. Yo decía de mí mismo que era *muy considerado*, explicando mi sensación de que otros no lo eran tanto, y defraudado por no sentirme tan tenido en cuenta como yo era capaz de tener en cuenta a los demás, hasta que un analista me señaló que *ser considerado*, ser *el considerado*, era también una manera de decir que yo estaba siendo observado, mirado, evaluado. Evaluado por alguien, por otro, o por el fantasma evaluador general de un otro autogenerado, con lo que yo me ponía a mí mismo en situación de objeto, es decir, de motivo de una mirada ajena y no en protagonista de la propia.

Sí, es un rebusque, podríamos decir, un juego de palabras, pero es útil por lo revelador que resulta. El considerado se adecua a esa mirada que lo observa, se vive a sí mismo desde la perspectiva de otro, se siente constantemente auscultado, sopesado, criticado, sospechado. Mirar es la posición contraria: es uno quien ve, y dice qué es lo que ve, qué sentido tiene, para dónde va o para qué sirve. Dice cómo son las cosas, desde uno, sin necesidad de soberbia o pretensión, con la sola autoridad de ser una persona viva que ejerce el arte de mirar y decir.

Uno mira, o es mirado. La posición sana, feliz, activa, es la posición del que mira. Sí, también ese mismo observador, sujeto de su visión, es objeto respecto de la mirada ajena, y hay una especie de lógico juego de idas y venidas entre ambos roles, pero lo que se quiere al acentuar el valor de la posición activa es aludir a ese valor del deseo propio que venimos descubriendo como requisito indispensable para ordenar el mundo de la experiencia personal. Si uno no habilita la propia mirada, o la propia voz, no hay eje posible para la existencia, ningún sentido puede aparecer. Uno tiene que ver por sí mismo, permitir la validez de su propio ejercicio de la visión, dotar de sentido a lo que vive en función de lo que personalmente uno siente, percibe y quiere en esa experiencia.

Por eso es de imposible solución la perspectiva del que busca ser saciado o completado al colmar la exigencia o el criterio de una mirada ajena. Las preguntas por la

realidad sólo pueden ser respondidas con un ejercicio de la respuesta, no por la adquisición de un contenido. Alguien da una respuesta (un contenido), pero es uno el que lo avala o no, el que pone la carga para que ese contenido tenga algún valor. Y lo hace desde su sentir, no como una operación de conciencia sino a través de una sensación íntima.

Para poder ver es necesario salir de la posición del que es visto. Decir: *yo veo lo que es, me doy cuenta, puedo validar y otorgar densidad a lo que mis ojos enfrentan. Hago mi experiencia de las cosas, y mis experiencias tienen peso. Soy yo el que las vive. Todo es pleno: yo lo soy, lo son mis experiencias, no hay defecto, no hay rendición de cuentas debida a nadie. Para poder ver es necesario ser capaz de lograr la inocencia, haber validado de manera avanzada la existencia propia y lo que desde ella apunta hacia las cosas.*

Vivir para ser vistos, para conformar, para agradar, para ser evaluados de manera favorable, o vivir siendo uno quien dice, desde su propio ver, qué es valioso y qué no, qué quiere y qué no quiere, qué sentido tienen las cosas que se viven y cómo quieren vivirse. Decir, en vez de hacerse objeto de otro decir, puede llevar a expresar puntos de vista no establecidos en las versiones acostumbradas de las cosas. Decir desde sí mismo es pensar, pensar por uno, mirar más allá (o más acá) de otras miradas y encontrar resultados más realistas, porque la versión acostumbrada no es ya un mirar sino un formato fijo, una imagen congelada y deshabitada. La versión estándar de las cosas es ya una mirada sin nadie, una posición que tenemos en cada caso que volver a corroborar, mirando de nuevo, para ver si sirve o si es necesario introducir alguna corrección o cambio. Muchas veces sirve, porque la estandarización se produce con un criterio de promedio que define su utilidad, pero muchas otras veces no, porque uno requiere introducir un detalle específico, o porque las cosas han cambiado.

Decir es prestar atención. Los problemas de concentración pueden ser considerados problemas de falta de densidad, como si algo no lo dejara a uno habilitar sus propios ojos, su propio experimentar al mundo. Es un mundo al que no se le puede otorgar relevancia, dada la fundamental irrelevancia del que sólo es mirado y no alcanza a mirar por sí mismo.

De esa forma se ponen en cuestión ideas establecidas y se ofrecen otras visiones, llegando por ejemplo a darse cuenta de que...



*Madurar no es ponerse serio  
o volverse aburrido*

Las palabras, y los conceptos, de madurez tanto como de responsabilidad forman parte de la lista nefasta de las palabras de preceptor del colegio secundario a las que los normales les tenemos repulsión. ¿Qué es, o qué era, un preceptor de colegio secundario? Ya no debe existir este tipo de personajes auxiliares de la educación argentina, y auxiliares de una moral basada en la infelicidad y la impostura, que aceptaban el funcionamiento de los colegios en la época en que yo, como tantos de los adultos que se ven hoy por la calle, fuimos educados, o formados, o malformados por aquel maltrato vestido de utilidad improbable. El preceptor, jinete de los preceptos, era una figura adecuada para encarnar la representación de la rectitud, del bien, el decente argentino caballero de los desastres. Supongo que en el universo de las instituciones religiosas también debe haber referencias similares, pero como carezco de esa experiencia no puedo decir más.

El preceptor era una persona que debía lidiar con la locura y el desborde de la adolescencia que habitaba los colegios (y hablo de colegios no mixtos, porque hasta ese nivel de artificialidad se llegaba en la producción de una vida de rectitud —rectitud en este contexto suena como una idea un poco anal, y tal vez ésa sea la clave de los rectos, su capacidad para el placer sádico—) y para hacerlo desplegaba recursos poco plásticos. Nadie dice que sea fácil utilizar recursos más valiosos, pero es bueno observar un poco este ejemplo para entender por qué se nos ha armado una visión de la seriedad como simulación de la decencia. Decencia, qué palabra.

Otra figura similar a la del preceptor es la del presentador de noticieros. Otro recto. Ahora se han aflojado un poco, pero tradicionalmente estos personajes ejercían el rol de formales y decentes. Lograban una personalidad modelo, terreno fértil para la aparición de todos los lugares comunes morales que se puedan dar en la vegetación costumbrista nacional.

Si madurar es volverse serio, adusto, decente, recto, es lógico que nadie se vea muy tentado de hacerlo. “Madure”, podría decirnos un preceptor al que no se le hacía caso, y

al que preferiríamos seguir toda la vida sin hacer caso antes de volvernos los abúlicos desgraciados que el preceptor pretendía. Es muy bueno, útil, necesario, darse cuenta de que esa idea de madurez es falsa, inadecuada, está mal armada.

Madurar es otra cosa. Es, diríamos, en muchos sentidos lo contrario de lo que el preceptor nos hace suponer. Madurar no es volverse más serio y menos sensible al humor, la diversión y el deseo. Madurar es ser más poderoso que nunca, y lograr niveles de satisfacción imposibles para el alocado adolescente llamado al orden. En la madurez se da, o se puede dar, la respuesta a aquellas reconvenciones que nos hacían en nuestra inocente y torturada juventud. La madurez es el tiempo de las nuevas certezas, de la evolución lograda y continua, el tiempo de saber y hacer.

La madurez tiene que ver con la posibilidad de sacar en limpio lo que sacarse pueda de nuestra experiencia, con usar los errores y caminos transitados para habitar experiencias ya plenas, con animarse a hacer lo que uno tardó en saber que quería hacer y con tener fuerza y recursos para hacerlo. Madurez es haberse sacado de encima las miradas y los deseos ajenos para responder sólo a los que se ligan de verdad con los propios, haber llegado a ejercer la autenticidad cotidianamente sin que esto tenga un gran costo y recibiendo sí todo el beneficio correspondiente.

En la madurez la vida vivida previamente aparece transmutada en apertura a posibilidades nuevas, y uno se siente preparado para hacer uso de ellas. En la madurez uno logra desprenderse del vicio temprano del enrosque, porque uno se conoce más, sabe qué puede y qué no, sabe mejor qué quiere y con quién, y puede entonces lograr esa liviandad de la existencia que tanto necesitaba antes y que tanto se le interfería con oscuridades y cargas ajenas aun no procesadas. La madurez implica un desarrollo avanzado, años de ser un animal probando mundo. Y ese avance no construye pesadez sino liviandad.

Sucede muy frecuentemente que una persona crea que la frescura de la existencia y la felicidad posible es accesible renegando de la seriedad y el compromiso con las cosas, jugando con una posición caricaturescamente “joven”. Se propaga una especie de horror a la madurez, como si madurar implicara siempre terminar abogado. Pero el compromiso de la madurez no debe ser entendido como un compromiso social con el preceptor del colegio ya descripto. La palabra “compromiso” se usa en el contexto de la relación amorosa, y también suena fea, como sugiriendo que en vez de divertirse con alguien que te gusta tuvieras que establecerte en una relación aburrida y falta de interés. La idea es

que hay una diversión que en la juventud aún no se ha logrado, para la que se está trabajando (promiscuamente, con total legitimidad y disfrute de lo disfrutable en esa experiencia), que consiste, por ejemplo, en hacer un plan extremadamente pleno, que es también divertido, apasionante, disfrutable, renovador, transformador, mutante (problemático, ajetreado, exigente), que es estar con alguien muy cerca y hacer una aventura afectiva riesgosa y súper plena: una familia.

## *El hedonismo es una opción imposible*

La idea de que uno puede manipular la existencia para experimentar sólo placer, o que al menos puede instalarse en su senda, evitando mayores contratiempos, es impracticable. ¿Por qué? Imaginemos a alguien que no quiera sufrir ningún padecimiento, ni siquiera hacer trámites o tener que soportar algún proceso de crecimiento, que siempre contienen una dosis de esfuerzo y relativo displacer. Para estudiar un idioma, para tocar un instrumento, para vivir una relación completa, para trabajar y ser productivo, para evolucionar internamente como persona integrada, para cualquiera de esas cosas es inevitable aceptar cierto grado de frustración o, como se dice en adecuados términos psicológicos, ser capaces de postergar la satisfacción.

Ese no satisfacerse en lo inmediato y aceptar una cierta demora en la experiencia del placer es indispensable en cualquier proceso de crecimiento. No, no estamos proponiendo la vía del dolor como la vía necesaria para el desarrollo, sólo señalando que sin cierta posibilidad de bancar algún nivel de desasosiego e incomodidad, las conquistas evolutivas no se logran.

El plan hedonista acompaña, por ejemplo, al consumo de drogas. La cocaína puede comprometer al usuario en la idea de una crecida permanente del placer, pero la experiencia concluye al percibir el inevitable límite físico: a la excitación sobreviene la angustia. La sustancia se acaba y es necesario irse a dormir, para lo cual hay que atravesar la zona demoníaca de unas horas de nada, en la que se recibe toda la basura anímica correspondiente a los fantasmas exorcizados por la ingesta, reduplicados por la absoluta ausencia de fuerzas y de anclaje en la realidad.

Hay una gran verdad en la idea budista, ya mencionada, de que una persona que intenta evitar el dolor sólo consigue incrementarlo. El dolor, el esfuerzo, cierto padecimiento natural y no patológico, es el peaje imprescindible que la vida exige para habilitar la mayor parte de sus conquistas. No hay posibilidad de sacar de la existencia la presencia del dolor, como no hay posibilidad de darle a la vida social una perfección ideal. También en ese plano, los intentos de eliminar el dolor, representados por ejemplo en la lucha armada, que avanza con la idea de matar a los malos para hacer reinar al bien

de manera absoluta (y complementariamente controlar la libre expresión, por donde el mal se cuele, y regular con racionalidad completa todo movimiento de las personas), terminan produciendo lo contrario a lo que se busca, o a lo que al menos se dice buscar.

Desde esa perspectiva después se alude al ajuste como si éste fuera una intención siniestra cuando su base es la innegable necesidad de no gastar más de lo que hay. No es ajuste malintencionado, es el mero fin de la ilusión infantil de que el deseo rige la realidad. El deseo es un camino de crecimiento, problemático, no una abolición de la presencia del mal en el mundo.

Otra variable del hedonismo, o del intento de generar una vida social que se saltee las verdades elementales de la física existencial, consiste en creer que el gasto del Estado puede aumentarse para cubrir directamente todas las necesidades sociales, como si la plata fuera generada por la idea de justicia e igualdad social.

Si la relación amorosa tiene problemas y se evita plantearlos para no armar quilombo, o sea, para no padecer la confrontación, las peleas y la exposición de dificultades y desacuerdos, la relación amorosa inerva ese conflicto, transformándolo en una bomba pendiente. La idea de ventilar las cosas es la de abordar los temas displacenteros regularmente, de manera de no permitir que se embalse el mal contenido, ese que gustamos de barrer bajo la alfombra para que no nos arruine el día. Si no aceptamos una cuota de displacer, todo placer desaparece del horizonte.

Queremos escribir, nos cuesta, no tenemos ganas de sentarnos a confrontar con esa serie de problemas, fantasmas y emociones de duda y cuestionamiento, evitamos sentarnos. Nos salvamos del displacer, fuimos hedonistas y nos pusimos a hacer una torta de chocolate, o a comerla: tendremos por delante la frustración de no haber sido capaces de dar la batalla de nuestro deseo. Sí, no sentimos la molestia de esos ratos que luchan por ser productivos sin serlo aún (lo son de todas formas, porque aunque no produzcan texto, producen la elaboración personal que hace posible todo texto), pero tendremos que cargar con algo peor que una molestia, el atragantamiento de un potencial por el que no quisimos pagar.

El hedonismo es la idea de que uno puede andar por la vida sin pagar los precios. La idea del vivo, o del delincuente. La experiencia enseña que esos trucos son imposibles, que el vivo tiene por delante una sombra enorme, que se agiganta con el tiempo: los precios no pagados, que acechan la posibilidad de cobrar todo junto y con delirante mora.

Observado en términos de pagos y de precios resulta clarísimo. No pagar no se puede, toda conquista requiere una inversión de esfuerzo y una aceptación de displacer. Si uno no paga, no evoluciona, se queda en un permanente *stand by* existencial, cada vez más fuera del mundo y con dificultades que se presentan inesperadamente o por lados insospechados. Si, en cambio, uno paga antes, es decir, compra cualidades, aceptando el precio que éstas requieren, gasta menos, y lo pagado genera entradas de placer y fuerza con la que pagar otras cualidades deseadas.

La idea de basar el sentido existencial en el deseo no implica de ninguna manera una visión hedonista. Es necesario hacer algunas cosas que no nos gustan, porque queremos aquello a lo que ellas nos llevan.

En mis talleres de escritura los obligo a escribir. Los presiono. Los ayudo a que puedan, pero no lo dejo librado a las ganas. ¿Por qué tengo que escribir si no tengo ganas?, pregunta alguno, porque siempre hay alguno (o alguna) que se rebela. Mi respuesta es que son ellos los que dijeron que querían escribir y decidieron venir a mi taller, no yo el que se los pido. La ley está puesta por nuestro deseo, después debemos obligarnos a cumplirla. Cumplir la ley es hacer real nuestro deseo: no hay sumisión alguna. Lo que hay es un inevitable hacerse de abajo.

El hedonismo sólo tiene deseos banales, porque son escenarios de los que el displacer ha sido erradicado. No hay plata anímica, capacidad de bancar, para pagar nada. Resulta una bandera el no hacer nada que uno no tenga ganas de hacer, pero en las “ganas” existe un nivel de resistencia con el cual uno termina traicionando al deseo.

Todo esto no depende de una cuestión social, no es un signo negativo del sistema ni se origina en una mala organización del mundo, sino por la esencia orgánica de todo despliegue vital: cuesta trabajo aprender algo. Muchos críticos sociales gustan poner al precio por pagar a cuenta de una mala organización del mundo, sin entender que la dificultad es un rasgo del crecimiento biológico, diríamos, imposible de erradicar. Por más justo que sea el sistema, de todas maneras llegado el momento de tener que aprender un idioma vas a tener que poner algo de vos, hacer un esfuerzo. Trabajar requiere siempre ese gasto, pero también permite esas ganancias.

## *Intimidad y realidad son la misma cosa*

Ya dijimos que las dificultades para vivir la intimidad, es decir, para estar cerca de alguien y vivir en esa zona de calidez y confianza, de amor, de espontaneidad y humor, de distensión y disfrute, que se arma cuando dos o más personas se gustan, se interesan y se acercan, es algo así como la “madre de todos los problemas”. Ése es el mundo humano, el de la intimidad. Cuando no se da esta conexión, y una persona no está muy unida a nadie, su sentido de la realidad se debilita. Para que haya realidad, parece ser necesario un intercambio de tibiezas, físicas o no, una proximidad que habilita la sensibilidad, que la hace posible y consistente.

Rogers describe con claridad el clima de apertura y congruencia (sintonía de lo que sentimos con lo que sabemos que sentimos y expresamos) de la intimidad. En su terapia centrada en la persona impera la idea de que la evolución procede de la capacidad de expresar y observar, sin juzgar, todo lo que una persona siente, dotándolo de legitimidad y espacio. Esa experiencia de intimidad con el psicoterapeuta resulta un modo de habilitar la intimidad en cualquier otro campo. Tal vez un requisito o una forma fundamental, previa, de la intimidad pueda captarse en el modo en que uno se trata a sí mismo. La congruencia pone en escena esa relación: uno es o no capaz de percibir lo que realmente siente o le pasa con las cosas que vive, y luego es o no capaz de expresar esas emociones. La exigencia moral suele recortar el rango sensible, porque uno no quiere verse en el lugar del castigado, y así llegamos a dejar de lado mucho de lo que realmente pasa en nosotros. El psicoterapeuta parte de una aprobación total del paciente, y éste puede así desplegar su mundo, ya no ensombrecido por ninguna sospecha crítica.

La intimidad es el caldo de la evolución, además, porque en ella se da la experiencia de la libertad, que es la verdadera elaborante del sistema. Cuando una persona puede ser plenamente ella misma puede también desplegar su natural tendencia al crecimiento. Rogers puro. Lindísimo y real.

La autenticidad que se despliega en la intimidad es el desarrollo del ser propio. Sin ese

espacio receptivo, interesado, legitimador, mucho de nuestro contenido quedaría encerrado, en vez de aparecer a la luz de la mirada amorosa del otro. ¿Que los otros no son amorosos? Cambialos, buscate nuevos otros. Porque la consideración de la intimidad como un valor orientativo no lleva a creer que ella debe establecerse con cualquiera. Hay algunos con los cuales el cuerpo que somos se siente involucrado y afín. Intimidad no es sólo entonces un ir hacia el otro, es un percibirse a sí mismo con cercanía tal como para sentir esas emociones que nos ligan a determinados otros. La primera intimidad es consigo. (Luis Alberto aprovecharía para decir, resoplando y fingiendo renguera: *bueno, voy a ver qué consigo...*)

Parte del desarrollo de la intimidad consiste en darse cuenta de que...

*Lo espontáneo parece poco valioso,  
pero es exactamente lo contrario*

Lo que surge de nosotros con facilidad, lo que está a la mano, tiende a parecerse descartable. Hay una visión que descarta la facilidad, seguramente porque la ve como algo que no tuvo elaboración previa, o porque carece del sello legitimador del esfuerzo. Pero el que algo forme parte de lo dado y accesible no quiere decir que no haya surgido de una elaboración o de un trabajo anterior. Puede que ese trabajo no sea notado por nosotros, pero no quiere decir que no haya existido.

Por el mero hecho de pertenecer a cierta época participamos de manera inmediata de perspectivas que significan grandes logros humanos. El valor de algo no está dado por el precio que se paga por conseguirlo, sino por la riqueza y las posibilidades que contiene. Con toda facilidad somos un cuerpo, ¿quiere decir eso que el cuerpo no es valioso, que no es el resultado de un tremendo esfuerzo evolutivo, que no es un elemento a reconocer como fundamental y extraordinario?

Tal vez lo que haga despreciable a lo fácil, a lo espontáneo, a lo que surge de nosotros sin esfuerzo, es que no lo vemos como un producto de nuestra intención, y por lo tanto no sentimos que podamos demostrar con ello nuestro valor. Pero el valor no es tampoco algo que deba estructurarse a partir de la intención de producir o demostrar valor.

Nietzsche adopta la perspectiva contraria a la acostumbrada valoración de lo arduo. Eso que en nosotros es fácil es el mayor logro de una evolución que encarnamos, que se formó tras un gran trabajo humano y, aunque no podamos arrogarnos el mérito de ese trabajo, sí podemos disfrutar y desplegar su riqueza.

Yendo a un plano más concreto: si algo no nos cuesta nos parece que no vale. Dejamos de lado, muchas veces, nuestras capacidades al despreciarlas por dadas, cuando tendríamos que entender que ellas son tal vez nuestro sello más auténtico. Porque también esa consideración se mezcla: la autenticidad no la vemos ligada a lo que surge de nosotros sin esfuerzo sino a lo que trabajosamente construimos para superarla.

No es que debamos negarnos al esfuerzo, él es parte necesaria de la construcción de

mucho de lo que queremos desarrollar en nosotros. Lo cierto es que pese a que sea un deseo el que nos proponga un objetivo éste es sólo accesible mediante el pago del precio de la realización de un esfuerzo. Esto no lleva necesariamente a tener que caer en el descrédito de lo accesible y espontáneo.

Ejemplos: una persona puede despreciar su capacidad para tratar con la gente y entenderse con ella, su simpatía natural, por encontrarla ya hecha en sí, digamos, por no ser el producto de un esfuerzo y de una tensión, sino una cualidad instalada de manera desconocida. ¿Es por eso menos valiosa, esta inapreciable capacidad de empatía y contacto? ¿Es correcto que esta persona desprecie su valiosa facilidad porque la encontró hecha en sí, o porque cree haberla hallado como recurso personal propio sin haber participado de su elaboración?

Ejemplo: una persona puede no valorar las ideas que se le ocurren porque le surgen sin querer, sin darse cuenta que de todas formas son valiosas y de ser aplicadas en los contextos apropiados podrían ser requeridas y hasta pagadas.

La espontaneidad es un desafío que conviene asumir, un entrenamiento al que dedicarse, ya que conduce a la salud. Su pareja, la autenticidad; su consecuencia, la libertad, la liviandad de vivir puesto en las experiencias, sin miramientos. Sí, tal vez genere ciertos problemas, en todo caso serán aquellos problemas nuestros, los que deberemos vivir para lograr nuestra forma. Y lo digo con perfecto conocimiento de la sensación que sobreviene después, cuando uno siente que mostró o dijo demasiado, que tal vez fue inconveniente o que hubiera sido preferible cuidar las formas. Pero las formas que conviene cuidar son las propias, esas que uno está gestando al expresar su verdad lo más libremente posible. Y, sobre todo, conviene recordar que...

## *¿Qué te autoriza a hacer algo?*

### *El deseo de hacerlo*

Con esa notable facilidad que tenemos para actuar en contra de nosotros mismos, muchas veces usamos el truco de buscar profundamente la legitimidad de alguno de nuestros proyectos o desarrollos. Es frecuente que uno indague sobre sí mismo si es o no es algo, si tal querer corresponde o no, desenfocando completamente la pregunta de su verdadero objetivo.

¿Quién soy yo para escribir?, se pregunta uno por ejemplo, sintiendo que esas figuras que uno admira vieron brotar su obra sin conflicto de manera espontánea y directa. Muchas veces sucede así, es cierto, sobre todo en esas personalidades especiales, dotadas, que parecen haber aparecido en el mundo con la finalidad definida y al alcance, personas en las que la facilidad de su logro resulta impactante. Pero hay que entender que esos casos, de extremo valor, no son expresiones de un libre albedrío que decidió ser así. Saltos de la naturaleza, decía Nietzsche de esos casos especiales. Hombres y mujeres que son como tsunamis creativos. No es necesario ir sobre ellos, descalificarlos, es mejor comprender directamente su valor, su excepcionalidad. En una mirada colectivista y conceptual, con lo que lo conceptual supone siempre necesariamente de promoción de la homogeneidad (los conceptos aúnan, amuchan, liman diferencias), lo excepcional no es siquiera comprendido. Es combatido. (Es notable la presencia frecuente, en nuestro mundo real, del impulso del menos dotado en contra del más dotado, como si el más dotado fuera responsable de la debilidad del uno y de la fuerza del otro.)

En una mirada voluntarista, de otro modo, se presenta estos casos como pruebas de que si te ponés, lo lograrás. Como si en estas aventuras especiales se tratara de personas que se pusieron mucho las pilas y listo.

No caben en un plan, estas personalidades. Suceden. ¿Es un privilegio para ellas? Es un privilegio, es una carga, es un hecho dado, es disfrutable, se padece, de todo. A nosotros, de afuera, y en muchos casos con la condición de que no estemos cerca, son pura ganancia. La obra recibida se disfruta, se utiliza, se agradece.

El plano al que pertenece la acción es otro. Para hacer algo hay que sentir y pensar el algo desde adentro, no desde afuera.

Entonces: *¿quién soy yo para ser escritor?* Cambia a un sencillo y simple *quiero ser escritor*. O mejor: *quiero escribir*. Si apareciera el garca con la pregunta: *¿y quién te creés que sos para escribir?*, habría que decirle también sencillamente: soy alguien que tiene ganas de escribir. Diálogo:

*Ah, te creés Hemingway.*

No, tengo ganas de escribir.

*¿Y te parece que vas a conseguir algo, vos?*

Qué sé yo, tal vez sí, me gusta mucho, tengo ganas de hacerlo y probar, de ir aprendiendo.

*Ja ja ja ja, me hacés reír, pobre...*

Mi logro va a ser expresarme, más allá de las consecuencias.

*Sí, seguro, gran logro, si uno siempre escribe para alguien...*

Sí, claro, yo soy alguien.

*Andá, Hemingway...*

En la lucha argumentativa contra el personaje descalificante, que nos ronda a veces, o que fundamentalmente somos, nos demos cuenta o no, no se trata de parir un argumento que suprima el conflicto. El conflicto no se suprime. Al garca no se le gana mediante una respuesta, él siempre responde mejor porque se alimenta de la fuerza del argumento que le ofrecemos. Y porque lo suyo es joder, no crear. Impedir, no expresar. Al garca se le gana cambiando el plano de la realidad. Dejando de creer que uno tiene que rendir cuentas dando una prueba objetiva de alguna verdad, para oponerle un simple cambio de nuestra atención, llevándola al plano del hacer lo que tenemos ganas de hacer. Esa energía que se pone en la discusión con el garca usémosla mejor para tratar de mejorar (cuidar, querer, detallar, alimentar) lo que queremos hacer.

Lo único que legitima un proyecto es las ganas de hacerlo. Después, el proyecto podrá ser mejor o peor, necesitar procesos o no, pero no es necesario otear en el horizonte una legitimidad lejana y siempre insuficiente, si tenemos una estufita personal que hace de combustible al movimiento. Uno hace las cosas para sí mismo y eso no quiere decir que deje de lado al otro. Al contrario, la única manera de encontrarlo, al otro, es buscándose

a sí mismo, dándose forma en la expresión, elaborando el sentido propio. Sólo así somos alguien, y sin ser nadie, a nadie podemos contactar.

La pregunta por la legitimidad es todavía una instancia quieta, la respuesta del deseo, movimiento. A la pregunta por la legitimidad se responde con la consistencia de la acción. Lo interesante también es que, a través de la legitimación que logramos desplazando la voz descalificante, se produce una metamorfosis, de manera que...

*Con el desarrollo personal  
los defectos (o síntomas)  
devienen virtudes (o recursos)*

Cuando uno deja de atender al reproche y se pasa al plano de su propio deseo, validando las cosas desde la necesidad interna y no buscando una siempre elusiva justificación satisfactoria, muchas de las cualidades personales salen a la luz. Hay un relevamiento distinto de lo disponible, se revelan recursos. Los síntomas devienen virtudes. No es que el mismo síntoma se vuelva un recurso, aunque a veces sí —el ensimismamiento tímido despliega su potencia de pensador (el deseo de estudiar filosofía, por ejemplo, es una expresión patológica, propia de una sensibilidad que no sabe muy bien qué carajo hacer en el mundo, pero a veces termina bien)—, sino que la sensibilidad invadida cambia su destino y se vuelve plástica.

A lo largo del tiempo ciertos problemas desaparecen, o más bien fructifican, se transmutan en sensibilidades aceitadas, capaces, experimentadas, fuerzas ellas mismas de una potencia de vida ahora puesta en movimiento.

Ese reordenamiento que sucede cuando las energías y capacidades disponibles se ponen en onda productiva es notable. Es una reconversión de la personalidad. Lenta, paulatina, no siempre fácil, pero muy gratificante. Es un alivio pasarse en limpio, pasar en limpio todas las partes de sí, o muchas de ellas, liberándolas del peso de una perspectiva negativa y asfixiante. Con el tiempo uno entiende el sentido de ciertos pasos previos dados sin saber, incluso buscando donde no había, como partes del armado de algo que sólo se revela cuando uno logra el cambio de signo posterior.

El cambio de signo es fundamentalmente pasar de la negatividad de la crítica y la verdad (que jugada psicológicamente es una categoría que produce más daño que valor) a la positividad y el movimiento del deseo y el desarrollo. Del despliegue. “Despliegue” me parece una hermosa palabra, que dice bien lo que se busca decir: me imagino una sábana abriéndose sobre una cama (doble), algo que se desenvuelve y ocupa su espacio, calza en su lugar, tranquilamente, con confianza.

Sí, claro, ese cambio de signo no es fácil. Supone además desplazarse desde una observación constante de la realidad ajena hacia el ejercicio de una realidad propia. Un cambio de escenario, de personajes, de signo. Se cambia de lugares, de relaciones, de estilos. Esos cambios son la curación de la neurosis, porque más allá de todo rebusque puede verse un desplazamiento claro. El enrosque de ciertos planteos psicológicos expresa la neurosis de algunos psicólogos. Sería gracioso hablar de una “psicología de la neurosis” como forma de aludir a psicólogos neuróticos generando un pseudo saber en el que arrojar sus limitaciones. No será el caso más frecuente, pero que los hay los hay, pensamientos psicológicos que arruinan más de lo que salvan. Bueno, boludeces. Cuando uno escribe se da manija, se toma muy en serio.

Pero es que de eso se trata. Los síntomas, tomados en serio, se vuelven cualidades. Tomarlos en serio requiere hacerles la pregunta: ¿qué hay, envuelto en vos, que quiere salir, que quiere dar frutos, qué cosa no estamos pudiendo hacer que nos ponemos así? ¿Mmmm?

Tomarse en serio no es tanto ponerse serio como dar validez y legitimar lo que uno quiere. Tomarse en serio es aceptar que uno quiere lo que quiere, que le gusta lo que le gusta, y que ésas son determinaciones no elegidas pero valiosísimas, porque abren el campo de nuestra libertad y estructuran nuestro sentido. Porque, además, si pensamos el trasfondo, vemos que...

## *La vida es una aventura*

Mucho de lo que mueve al pensamiento y a la inteligencia en general es la necesidad de apoyarse en un orden que respalde la experiencia personal. Un sentido, un destino, una verdad, algo que pueda salvarnos, aunque sea parcialmente, de la incertidumbre y de la arbitrariedad del fenómeno de la vida. Pero no es posible. Existencialmente uno puede lograr un espacio de estabilidad relativa, de felicidad, de plenitud, pero en lo básico y fundamental la vida es una aventura, es decir, una cosa de riesgo y suerte, de oportunidades y construcciones, y de azar y falta de garantías de fondo.

Bataille lo dice con una frase perfecta: *La vida es una aventura ininteligible*. Quiere decir: esta aventura no puede ser comprendida o, más precisamente, no puede lograrse una comprensión que reduzca el fenómeno en su salvajismo y su incertidumbre. No hay respuesta tranquilizadora, no hay posibilidad de llegar a elaborar una posición que nos salve de lo peligroso de vivir.

Considerado desde otro punto de vista, una vez aceptado este carácter indómito de la existencia (la vida no puede ser domada) se vuelve posible considerar una serie de determinaciones sobre las que trabajar y mediante las que puede lograrse que la aventura sea exitosa. Nunca con garantía ni con ausencia de despelotes, pero exitosa por su producción y su misma experiencia.

Bien mirada, la idea de que la vida es una aventura llama a una aceptación y un protagonismo que estimulan las ganas de vivir, que nos hacen situarnos en una posición menos vulnerable, neurótica o crítica que la que se desprende de la negativa a aceptar el juego, su forma y sus limitaciones.

Las aventuras son excitantes, resultan bien cuando uno va hacia ellas con ánimo y con ganas. Las aventuras no están definidas, requieren que seamos valientes y fuertes, que arriesguemos para ganar. En las aventuras hay algo por ganar, y en las aventuras de vida lo que se gana es más vida, crecimiento, sentido. Esta perspectiva es muy superior a la que pretende que la vida es algo difícil, arduo, que hay que tratar con extremo cuidado y precauciones de todo tipo.

Es lindo pensar en una moral de aventura, en la serie de valores que representan esta

visión de la vida. Ellos serían: prueba, intento, boceto, facilidad, riesgo, excitación, movimiento, intensidad, cambio, desafío, desarrollo, exploración, curiosidad, disfrute, esfuerzo, frescura, deseo, innovación, apuesta. Sí, algunos de estos valores parecen más bien modos, experiencias, pero se transforman en valores si los enfatizamos como prácticas recomendables. Y para captar mejor el sentido de esta serie probemos contrastarla con otra que responda a una visión opuesta: estabilidad, seguridad, rigor, calma, previsibilidad, permanencia, continuidad, paz, control. ¿Es guerra la aventura? No es lucha por la lucha misma, pero sí aceptación de la conflictividad detrás de la que se esconde lo que uno busca.

Una de las cosas que más me seducen en Nietzsche es la forma en la que valora un ánimo fuerte, su idea de que tenemos como sociedad una sensibilidad un poco enfermiza y excesivamente atenta al posible daño en todo roce. “Cada uno es un enfermo y cada uno es un enfermero”, dice el cretino en el párrafo 37 de *Incuriones de un intempestivo* (me tomo estas confianzas porque somos amigos, y porque sé que compartimos el efecto que causan muchos de sus atrevimientos). Habla de una “suavización de las costumbres”, a la que considera parte de un “decrecimiento general de la vitalidad”. Tiene su gracia. Escuchen: “Nosotros, nosotros los modernos, con nuestra angustiada solicitud por nosotros mismos y con nuestro amor al prójimo, con nuestras virtudes del trabajo, de la falta de pretensiones, de la legalidad, del cientificismo —coleccionadores, económicos, maquinales. Resultamos ser una época débil. Nuestras virtudes están condicionadas, vienen provocadas, por nuestra debilidad...”.

Más allá de si podemos acordar o no con la visión general de la cultura, y haciendo la salvedad de que este texto fue escrito hace más de cien años (creo que la vitalidad ha sido recuperada, o que tal vez nunca había disminuido), lo que resulta interesante y utilizable de esta visión es la posibilidad de caracterizar como valioso a un modo de vida resuelto y despreocupado, en contraposición al constante melindre y a la extrema susceptibilidad de la que es eco, por ejemplo, la mayor parte de la opinión pública, o al menos la versión que damos de ella en los medios. Me refiero más concretamente a la posibilidad de reducir la erogeneidad del escrúpulo, esa sensación habitual de que todo es grave y de que cualquier cosa nos hace un daño irreparable. Lo que no es más que una pose hipermoral, basada en el miedo y en el cultivo del miedo como forma inadecuada de protección contra todo. El tema de la discriminación, más allá de sus aplicaciones válidas,

cuando refieren a asuntos importantes, es un ejemplo de la mencionada erogeneidad del escrúpulo.

Una moral de aventura implica dejar de sentir que todo es una amenaza y que todo entraña una extrema gravedad potencial, implica dejar de tener un ojo siempre puesto en el daño que otros nos hacen, o que nos hace ese fantasma, la sociedad, o de la gigantesca cantidad de daños potenciales, cuando en realidad una de las condiciones básicas de la vida es tener la piel dispuesta para el roce conflictivo, y saber que esos roces no son tan terminales y tremendos como queremos creer.

Valor, entrega, constancia, cierta dureza o persistencia, la necesidad de desechar la susceptibilidad, confianza: valores aventureros que se oponen a la “moral de viejas” (otra cita del energúmeno) para la que todo hace daño o puede hacerlo. No nos conviene situarnos en ese nivel de debilidad, por dos cosas: porque no es real, y porque cultivar tal conciencia reduce constantemente nuestro campo de acción y de sensibilidad, nuestro campo de experiencia. Es necesario desafiar esa visión que valora la tristeza y la fragilidad, y ser más capaces de volvernos fuertes y afirmativos. O mejor aún: de captar nuestras fuerzas y capacidades, en vez de mirarnos siempre a través de unos ojitos melancólicos y apesadumbrados.

Y en todo caso, dentro de esta visión un poco más erguida de las cosas en las que la vida es un lance que requiere lucha, destrezas y valor, conviene también recordar que...

## *Todo no se puede*

No sólo no podemos satisfacer todos nuestros deseos siempre, no sólo tenemos una capacidad restringida y limitada, sino que hay una falla más fundamental, y tiene que ver con que las cosas de la realidad no pueden ser abordadas por la vía del absoluto. ¿El absoluto? No demos vueltas filosóficas (que podrían también ser pertinentes): el absoluto es pensar en términos de todo y nada.

Cuando estábamos en la primera etapa de nuestra relación, mi mujer y yo llegamos a tener como muletilla la expresión siguiente: *todo, nada; siempre, nunca*.

Para nosotros resumía una posición que intentábamos mantener, la de no caer en la deformación de tratar una realidad llena de detalles y parcialidades con esas herramientas tan inadecuadas. Como los términos del absoluto en el habla corriente.

Ejemplo: si uno, en algún momento de enojo o vulnerabilidad, decía algo como “Vos siempre me tirás mala onda...”, el otro preguntaba: ¿siempre? Era obvio que no, que no siempre. Que a veces sí, pero a veces no.

Otro ejemplo: en un momento de desánimo uno puede decirse a sí mismo algo como “todo me sale mal”, lo que llevaba a la intervención salvadora y terapéutica del otro preguntando: ¿todo?

La mera pregunta que subrayaba el uso del término inadecuado, falto de realismo, bastaba para cambiar la perspectiva. Para calmar la perspectiva. “Todo me sale mal” debe cambiar, si uno quiere ser preciso y realista y no sumergirse en un maremágnum de defecaciones, por un “esto, ahora, me sale mal, pero eso no quiere decir que yo sea un inútil al que todo le salga mal siempre o que pronto no pueda modificar la situación logrando que esto que ahora me resulta difícil pronto me sea accesible”. Sí, claro, es más largo de decir, pero también es más adecuado y liberador.

El “todo me sale mal” es irremontable, nos precipita en una espiral de angustia. Y es falso. Si alimentamos el problema con las formulaciones absolutas, la situación empeora, nuestras capacidades y recursos se vuelven más inaplicables.

También está el “todos”, otro absoluto, que trae mucha deformación y malestar. “Todos me critican.” ¿Todos? El truco lo aprendimos en nuestras terapias. Es de esas

cosas que los analistas dicen con frecuencia, una sencillez que tiene el valor de una intervención quirúrgica y nos salva del *malenganche* (lindo término, todo junto, hay que proponerlo a la Real Academia, que es la academia que se ocupa de la realidad: *malenganche*).

El malenganche se nutre de los absolutos. Todo, nunca, nadie, siempre, todos. Su falta de verdad radica en que son meros conceptos, y que la realidad de verdad, la concreta, la que respira y palpita, ofrece muchos más matices que, si son tratados con estas herramientas inadecuadas, quedan inatendidos.

No todo el mundo te tira mala onda siempre, paranoico. Puede pasar que algunos, algunas veces, lo hagan, y considerarlo así permite observar cuáles son esas situaciones y cuáles aquellas otras en las que pasa algo distinto.

A nadie le gusta lo que yo hago. ¿A nadie? ¿No estarás creyendo que tu neurótica familia o tus trabados amigos o ciertos envidiosos, que gustan de obstaculizar tu camino, son tus únicas posibilidades?

Por el camino del absoluto llegamos al sistema. Quiero decir, si uno siente un encierro y aplica a la descripción de este encierro las inadecuadas expresiones absolutas, y considera entonces que todos le tiran mala onda, está a un paso de empezar a acusar al sistema de esa situación. El sistema, la sociedad, etc., son modos derivados de esos absolutos con los que labramos nuestra incapacidad personal, nuestro encierro privado. No es el sistema, ni todos los demás, los que realizan tal tarea: somos nosotros mismos, y ni siquiera todo en nosotros, los que estamos presos de ese absoluto que no sabemos enfrentar, elaborar y deglutir.

Tampoco podemos hablar de un todo en nosotros, porque también en el plano de la autopercepción cabe la absolutización. Lo único que quiero es que me des pelota. ¿Lo único? Todo lo que quiero es estar con vos, ¿nada más?

El absoluto es una enfermedad que deforma la perspectiva, una forma de hablar que no nos deja llegar a las cosas. Claro, ver las cosas en detalle es más trabajoso, pero también habilita más realidad, y mayor soltura, porque metidos en las cosas tenemos más capacidad de maniobra.

Como paso consecuente con el de la desactivación de los absolutos, es importante señalar que una situación problemática no puede tampoco ser abordada de manera total, completa, y que la metodología de la elaboración supone, pide, que seamos capaces de morder de a pedacitos.

Tema por tema, cada día un problemita.

En el genial libro *The Nature of Adolescence*, de Coleman and Hendry, describen un modelo frecuente mediante el cual los adolescentes logran enfrentar la siniestra cantidad de problemas simultáneos que caracterizan esa edad de oro. ¿Cuáles problemas? Bueno, nada, qué voy a hacer con mi vida, qué le pasa a este cuerpo que soy que se está volviendo loco, cómo voy a ganar mi plata, qué hago con mis padres a los que adoro pero soporto difícilmente, qué hace uno con este enamoramiento exigente, cómo hago para concentrarme cuando siento que tantas cosas se me vienen encima. Es más probable que la formulación sea “todo se me viene encima”, y en este caso, el absoluto, aunque tampoco represente la verdad, resulta difícil de confrontar...

Los autores hablan de un *modelo focal* para poder enfrentar tantas cosas que pasan al mismo tiempo. ¿En qué consiste? En ir de a poco. O mejor dicho, en enfocar un problema por vez. Cuando un adolescente enfrenta un problema en uno de los ámbitos de su vida, descuida o desatiende los problemas pertenecientes a otros ámbitos. Una vez resuelto uno, o enfrentado y asimilado, puede derivar su capacidad elaborativa hacia otro flanco. El proceso de resolución de todas esas cosas puede tomar años, de hecho los toma, y de esa forma, explican, las dificultades no se suman y pueden ser superadas.

## *La belleza está viva*

Existe en el arte en general, y en el arte contemporáneo en especial, la actitud de acercarse a las obras de arte buscando en ellas un sentido que pueda desarrollarse teóricamente. En muchos casos, la obra es sólo un estímulo o un soporte, un poco arbitrario, para poder desplegar el discurso. En ese contexto, la idea, la emoción, de la belleza, resulta algo anacrónico, fuera de lugar, incluso históricamente rebatible. Decir que a uno algo le parece lindo es como si uno quisiese justificar su matrimonio o convivencia diciendo que lo que pasa es que quiere al otro o tiene ganas de estar con él. ¡Qué banalidad! “Querer”, “tener ganas”, cuando hay tanto entramado altamente significativo, semiótico, transcultural, emblemático, institucional... Querer, querer, cosa de antes, de señora encerrada en su casa, de muchachita enrarecida por la radio y por sus sueños.

Claro que estoy haciendo un chiste (o intentándolo...). Mi idea, mi sensación, mi visión, me dice que la belleza en el arte es el análogo al amor en la construcción de una pareja: algo fundamental, ineludible, esencial, básico. No se me ocurre ninguna otra palabra; si no, la pondría.

Y me parece que pasa lo mismo cuando una pareja se arma sin amor que cuando una obra se arma desde el pensamiento: no hay nada. Un vacío afectivo, hay. O estético. Cuando lo estético se arma sin sensibilidad no hay estética alguna.

Lo que sí puede pensarse es que, así como sabemos hoy (porque tenemos una comprensión más moderna y lúcida) que el amor no consiste solamente en decirse zonceras al oído y besarse en un silencio mutágeno, sino que cabe en el amor incluso el arrebatado de cólera o una gran y saludable dosis de diferenciación, del mismo modo tenemos que entender que la belleza hoy, y esto es lo que se transformó, no está en poner cosas lindas, sino en afectar de otros mil modos la percepción frente a la obra. En arte sensibilidad es llegar al nivel en el que uno quiere algo, una forma, sin saber por qué y sin que importe saberlo. Se llega a algo en sí, válido por sí mismo.

Y sí, claro que puede haber instalaciones hermosas. En este caso hermoso quiere decir sensiblemente significativo, comunicante, de manera que una persona sin saber nada, y

sin leer el catálogo ni escuchar al que explica, pueda sentirse transportada o no, tocada, despertada, incitada por esa obra o no. Yo metería todo eso en la idea de belleza. En el arte hay que hacer cosas lindas.

Parece estúpido frente a tanta teoría sofisticada, ¿no? (Es gracioso cómo las teorías del arte determinan absurdos tales como “la pintura ha muerto”, o similares.) Es lo que creo. Y me parece que no hay que eludir el tema, hay que penetrar en esas teorías y desarmarlas desde adentro antes de que nos exploten en la cara.

Bueno, son cosas que uno dice. No me parece tampoco que un alto grado de complejidad garantice que lo que se esté diciendo sea profundo o valioso. Sobran ejemplos. Tampoco sostengo con esto que todo es simple, pero tiendo a creer que la complejidad está en la constitución de las sensibilidades complejas, no en su posterior juego de libertad intuitiva.

¿Probamos a no decir belleza? Yo prefiero seguir con la palabra, pero veamos...

Las obras de arte requieren una relación intuitiva. El pensamiento, si lo hay, está contenido en esa intuición. Precisamente por eso se trata de una obra y no de un texto que expone una teoría, porque, como decía Deleuze hablando de Proust, en el arte se trata de signos envueltos, no de contenidos explícitos.

La empresa desaconseja a los usuarios establecer relaciones de conciencia con las obras de arte. Lo más profundo es la piel, afirmó Paul Valéry tan nietzscheanamente que yo siempre creí que era una frase de Nietzsche. Y no lo era.

Qué libertad, poder hablar, pensar, sentir, la belleza. ¿Qué es belleza? Es una pregunta difícil, pero tengo una respuesta simple, y a mi nada torturado entendimiento, satisfactoria. La belleza es lo lindo y lo lindo es lo que te gusta. La precariedad aparente del concepto señala lo que hay que señalar, lo que aporta sentido a las cosas y no requiere ser explicado.

Imagino las protestas. Pero recuerdo el tema del amor. Hay mucho que entender, en el mundo de las relaciones de las parejas, pero básico es que haya amor, que haya deseo. En el arte: que haya belleza. No, no se cierra nada con estas visiones, se abre. ¿Qué se abre? El mundo, la vida, la experiencia, la creación de formas.

## *El arte está en todas partes*

El arte es un trabajo del amor. Amor entendido como un resultado o expresión de la serie *cuidado, esmero, atención, detalle, tiempo, sensualidad*. En el arte una persona se toma a pecho algo, un fragmento de materia. Pueden ser formas, colores, ideas, sonidos, telas, papeles, paredes, materiales, plastilina, frutas, estantes, semillas, tierra, etc. En esa materia, el artista hace entrar su intensidad. Da forma a partir de su sensibilidad excitada, estimulada, desbordante, de manera que esa intensidad luego queda apresada en la materia, que puede transmitirla a quien se relacione con ella.

Por eso el arte no es ir hacia el otro, o si lo es, lo es muy indirectamente. Primero está lo que a uno le pasa con la materia, con la forma del mundo, con los sentidos que impregnan las cosas que se manipulan. No hay mensaje, hay intuición de forma. Es decir, uno no sabe “lo que quiere decir”, uno quiere transmutar materias para darles forma. Sí, esas formas comunican, dicen, pero eso que “uno quiso decir” sigue, como decíamos que decía Deleuze, envuelto, puesto en formas no verbales, sin hacerse explícito.

El arte es ir hacia las cosas, impregnarlas, preñarlas de uno. Luego ellas hacen su camino y otro puede recibirlas. Y puede seguir el trabajo, como es tan común en el mix constante de la expresión y del arte actuales. Remezclar lo remezclado, mezclarse uno con los ingredientes, mezclarnos todos con las sensibilidades puestas en las cosas.

Y sí, hay arte en todo tipo de actividades. Lo hay donde haya amor invertido en dar forma. Hay arte en vestirse, en diseñar, en cocinar, en dibujar, en bailar, en hacer sonar instrumentos, en arreglar algo en la casa, en diseñar la vida cotidiana, en inventarse un viaje. Hay arte en el subte en Suecia, en la comida india, en las nuevas esquinas de Palermo, en hacer un blog, en inventar una situación para el sábado a la noche, en realizar grupos de creatividad, en reformular la política con experiencias adecuadas a nuestra realidad presente, en la forma en la que se disponen los objetos personales en los escenarios íntimos, en el manejo de argumentos e ideas en el trato con los chicos, en la generación de momentos capaces de satisfacer nuestras necesidades y deseos.

El artista, cualquiera capaz de querer, y de manipular, queda satisfecho cuando siente

satisfacción, cuando algo lo colma. Sí, no se puede decir mejor. Es algo que se siente, la brújula es emotiva. A lo que voy: esa satisfacción es impredecible y en parte incognoscible, pero es lo que le permite sentir al que hace que la cosa a la que le está dando forma es así y de ninguna otra manera. Uno lo quiere así, lo sabe porque lo siente así. ¿Arbitrario? Podría decirse que sí, pero también podríamos decir que todo lo contrario. No es arbitrario: es exactamente así. ¿Pero cómo, dios mío? Y ahí el tipo, el artista, uno, señala. Y dice: así.

O sea que en esta visión el artista no es un dotado de la inteligencia verbal, a no ser que su arte sea decir. Y pensar. Porque pensar también es un arte. Y no necesariamente uno que sigue la regla clásica de la racionalidad: las ideas logran un impacto de ser que muchas veces el camino de la lógica no logra predecir ni producir. Ni comprender luego. Pero son, esas ideas, así, y funcionan, o producen su efecto, su comunicación.

Manipular ideas es un trabajo de arte. Hay amor, hay detalle, esmero, búsqueda de una forma que no puede ser cualquier otra, de un sentido preciso y sentido (¿es que puede haber sentido no sentido?). La escritura siempre es cuestión de arte, o tal vez no siempre, porque hay escrituras desamoradas, que se producen sin atención, sin detalle.

## *La música alineada*

### *los planetas internos*

Siempre me llamó la atención la permanencia en la experiencia humana, en la cotidianidad, de ciertas cosas que racionalmente tendríamos que reconocer como superfluas, innecesarias, o al menos inesenciales, es decir, cosas sin las cuales la vida podría seguir siendo perfectamente lo que es.

Una de ellas son las gaseosas: ¿por qué, incluso las familias escasas de recursos, siguen consumiendo gaseosas como si se tratara de algo de primera necesidad, cuando no sólo no lo son sino que podrían tomar más sanamente algo más barato como agua? ¿Qué es lo que hace que esa necesidad de sentir un gustito sea tan fuerte como para determinar un gasto completamente superfluo?

Pero un misterio mayor, y más interesante, es la constante presencia, destacada, de la música. En toda sociedad, en todo momento, haya crisis o crecimiento, la música habita en las personas (¿o las personas habitan en la música?). No todo el mundo está abierto a ella, pero inmensas cantidades de personas consumen radio al menos, millones de sensibilidades se dejan mecer por todo tipo de canciones. ¿Por qué?

La música es disfrute. Modos del disfrute. Sensibilidad dramática expresada en una historia que se capta con el emotivo interior intenso. Un ser humano sin música es un ser humano crudo, incivilizado, tiene su alma a medio hacer. Es más un poste que una persona (no sé si es cierto, pero suena bien). La música es la terminación del cuerpo, el pulido, un reciclamiento constante de los elementos básicos, una mirada que pasa y repasa como un paño suave los sentimientos de las personas. Esas cosas de adentro a las que no se sabe del todo bien cómo acceder son trabajadas, expresadas y elaboradas por esa experiencia de inmersión en un ritmo, en una suntuosa marejada de sonidos y cadencias, de manera que uno siente que al escuchar música está enchufado a un proceso vital elemental y necesario. Y se siente vivo, más vivo que nunca, vibrante.

Es como una adicción, pero una adicción etérea, o una que junta la tendencia anormal a irnos para arriba con la poderosa sensación de estar acá abajo. La música es la

sutilización del cuerpo al alcance de todos. Y constante. Hay modos de vivir que requieren para el viviendo (¿lo qué?) una constante presencia de la música, como si un segundo sin ella fuera peligroso de vivir.

Es importante, si uno logra darse cuenta de hasta qué punto la música es un factor vital poderoso, que nos entreguemos a ella con conciencia, que le hagamos espacio en nuestra vida de compromisos y tareas. De todas las formas: bailando, tocando algún instrumento, o sintiendo regularmente las músicas que nos hacen bien y nos transportan. Porque la música no se escucha, se siente, que hasta tal punto estamos puestos en ella, o hasta creados por su visión del mundo. Así como hay filosofías, es decir, maneras de descubrir la realidad, de representarla y plantearla, la música también tiene en ella una forma de estar y comprender o de no comprender. Una música es una filosofía expresada sensiblemente. Y una filosofía es una música, también, porque es una resonancia del mundo en una visión personal. Hay personas que prefieren escuchar siempre lo mismo, otras que buscamos y buscamos, no tanto por puro amor a lo nuevo (aunque también existen éstos, porque existe todo) sino por un ánimo de detectar lo que en determinado momento, y de forma lo más precisa posible, nos calza en la sensibilidad y la potencia y contenta. Uno cambia de gusto y la historia del gusto es la historia de la evolución personal, el personal viaje de mundos en el que uno se constituye y vive.

Pero para que no parezca que el sentido de la existencia está en el ocio o en el disfrute, quiero que ahora consideremos que...

## *Trabajar es sensacional*

No me refiero sólo a tener trabajo, digamos, a tener la seguridad de una entrada regular (cosa que es por supuesto importantísima), sino a que en el trabajo tenemos la oportunidad de desarrollar nuestro valor, de agregar incluso cualidades a las cualidades de base con las que partimos (y sin las cuales no habría habido nunca trabajo posible para nosotros). Estoy seguro de que muchos que tienen dificultad para encontrar trabajo padecen de una cierta resistencia básica a entregar utilidad, a volverse útiles, de manera que cada oportunidad que se les presenta se ve abortada por ese fondo de obstinación, que les hace sentir que cualquier prestación tenga el sentido del sometimiento.

Es un tema delicado, lo sé. Muchos deben estar leyendo el inicio de este desarrollo con la idea de que estoy sosteniendo que no trabaja el que no quiere, y que en realidad quiero presentar a la pobreza como pura responsabilidad del pobre que se resiste a generar riqueza y pasarla mejor en la vida. No es así. No creo eso. Estoy tratando de describir un fenómeno que afecta principalmente a personas que tienen tanto la posibilidad de trabajar como la de no trabajar, digamos, personas en las que cabe un nivel de elección en la realización de su destino, o su suerte. En los casos más extremos de la sociedad, las cosas juegan de otra manera. Pero en muchos otros casos, en la mayoría de ellos, sí puede detectarse como factor fundamental la diferencia entre, diríamos, engancharse bien con la capacidad productiva o no lograr la posición que la habilita. El que logra productividad lo hace porque quiere servir, ser útil, aportar algún tipo de riqueza generada por sí mismo de manera que alguien quiera pagar por ella. El que no la logra siente probablemente que servir es reducirse, disminuirse o dejarse usar, con lo cual en vez de volverse cada vez más capaz de generar y entregar riqueza, hace primar una actitud desafiante de improductividad, como si el mundo debiera hacerse cargo de uno, que es tan dignamente humano y que merece por su increíble valor ser mantenido en condiciones satisfactorias de dignidad y contento. Se conocen casos de personas que no condescienden a la productividad a causa de su apabullante superioridad (imaginaria, claro), a la que el mundo no sabe hacerle un lugar y a la que se condena injustamente a quedar inexpresada. Seguro...

Lo humano es producir, hacer, generar utilidad. Y quien tiene ese deseo de producir y de ayudar es paradójicamente quien más cualidades despliega, quien más entiende el universo de la producción, y quien logra, con el paso del tiempo, las mejores posiciones en el mercado laboral. No es el más abusado, sino el más protagónico. ¿Cuáles son las mejores posiciones? Las que le permiten a uno desplegar su capacidad en el campo donde más significativo le resulta hacerlo y de ese modo logra un nivel de bienestar económico consistente.

Lo planteo así porque en general el trabajo es considerado a partir de la figura de la alienación, como un tiempo en el que uno renuncia a sí en pos de un pago. Un tiempo de sacrificio. En ciertas situaciones seguramente debe ser la única opción, pero en la mayoría de las otras lo que hace que un trabajo sea valorado es precisamente que la persona que lo lleva a cabo integre en su productividad la dimensión de su satisfacción, porque ella parece hacer surgir un plus diferencial.

Suena feo decirlo tan sencillamente, pero eso no quiere decir que no sea cierto: el que trabaja sintiéndose explotado vive apretando el freno, sojuzgado, reproduciendo mentalmente en cada idea el escenario de una experiencia limitante y enloquecedora, y no avanza jamás, y tiende a ganar poco y nada; el que trabaja aplicándose, y entendemos esta aplicación como una inversión de su propia búsqueda de felicidad en el campo del trabajo (sea como fuere, en la actividad social o en el tipo de desarrollo productivo), logra ofrecer algo valioso de sí y ser recompensado más satisfactoriamente.

El trabajo no es el infierno. En el trabajo la gente está en actitudes activas, y la gente activa es más linda: allí mostramos nuestro poder de fuego, nuestra capacidad, nuestro entusiasmo y para qué sirve éste. El trabajo no es sólo el trabajo, es la aventura de hacer lo que uno quiere, de inventar, de luchar, de competir, de trabajar en equipos, de conocerse y compartir. De satisfacerse haciendo cosas. Si logramos superar la mala prensa que tiene el trabajo podremos captar que es una actividad que tiene mucho de excitación y de placer, es un juego de creatividad y ambición, de defensa y ataque, de resistencia y superación de la resistencia. En el trabajo uno muestra lo mejor de sí, las capacidades de esfuerzo, de concentración, el esmero en las tareas, el cuidado. El trabajo en sí mismo es una especie de amor, tal como lo describimos en premisas anteriores.

Sé que a muchos esta descripción del trabajo les puede parecer demasiado positiva, pero es que el trabajo valioso, el trabajo bien hecho, siempre tiene estas características amorosas. Hay amor en el trabajo porque el trabajo mismo es, cuando está bien

encarado, una realización personal profunda y uno tiende a adorar sus realizaciones. Y para terminar de captar la idea en toda su amplitud, también conviene entender que...

## *No toda exigencia es imposición*

Es una cosa que se arrastra de cuando uno es chico, esa fiaca que surge frente a cualquier cosa que haya que hacer y uno no quiera. Con el tiempo se suaviza, se transmuta, pero cierta resistencia persiste. La conocida sensación de que es injusto que yo, justo yo, tenga que hacer todo eso, puede llevar a que uno se instale en una visión del mundo según la cual si las cosas fueran como tendrían que ser no tendríamos que andar molestándonos en hacer estas cosas que no queremos, engorrosas y desagradables.

Pero las cosas engorrosas no existen porque se haya producido algún error en el proceso de la naturaleza: existen. Cabe la posibilidad de que nos toque hacer cosas que no queremos hacer, y de que sintamos fastidio (palabra de abuela) por ese motivo, pero eso no proviene de injusticia alguna. Es una condición de la realidad.

En la estéril oposición a todo a la que nos condena la negativa al esfuerzo se genera también la ficción de que hay alguien haciendo fuerza en contra de uno, expresándose en esas dificultades (un plan, una intención), cuando en verdad no hay nadie: son las leyes de la vida las que establecen que todo logro tenga su precio.

Hacer de las dificultades algo que proviene de una intención, algo provocado a propósito por alguna persona, o por una fuerza social que se satisface con nuestras limitaciones, es plantear una escena sin salida, falsa, que agrava el peso de la dificultad.

Podríamos pensar en un ateísmo de los problemas: no hay nadie atrás, empujando para hundirnos, somos nosotros mismos los que estamos ocupando el centro de la escena, luchando contra la dificultad y tratando de vencerla. Y no es que tengamos dificultades porque somos boludos. Ésa es otra variable que se presenta frecuentemente en nuestras vidas corrientes —y excepcionales, bien miradas—: la idea de que las dificultades proceden de nuestra incapacidad, cuando en realidad no hay manera de no tenerlas. No existe la posibilidad de una vida cuya perfección la salvara de las cosas hinchapelotas del vivir, ni de una que pudiera salvarse del otro gran delfín destructor, la decadencia personal y la muerte.

La exigencia del momento puede ser alta, pero eso no quiere decir que sea indebida, que su existencia sea una prueba del mal. Cuesta hacer las cosas, cuesta lograr lo que

uno quiere, porque el ritmo del deseo no es el ritmo del mundo. El mundo no existe para nosotros, existe por sí mismo, y nosotros somos parte de él y de su complejidad extrema.

El ritmo del deseo es “ya”. El ritmo de la realidad es “vamos de a poco”. El choque es inevitable. Crecer es empezar a entender que esta dinámica no puede ser modificada, y que las cosas que queremos deben ser obtenidas con esfuerzo. Ese esfuerzo no es el plan de nadie, ni una característica subsanable: es el resultado del encuentro del deseo con la materia ardua de la realidad.

Pero aun así, antes de descorazonarnos, es bueno entender que...

## *La posibilidad reina*

Tampoco es tan ardua, la realidad. Está llena de posibilidades, de puertas, de interacciones con las cuales uno puede avanzar y lograr el disfrute progresivo del crecimiento.

El tema de las posibilidades ofrece una imagen que resulta muy sugestiva. La idea de las puertas. Las cosas giran, producen rebotes, consecuencias, te dejan entrar, pasar a otro lado, te comunican con momentos, estados, situaciones que en principio no veías. Hablar de posibilidades es una manera de referirse a la interacción azarosa y constante de la existencia, como formas por donde podemos hacer pasar acción. ¿Para qué? Siempre algo estamos queriendo, como cuerpos de querer que somos, y se nos ocurre rápido algún efecto deseado. No es algo que haya que pensar, se siente, el querer se obtiene de manera directa. La salud es esa tendencia a captar las posibilidades de la realidad, los efectos entrevistos en el giro del mundo, y a actuar en ellas.

No es algo que suceda en el pensamiento, claro, aunque pueda pensarse. Las posibilidades son puertas para la acción, se muestran cuando uno se mueve, son paridas por el movimiento y lo prolongan. Una chance, una carta para jugar, un paso tentativo, un proyecto, un tender (un tierno, ahhh. Pero no digo *tender*, como *tender is the night*. Digo tender. Si me permiten: *tendér*, como si llevara acento. No podemos cerrar esta digresión sin comentar el parecido de la palabra “tender” con la mágica palabra *Fender*. Auspicio esta interrupción: la vida del texto, sus posibilidades generalmente contenidas para asegurar la salud mental del escritor y del lector).

Retomando, decir o entender que la posibilidad reina es postular que la realidad no es un ámbito cerrado y condenado sino que siempre nos ronda ese giro inesperado de los acontecimientos, esa veta inexplorada, o ese sentido no advertido. Saberlo implica volverse un explorador de mundo, un constante relevador de movimientos y contraccaras, lo que reduce mucho nuestra tendencia al reproche y la cerrazón.

Deleuze habla de la huida como de un movimiento activo, como el acto de trazar una línea de fuga, un paso de acción que cambia la situación y arma una nueva. Su idea es que para todo encierro hay siempre una salida, una fuga, una línea transversal que

plantea otro eje, otro juego, otro lugar. Eso es lo que debe buscarse: “Una salida y no la libertad. Una línea de fuga y no un ataque”. Algo que libera opciones, que cambia la escena, que permite continuar la aventura en un plano diferente. No tanto el compromiso con una noción trascendente, la libertad, que podría en realidad apresarnos en su juego de imposibles espejismos.

Estas citas provienen del libro *Kafka, por una literatura menor*, escrito por Deleuze y Guattari, donde los autores sitúan de esta forma el problema: “de ninguna manera ser libre, sino encontrar una salida, o bien una entrada, o bien un lado, un corredor, una adyacencia, etcétera”. Lo excitante y contagioso de esta mirada es la variante activa que hace intuir. “Una línea de fuga, sí, pero de ninguna manera un refugio”, abundan. La validación de esos movimientos de fuga, que solemos ver convencionalmente como formas de eludir el problema, se revela a partir de estas ideas como estrategias activas para encontrar experiencias válidas. Nadie dijo que sea fácil encontrarlas, a veces cuesta, pero aun así lo cierto es que el universo es más una magnitud de posibilidades inconmensurable que una situación de encierro definitiva.

Y, pensando el tema en torno a casos dados, antes que estancarnos en una parálisis que nos haga interpretar nuestro deseo de irnos de casa (o de un trabajo, o de una relación, o de un país) como una huida, como una forma de eludir las cuestiones importantes, surge la consideración de ese movimiento como uno que busca y abre nuevas situaciones, válido, apropiado, interesante, productivo. La supuesta huida, o fuga, es un legítimo modo de expresar las intuiciones que nos acerca nuestro deseo, de aceptar la exploración que surge de él, que sí, es probable que sea costosa, pero se trata de un costo ineludible.

Y nuestra actitud general de apertura al mundo de las posibilidades requiere que seamos también capaces de decir:

*Devoción no, intercambio sí:  
la admiración es  
una invitación a hacer*

Hay algo que suelo comentar en mis clases y en mis charlas, que fue importante para mí en su momento y creo que aporta una estructura fundamental para la relación con las cosas de la cultura (con las otras también, pero con éstas tiene una aplicabilidad básica y llamativa). Es la siguiente: “Los pensadores no son para estudiarlos, son para charlar con ellos”.

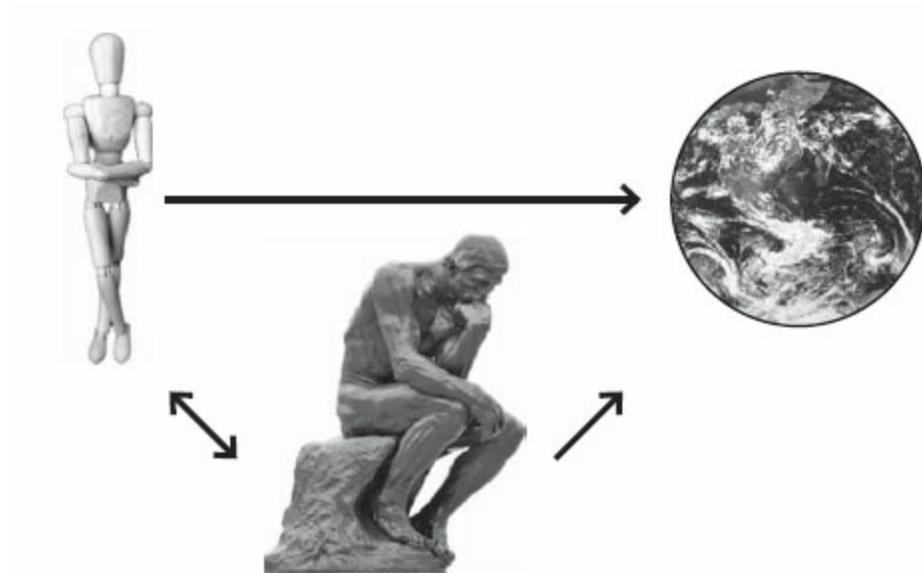
En general, en la perspectiva académica, se trata de estudiar al autor, de ver qué quiso decir, cómo lo dijo, a qué tradición pertenece, qué etapas tiene el desarrollo de su pensamiento, qué elementos obtuvo de dónde y también cómo se proyectó después en la obra de otros pensadores que lo sucedieron. Perfecto. ¿Y uno? Uno es el boludo del fondo, que tiene mucho que estudiar. Ok. No pretendamos que un aprendiz del oficio del pensamiento pueda parangonarse con un titán del mismo, pero ¿eso quiere decir que el pensamiento del receptor tiene necesariamente que adoptar una posición pasiva? ¿Es un receptor, meramente?

Otra posibilidad sería, en vez de estudiarlo, al autor, usarlo. Es decir, charlar con él.



En este dibujo está el mundo, estamos nosotros, y en el medio está el autor. El autor

ha mirado al mundo, nosotros lo miramos a él, que se interpone entre el mundo y nosotros.



En este otro, en cambio, tenemos una situación más sensata: uno tiene su propia relación con la realidad (sí, no tenemos su valor para la historia del pensamiento, pero tenemos un valor aun mayor para nosotros mismos, que es para quienes en realidad vivimos) e intercambia y charla con el autor cotejando su visión con la propia.

En vez de trabajar una actitud de admiración hacia la obra podemos de esa forma darle su mayor sentido, el de permitir su renovación en manos de nuestra experiencia concreta. O sea: mucho mejor.

También admiramos a los músicos, a ciertos músicos. ¿Cómo no hacerlo? Hasta parece más legítima la admiración a un músico que a un pensador, por ser una expresión de la piel. Pero podemos en todos estos casos dar forma a una energía de veneración o a una de excitación. En la primera, somos anulados por la magnitud de la reverencia de nuestra sensibilidad. Casi diríamos que uno usa al admirado como una buena razón para renunciar a sí mismo. En la segunda, el admirado se transforma en el estímulo para nuestra propia proyección. Nos excita, nos da ganas de hacer. Contagia movimiento, hace participar de algo común. Es una expresión que nos anima a expresarnos, no una expresión a la que matamos en una observación boquiabierta.

Los grandes artistas han sido sin embargo grandes admiradores. Pero creo que es

porque en ellos la gran sensibilidad respecto de lo que hace otro es parte del hacer propio. Y en algunos casos la actitud de reverencia extrema actúa en contra del desarrollo propio. En este contexto habría que marcar los límites del respeto, entender que ese gusto que uno siente por la obra ajena es una invitación y no algo que nos pida pasividad o renuncia.

## *La evolución de la amistad es juntarse para hacer algo*

En la juventud la amistad es primordial. En la adolescencia, y también en su continuación, esa juventud un poco más armada y agradable. Luego, cuando uno se pone más grande, más adulto, más productivo y familiar, la cosa se transforma. No vamos a decir que la amistad pierde su valor, pero sí que este valor deja de ser tan fundamental como lo era durante la consolidación de la personalidad. El tema debe estar estudiado, por supuesto, pero quiero compartir una impresión que tuve y que intenté expresar en la premisa que encabeza este texto. No pretendo que sea para todos igual, ni tener razón, ni nada, sólo contar la idea, y ver si a alguno puede resultarle de interés para procesar sus propios cambios.

Porque de eso se trata, en la amistad, de cambios. El amigo es un ser auxiliar, como se dice de ciertos verbos, alguien con quien uno puede desplegar su propia existencia, desarrollarse, dar forma al mundo propio y a las experiencias que quiere vivir en él. Uno que te cae bien, que te atrae, cuyos intereses te resultan coincidentes con los tuyos. Un amigo es un cómplice para expandir el mundo, un explorador asociado, un eje del crecimiento propio que se transforma en crecimiento compartido.

Después de haber pasado cuatro épocas de amistades fuertes, la primera en los últimos grados de la primaria, la siguiente en los primeros de la secundaria, la tercera en la conmoción de mi vida caraqueña, y la última en los primeros años de mi retorno a Buenos Aires, entré en una zona de relativa independencia de las amistades. Hay personas a las que quiero mucho, o sea, personas hacia las que tiendo. Me gusta verlas, me hacen sentir bien, me divierten, me interesan. No siempre estoy disponible o a la altura de ese contacto, de esa posibilidad afectiva, pero son realidades sólidas. Contienen mundos en potencia que uno mira considerando sus opciones. Saber de ellos es una necesidad, pero sin minuciosidad. Aleteamos al unísono por las mismas arboledas existenciales, pero no tenemos que estar en contacto constante.

Nada parecido a una larga charla, tampoco. ¿Será mi estilo, mi forma, una cosa

masculina? Otra posibilidad, que creo real: que las largas charlas sucedan en torno a desarrollos productivos. Los diálogos en los que nos involucramos, hombres y mujeres, son aquellos que tienen la finalidad de hacer algo. La relación que construye una utilidad entre dos o más es la amistad adulta. Sin ese estímulo del proyecto, la amistad se hace floja, pierde pie. ¿Será porque la adultez es una edad de hacer? (Todo este planteo resulta falso si consideramos que, en la amistad femenina, tal como está explicado en el libro *El cerebro femenino*, de Louann Brizendine, la charla íntima con una amiga compartiendo emociones produce una intensidad hormonal similar a la de la excitación sexual. Cito: “Existe una razón biológica para esta conducta. Al establecer contacto por medio de la charla se activan los centros del placer en el cerebro femenino. Todavía se activan más estos centros al compartir secretos que tengan implicaciones románticas y sexuales. No estamos hablando de una reducida cantidad de placer. Ese placer es enorme, es un grandioso flujo de dopamina y oxitocina que constituye el mayor y más voluminoso deleite neurológico que se puede obtener, aparte de un orgasmo”. ¿Y la utilidad, entonces, a la que proponía pensar como clave en la amistad? Hombres y mujeres somos animales distintos. Otra cita, del mismo libro: “Muchas mujeres encuentran alivio biológico en compañía de otra; el lenguaje es el pegamento que conecta a las mujeres entre sí. No es de sorprender, pues, que algunas áreas verbales del cerebro sean mayores en las mujeres que en los hombres ni que éstas, en general, hablen mucho más que ellos. Las cifras cambian pero, como promedio, las muchachas pronuncian dos o tres veces más palabras al día que los chicos”).)

Tal vez la forma en la que me refiero a la amistad, esa idea de que uno se junta para hacer algo, sea parcial, o valga sólo para los hombres. Los hombres tenemos otro cuerpo y otro cerebro, y por más sutiles que podamos llegar a ser seguimos siendo hombres, activos y tendientes a buscar soluciones más que a compartir sentimientos. Seguro que hay tantos modos de amistad como relaciones posibles, y que hay hombres y mujeres para todos los gustos, pero algo nos atrae en el tema y nos hace querer caracterizar ese tipo de intimidad particular.

Es costumbre mirar la transformación de la amistad en la vida de las personas con un aire nostálgico, como si lo que se hubiera perdido no hubiera sido reemplazado por otra modalidad diferente o hasta tal vez, visto desde nuestras necesidades actuales, más satisfactoria. ¿No podemos crecer con buena conciencia, entender que esa cercanía tan estrecha tenía que ver con otras formas de vida, con formas que ya no son las nuestras?

Otra tendencia es la de adosarle al tema de la amistad la descripción negativa de la forma del diálogo actual (una amistad se expresa como un diálogo), que se sirve de todo tipo de vía digital de contacto para lograr velocidad y frecuencia. Amistades eran las de antes, cuando no había celular y tenías que recorrer 180 kilómetros de caminos embarrados en una carreta tirada por bueyes resfriados para poder tomarte un café con un amigo. ¿Por qué? ¿Qué necesidad hay de despreciar a Facebook, herramienta sensacional para el contacto humano? ¿Por qué hay tantos millones de personas usando esa plataforma, porque son todos boludos o superficiales? La crítica siempre logra su prestigio sobre la nefasta base del desprecio de las realidades vitales. Y si de algo se trata en Facebook, es de la vitalidad de un mundo social que se reproduce constantemente buscándoles la vuelta a los recursos disponibles.

Además, ¿por qué no entender que el cambio entre las amistades adolescentes y las más adultas es un cambio positivo, que expresa la autonomía lograda, que ese momento fue lindo pero ya pasó y es mucho mejor éste, en el que vivimos diálogos selectos, basados más en complicidades de acción que en aquella necesidad, esa red de contacto un poco indiscriminada que nos guiaba en la “época de las amistades”?

La amistad adulta alcanza cercanía cotidiana cuando las personas se ligan en una aventura de hacer y de inventar. El proyecto compartido es el Suprabond de la amistad. Evitemos el truco de la nostalgia y comprendamos que las formas relacionales mutan. Y que, si no lo hicieran, estaríamos muertos.

## *Querer no es sólo desear el bien*

Tal vez será porque uno sin querer se quedó pegado a un pensamiento sencillo, de otra época, o porque tenemos adentro el virus, la enfermedad, del idealismo, lo cierto es que es frecuente que creamos que querer a alguien es equivalente a transformarse en un santo. O a estar constantemente en un trance de anhelos y suspiros. Pero no.

Los investigadores científicos, tras acariciar a cuatro millones de personas, e indagar en las representaciones afectivas que les surgían a los participantes del experimento al momento de recibirlas (puro verso lo mío, claro), han concluido que las personas que se quieren a veces se maldicen y dejan de soportarse. Se cagó la onda, dice uno, pero se equivoca.

Las parejas no se pelean porque tengan un defecto, porque se ha perdido el amor, o porque no sean el uno para el otro. Las parejas se pelean porque lo propio de las parejas es vivir una cercanía tan grande e intensa que los desajustes son parte elemental, lógica, de sus vidas, como movimientos tectónicos afectivos, desplazamientos inevitables de las grandes moles del querer. (Y la próxima saco un disco, porque lo del verso se me da, y yo que pensaba que estaba arruinado por la universidad...)

El amor no es puro bien desinteresado. Ni puro bien interesado. Es intensidad de estar cerca y quererse y desearse y todo bien, pero a veces te quiero matar. Las diferencias pesan más cuanto más cercana es la relación. Por eso semejante quilombo en las reuniones de consorcio. O, básicamente, en las familias. Quiero decir, cuando una pareja empieza a pelearse no quiere decir que la cosa se haya arruinado, quiere decir que la pareja es una pareja, porque toda pareja se pelea. No hay relación de intimidad sin conflicto.

Por supuesto, después tenemos que distinguir entre tipos de conflictos. Las ideas que acabo de expresar podrían usarse para justificar una vida infeliz, o un maltrato excesivo. Un marido golpeador podría decir: *y bueno, mami, el ser humano es así, las parejas se pelean, ¿oíste lo que dijo el filósofo?* Pero no se trata de eso. Se trata de aprender a distinguir las cosas, para —precisamente— dejar de sentir que cualquier bronca es terminal. Lo malo de esa identificación temerosa entre conflicto, hasta pelea, y cosa

grave, es que la normalidad del desajuste cotidiano empieza a ser censurada por considerarla inasimilable y, paradójicamente, se hace entonces más grave. Los amantes no somos de papel y brillantina, y a veces nos enojamos. *¡Pará de llorar, nena, me oís! Mirá que te surto de nuevo, eh...*

Jugando a tratar de establecer una base para poder entender las cosas que pasan en una pareja, que es uno de aquellos temas fundamentales que tenemos en la mente todo el tiempo, o gran parte de él, escribí este texto que sigue...

## LEYES DE LA PAREJA

- 1) Toda pareja tiene sus momentos buenos y sus momentos malos.

Sí, una obviedad, pero es importante destacarlo, ya que es frecuente el idealismo que nos hace creer, cuando algún problema aparece, que la cosa se deterioró o mostró su hilacha, cuando en realidad la relación no hizo más que expresar su complejidad natural y legítima. Pareja sin problemas no es pareja, es representación de perfección, fingimiento asumido por temor a no poder con las cosas de la vida real. Una pareja que tiene problemas es cualquier pareja, todas, no un fracaso sino una realidad elemental. No hay que esperar que no haya problemas para ser feliz, la felicidad es un modo de tratar con los problemas, que permite superar muchos y tolerar otros.

- 2) Si los momentos malos son mayoría quiere decir que la pareja no funciona.

Cierta sensatez es necesaria. Que las relaciones no sean un mundo de acuerdo constante no quiere decir que todo deba ser tolerado. Las parejas funcionan cuando la pelea o el desacuerdo no se instalan como modalidades permanentes. Hay parejas a las que les pasa eso: dejan de ser relaciones capaces de dar felicidad. Justificar una cantidad enorme de momentos malos con la idea de que se trata de una etapa superable puede ser una manera de ocultar el miedo a avanzar y combatirlos. Una pareja que tiene muchos momentos malos puede elegir entre deshacerse o crecer, pero no debe amoldarse a la infelicidad.

- 3) Si la pareja repite problemas de parejas anteriores quiere decir que los involucrados no están logrando crecer.

El caso es clásico. Uno se separa por determinados problemas, que atribuye a la

otra persona, y vuelve a armar, con una persona distinta, una situación similar. ¿Causa? Los problemas no eran derivados del otro sino de uno mismo. Esos conflictos son nuestra huella digital emotiva, y piden que nos hagamos cargo de una escena personal, por más que en ella actúen o hagamos actuar a otros. La repetición exige que uno sea capaz de cosas que hasta ese momento no fue.

4) Si la pareja no tiene alegría no tiene sentido.

Sí, alegría. El amor no es un deber, un trabajo, un sacrificio, un compromiso. Alegría, disfrute, intimidad, placer, diversión. Lo que hace que las parejas se vuelvan plomas no es su duración, ni la “seriedad” del lazo, es algo que sucede en sus individuos. Cuando no hay placer y diversión, hay que rever la situación, darles una vuelta a las cosas, disolver la pareja o subir la apuesta. Algo, pero no amoldarse al aburrimiento como si fuera una fatalidad ineludible.

5) La rutina en la pareja es mala sólo si no resulta placen tera.

La rutina tiene mala prensa, se la supone negativa en todos los casos, pero en realidad sólo lo es si imprime a la realidad un carácter de frustración y aburrimiento. Si, por el contrario, la rutina representa lo que se disfruta, ella es una sucesión de felicidades enlazadas. El tema no es evitar ser rutinario, el tema es evitar las rutinas que se hacen por mera repetición de la costumbre.

6) Si lo que mantiene unida a la pareja es el miedo a separarse esa pareja es una apuesta pobre.

Winnicott, el psicoanalista inglés, cree que una prueba de la salud de una pareja es que ésta pueda hablar de su separación sin provocar el desfallecimiento de nadie. Parece una idea desamorada, pero es cierto que la mejor relación es la que no aparece a sus involucrados como una opción a la muerte sino como una elegida entre otras también posibles. Nadie rescató a nadie, nadie se salvó de nada, la relación no es un orfanato, es un amor entero. De esta percepción se deriva un romanticismo distinto, menos del tipo FM (*sin ti mi vida carece de sentido*), menos emocionalmente desvalido, y más vital.

7) Si los miembros de la pareja no están creciendo individualmente la pareja se encamina hacia futuros y grandes problemas.

La pareja que descuida o limita el crecimiento personal de alguno de sus miembros corre grandes riesgos. Nadie es todo para nadie, y cada uno debe tener bien

instalado y desarrollado su mundo propio para que el encuentro funcione. Es más, este mundo propio tiene que estar moviéndose para adelante, evolucionando. Es muy común que una pareja padezca la frustración de alguno de sus miembros en relación con su aventura personal de vida, esa relación que cada uno tiene con el mundo en la que el otro ocupa saludablemente un segundo lugar.

- 8) Si en una pareja uno aparece como el neurótico y el otro como el curado es mentira.

No es verdad que de todo siempre tengan los dos la culpa, pero es cierto que nadie es maltratado dos veces si no se deja maltratar. Que una pareja juegue a que las cosas malas se deben a que uno de los dos es defectuoso y el otro no, es índice de una patología compartida. Suele tratarse de una situación extorsiva, dañina y generalmente falsa.

- 9) Si en una pareja se toleran muchas inadecuaciones de gustos y de ideas el lazo se debilita, se hace formal y no real.

No es que los dos tengan que pensar igual o gustar de lo mismo, pero si no se comparten ciertos sentidos fundamentales de la existencia la relación tiende a dejar de funcionar. Las parejas se fundan siempre sobre un acuerdo filosófico no necesariamente explicitado, sobre una visión del mundo compartida. Mantener la pareja a todo precio, aun cuando se vean las cosas de modo extremadamente distinto, suele tener que ver con el temor más que con las ganas de estar juntos.

- 10) Si en una pareja se pretende que todos los gustos o deseos lo sean de ambos, se está buscando un imposible y deteriorando la relación.

Tampoco hay que pecar por lo contrario: no en todo es necesario coincidir. En una pareja hay dos personalidades involucradas y es justo y necesario que cada una de ellas tenga sus formas. No es necesario deliberar para ver si Serrat es un genio o un boludo, a uno puede gustarle y al otro no.

- 11) Si una pareja cree que la felicidad de estar juntos no requiere de ningún esfuerzo se equivoca.

El esfuerzo no es el de “bancarse al otro”, sino el de tolerar los momentos de incomodidad y malestar asociados al desarrollo evolutivo emocional y compartido. Cada uno debe hacer frente a sus fantasmas en su camino de crecimiento, y éstos son muchas veces encarnados por el otro. Si se carece de la capacidad de aceptar esas presencias problemáticas y de atravesarlas, no es posible vivir la intimidad.



## *El romanticismo no desaparece, se transforma*

Hay un romanticismo clásico, al que podríamos llamar un romanticismo del sueño o ideal, que borra la realidad y la reemplaza por un mundo de fantasía. Solía aparecer en la imaginación de una mujer que estaba aislada del mundo y que en su infantilización se volvía deseosa de un padre salvador. Era una situación donde el amor entre hombre y mujer tenía que salvar a sus participantes de los problemas de vivir, un amor de inmaduros que se sentían abrumados por la existencia, huérfanos perdidos que padecían hasta encontrarse. Ése es también un tipo de romanticismo que se opone al cuerpo (*¿me querés a mí o querés mi cuerpo?*), que se identifica con un espíritu insustancial, un romanticismo por lo general triste y aburrido, melodramático, sólo intenso en su forma de espejismo, es decir, en la imposibilidad de ser concretado. Era un romanticismo solitario, fracasado, depresivo, narcisista, falso. Bombones y flores, un gran amor en el que la mujer es un objeto precioso y no puede casi moverse si no quiere poner en riesgo su posición de vacío hermoso y delicado. ¿El hombre? Sostén y proveedor, dureza, seguridad, garantía, un papá que cuida, un caballero que se ofrece. Otro rol en su inconsistente juego de roles.

Pero hay un romanticismo distinto, nuevo, que tiene que ver con sentir y creer en el amor de una forma más plena y real. No hay oposición entre espíritu y cuerpo, este romanticismo se basa en la aventura, en el riesgo asumido, en dar la batalla por ese amor que pide entrega pero no pide renuncia. Es un romanticismo que dice: quiero vivir de la manera más plena posible, quiero más, mejor, quiero tenerte para disfrutar con vos, que tu presencia me desafíe a crecer. Quiero tu alma y tu cuerpo, tu alma que está en tu cuerpo, en tu piel, en la sensualidad de nuestro encuentro. Este romanticismo no produce encuentros de sueño, da más bien lugar a historias de acercamiento, confianza, crecimiento y disfrute. Sucede en el mundo, como una forma de amor por la realidad compartida y no como negación de ésta.

Es un romanticismo que desafía a quienes lo viven. El desafío no está encarnado en el otro, el desafío está presente ya en el deseo de cada uno. El romántico es el que se hace cargo de lo que quiere, el responsable de su deseo. “Responsabilidad” suele ser

escuchada, sentida, como una palabra dura, seria, otra palabra del arquetípico preceptor de colegio secundario. Pero escuchada en clave romántica quiere decir otra cosa, se refiere a la fuerza necesaria para bancarse querer lo que uno quiere y para enfrentar las dificultades que ese querer entraña. El responsable aquí no es entonces una persona seria y restringida, es lo contrario: una persona capaz de excitación, de juego, de crecimiento, de deseo, de amor y cercanía.

El romanticismo hoy empieza donde termina el ideal, más allá del sueño. Está más bien ligado a una posición realista, que no pone a las riquezas en un más allá inalcanzable para dar pie al mérito de la imposibilidad, que quiere en cambio concretarse en vida bien vivida. Su centro: la intimidad, una percepción intensa y marcada de la intimidad específica. No cualquiera sirve. El romanticismo tiene que ver con la captación más radical de la diferencia, por lo tanto, con conocer al otro y con conocerse a sí mismo.

Este romanticismo no es un abandono semiinconsciente, estúpido, es la inteligencia de saber buscar el camino de algo que considera imprescindible. Este romanticismo es inteligente y capaz, no se expresa en signos universales (flores, bombones, joyas, regalos) sino en formas que tienen que ver con cada relación determinada, y con una aventura compartida.

Si el romanticismo es difícil hoy es porque no sabemos pensarlo, porque no hemos actualizado su imagen y su sentido, y seguimos concibiéndolo de una forma que ya venció. Usamos, sin darnos cuenta, las imágenes del romanticismo de un tiempo que ya no existe, y no sabemos traducir esa forma antigua en una versión nuestra.

Si hubiera que definir al romanticismo actual con una sola palabra creo que ésta sería la de aventura. Y me refiero a la aventura de jugarse por lo que uno quiere, a la aventura de ser personas concretas que quieren crecer juntas y ser capaces de armar su felicidad en medio de un mundo que es difícil, sí, pero que no es percibido como un lugar desencantado del que hay que salvarse sino como un espacio lleno de posibilidades y riquezas, riquezas que se quiere compartir con alguien que para uno resulta valioso y especial.

Como solemos pensar al romántico como opuesto al sexual, creemos que el romántico es una especie de estúpido, un hombre capturado por el deseo posesivo de una mujer para su juego sentimental de muñecas (¡jepa!). No es así. El hombre no romántico, el que asume la posición cínica de reducir las relaciones al campo del sexo, el que cree que la mejor posición es la de una “independencia” sin compromisos restrictivos, es un hombre

incompleto y poco viril. Si creemos que el romanticismo es algo femenino es porque hay demasiado fútbol en nuestras vidas, demasiada mamá en el horizonte, para la que hay que seguir siendo un hombrecito solitario. El romanticismo es hoy la posición más masculina, la que quiere tanto de su vida como para jugarse por una mujer, enfrentar las dificultades y lograr incluso el ámbito extraordinario de un hogar en el que el amor pueda desplegarse en hijos, hijos que serán la explosión del amor insinuado en la pareja, que la completará de una forma increíblemente plena y feliz.

Romanticismo es no querer menos que ser feliz, y saber que esto no es posible sin una intimidad de alto valor.

## *Algo a evitar: despersonalización*

Se lo ve en el sentido común, en el pensamiento, en el mundo intelectual, en las cosas que se dicen en los medios de comunicación, todos tenemos ese error a mano y lo aplicamos constantemente. ¿Aplicamos un error? Parece mal dicho, lo pensé mientras lo escribía, pero es lindo y exacto. Después de todo el lenguaje está para nosotros, y no nosotros para el lenguaje. Si surgen giros que aluden efectivamente a cosas que tal vez todavía no aprendimos a pensar, ¿vamos a negarlos porque no están en el diccionario o en la gramática? (Resultan absurdos los purismos en el lenguaje —no la corrección— porque congelan lo que tiene justamente el sentido de ser un movimiento).

Volviendo a la despersonalización, ¿cuál es el error? El tomar la figura general por referencia orientadora. Despersonalizarse es pensar en *el hombre*, o en *la mujer*, cuando el que está en la cosa es uno, olvidarse de lo que el ser concreto está sintiendo para tratar de amoldarse a una figura abstracta de referencia que elimina nuestras diferencias, impidiéndonos hacer pie en lo real.

Despersonalizarse es tratar de ser convencional, tratar de ser normal, tratar de ser “como todos”, cuando en realidad *todos* no son de ninguna manera uniforme y cada uno lleva su despelote interno.

La convencionalidad no existe, es un promedio con fines de representación. Como dijimos, nadie es “normal”, si normal quiere decir típico. Todos tenemos eso que hace a un buen personaje según Linda Seger: una paradoja, un cruce de fuerzas. Características que escapan y superan la pura convencionalidad. Vamos a usar a la autora mencionada y a su libro *Creando personajes inolvidables. Guía práctica para el desarrollo de personajes para películas, series, publicidades, novelas y cuentos*, para pensar un poco más este tema.

Seger alude a la necesidad de generar personajes que tengan múltiples dimensiones. “Los personajes necesitan ser consistentes”, dice, “lo cual no quiere decir que sean predecibles o estereotipados.” En el estereotipo falta la consistencia, porque en el mundo real “las personas son ilógicas e impredecibles”. “Las paradojas frecuentemente forman la base de los personajes fascinantes, únicos”, explica. Lo que venimos aludiendo como

“despersonalización” podría ser considerado como el intento de construir una personalidad estructurada en base a una concepción lógica de las cosas, carente del realismo y las paradojas de la experiencia real. Personalidades racionales, o extremadamente racionalizadas.

Como ejemplo de personaje multidimensional, dotado de una personalidad capaz de despertar el interés del espectador, Seger pone el caso de un profesor de religión, académicamente muy sólido y preparado, hombre muy serio capaz de puntos de vista fuertes y personales en sus temas, que además “había sido alguna vez un cowboy y era un experto con el lazo”. Cada dos o tres semanas, sus alumnos le pedían una demostración, cosa que él realizaba con gusto en el jardín de la universidad. Esta faceta vuelve a su personalidad infinitamente más viva.

Seger cita en este desarrollo a Leonard Tourney, novelista, que explica que “las paradojas son la clave de los personajes fascinantes”. Esas paradojas, podríamos agregar, no tienen que ver meramente con la construcción de un personaje (porque, precisamente, llevar adelante una experiencia de vida no es fijarse en *cómo queda* nuestro personaje sino en lograr una consistencia íntima y verdadera). Las paradojas de las que se habla son los rasgos de la personalidad que se ha buscado a sí misma y ha encontrado necesariamente aspectos variados, que se enlazan en la necesidad real de sus experiencias y desafían la linealidad de la personalidad “coherente”, tal como ella existe desde la instancia de la lógica de un pensamiento puro.

“Los personajes son más interesantes si están hechos de materiales mezclados”, agrega el mencionado novelista, aludiendo a un rasgo inevitable de la vida personal terrena. ¿Alguno de nosotros, acaso, escapa a esta realidad? ¿Quién no posee materiales mezclados? La despersonalización trabaja para lograr una versión de nosotros en la que limitamos o simplificamos esos materiales que darían plena consistencia a nuestra vida.

Otro ejemplo, puesto por la autora, de multidimensionalidad en un personaje: “En *Lo que el viento se llevó*, primero vemos a Scarlett como una coqueta. Esperamos que sea seductora y manipuladora, porque son rasgos lógicamente relacionados con su carácter. Pero nos sorprendemos cuando nos damos cuenta de que las matemáticas eran su materia favorita en el colegio, o que ella tiene la cabeza fría en el medio de una crisis y que es fuerte, determinada y perspicaz”. Un buen personaje, un personaje creíble e interesante, debe ser multidimensional, y este rasgo tiene que ver con la consistencia de una vida emocional compleja.

Despersonalizarse es dejar de lado los sentimientos para abordar las cosas desde el punto de vista de la racionalidad necesaria. Sí, a veces debe ser una buena medida, si tenemos que equilibrar el sistema de nuestra personalidad, por ejemplo, cuando pierde demasiado el contacto con la realidad y la referencia universal aporta una primera perspectiva de sensatez. Pero también es cierto que el truco se aplica como una reacción constante cada vez que la verdad de uno corre el riesgo de salir a la luz de manera inconveniente. ¿Inconveniente? Fallamos al creer amenazantes y raros nuestros aspectos “no lineales”, podríamos decir, cuando en realidad son ellos los que nos dotan de vida.

Despersonalizarse es formular todas las preguntas íntimas como si fueran cuestiones abstractas, generales, creyendo que somos todos lo mismo, ejemplos idénticos del genérico *hombre*, cuando lo propio de ese genérico es darse en términos concretos diferenciando cada individuo del otro.

Las preguntas debemos plantearlas sin quitarles los detalles que las hacen reales, y que nos involucran. No tanto: *¿debe un hombre separarse de su mujer si ella le fue infiel?*, sino más bien: *¿lo sucedido altera en algo mi amor por ella, podré seguir feliz superando el momento, podré yo, y podrá ella, incluso dar lugar a una relación crecida tras lo sucedido?* No es “el hombre” ni es “la mujer”, soy yo y es ella. Nosotros, personas reales, cuerpos concretos, no ideas generalizadas.

Y así como es aconsejable eludir la despersonalización que nos confunde, también es bueno saber que hay otra tarea de igual importancia:

## *Algo a lograr: desneurotización*

Hace muchos años, por azar, me hice amigo de un director de cine inglés bastante conocido que se llamaba Lindsay Anderson. Una amiga de mi mamá, Sara Sluger, tenía que hacerle una nota para no sé dónde y me pidió que le hiciera las fotos. La acompañé, hice las fotos del tipo, y me hice amigo suyo, sin entender muy bien cómo. Aparece en *Carrozas de fuego*, como actor, era un inglés con una cara de inglés que mataba, un tipo muy agradable y muy inteligente, respetado por haber filmado algunas películas clásicas del cine británico. Creo que fue una de mis pocas amistades en francés, porque no lo hablo muy bien que digamos, y en esa época mi inglés era más precario aún.

Todo esto para contar que Lindsay hablaba constantemente de *los burgueses*. Con desprecio. Y me gustó esa forma de expresarse, que no tenía mucho que ver con una cosa política sino más bien con una posición humana, diríamos. Los burgueses eran los convencionales, los negativos (¡cuidado, ahí vienen los negativos, huyamos!). La suya era una posición humana y estética, una categoría política usada más bien para señalar una diferencia existencial.

Creo que mi negativo son los neuróticos. El neurótico funciona en mi pensamiento cotidiano como la imagen negativa del ser humano. En este caso no es una alteridad plena (ejem), sino otro que también fuimos. No hay curado por la calle que no haya sido antes, alguna vez, un neurótico. O que no lo siga siendo parcialmente, claro. Me entretuve en la caracterización del neurótico, entendiendo que es un juego de caracterizaciones, cuyo sentido puede ser el de ayudarnos a captar cómo funcionamos cuando no funcionamos bien. Por eso:

¿Qué es la neurosis? Una posición vital débil, la sensación de que uno no es plenamente uno y ha sido engañado por la realidad, o la de que el mundo es tan duro, difícil y tremendo que la vida carece de sentido, o la de que uno está metido en una trampa de la que no es posible escapar, o la constante preocupación y el permanente descontento expresado a través de todo tipo de confusiones, frustraciones y desconciertos. Todos la tenemos, o la hemos tenido, o la tenemos a veces, en distintos grados. Es un limitante absoluto para la experiencia de vivir. Es una posición falsa: no es

verdadera la realidad que describe, aunque sí lo sea la sensación. (Uno podría pensar que es conveniente, que sin ella nos desharíamos quemados por la intensidad del vivir, pero no creo que sea cierto. Me parece más bien que estamos condenados a la intensidad, que toda vida está destinada a sentirla, y que a lo sumo las opciones son dar lugar a una intensidad de corte positivo, evolutiva, relativamente placentera, o dar lugar a una intensidad negativa, en la que se genera una especie de ardor de padecimiento y dolor. La intensidad no mata, es ineludible y se ramifica para el lado en que uno desarrolle su vida.)

La neurosis es también el cultivo y el amor por el fracaso y la imposibilidad, amor que parece absurdo e irracional pero que palpita en las elecciones y las visiones de los neuróticos, que sienten que su padecimiento no es indebido o evitable, sino al que ven como su mérito, su sensibilidad, su superioridad, su valor, su distinción, su misión.

La neurosis es invisible para sí misma: se confunde con la descripción llana de la realidad. El neurótico se ampara en la idea de la imposibilidad de probar la existencia de una realidad definida. Por ejemplo, el neurótico tiende hacia la hermenéutica y otras teorías que encallan en plantear la posibilidad del conocimiento, en vez de decidirse simplemente a saber, si, corriendo el riesgo de que esa verdad sea cuestionable... (¿Qué es la hermenéutica? Algo de lo que habla mi suegro tan querido cuando nos atacan los tintos, una rama de la filosofía en la que la búsqueda profunda del sentido trabaja en contra de cualquier posibilidad de afirmarlo...) Al huir del mundo hacia representaciones inviables hace pasar su síntoma como una posición ideológica, como una elección, cuando no es más que un problema que padece, una ineficacia, un temor, una infantilidad que lo retiene.

La neurosis se reproduce en las ideas. Salta de un cuerpo a otro, propagándose como propuesta a través de una visión del mundo, o de la versión innecesariamente enrarecida de ciertas cosas. No sólo está presente en una concepción de la vida como destino de dolor o de soledad, sino también en la idea de que el valor establecido es sagrado, en la idea de que el dolor es prueba de sensibilidad (cuando igualmente podría serlo el placer), etc.

Y se reproduce también en las experiencias que vivimos, todo el tiempo, como modos sociales básicos, normales, aceptados, aconsejados y argumentados hasta el cansancio. Hay neurosis extendidísimas: el ser social normal es recortado en base a las neurosis más comunes. El futbolismo es una neurosis, la transcripción de la realidad a un mundo

estrecho de jugadores y campeonatos, una neurosis viril de hombres que son más bien como niños eternos. La insatisfacción permanente, la tendencia a tratar de conocer los porqués y el qué nos espera en vez de decidirse a encarar los qué y los cómo que ponen en acto nuestro propio querer, son neurosis habituales.

La neurosis, así planteada, es como una enfermedad social, casi un virus, una cosa pegajosa y bastante omnipresente pero contra la cual tiene sentido luchar. Explicarla con este grado de transparencia sirve para plantear muchas vías de operatividad. Como si habláramos de una cuestión de salud pública, que lo es, aunque no lo parece.

La neurosis es la visión de la vida que surge de la infelicidad. La serie de visiones, mejor dicho. La neurosis no debe ser enaltecida, ni propuesta como modo deseable de vida, debe ser pensada y superada, en la medida de lo posible. El camino de su superación es el camino del crecimiento personal, el que lleva a la vida y a la muerte, a los logros, a la plenitud accesible.

El neurótico es un ser a medias, duda, se lleva mal consigo mismo y con los otros, es un enemigo de sí. El neurótico se hace trampa a sí mismo, autolimitándose, pero logrando al mismo tiempo una extraña satisfacción. Puede sufrir mucho o poco, pero también disfruta o se ampara en su sufrimiento, que resulta más bien una estrategia de supervivencia. Su sufrimiento tiene algo de construido, de intencional, de voluntario, que lo hace tan rico narrativamente. Si tenemos la clave y sabemos del patológico interés que una persona puede tener en la generación de su propia ruina, la cosa se vuelve muchas veces divertida: se quejan, pero por nada del mundo cambiarían las reglas del juego que los hace tan quejosos. Otras veces, por el contrario, la neurosis produce espanto: ¿cómo es posible que se pierda tanta vida, que se malogren tantas posibilidades, que se prefiera el camino tortuoso al camino directo, que no se cultive cierta sencillez que nos pone en posiciones activas, prefiriendo el enrosque y la celebración de la imposibilidad?

Ésa es otra caracterización valiosa de la neurosis: un cierto amor por el enrosque, por la dificultad, por hacer un recorrido arduo e indirecto en cuestiones en las que sería posible y mucho mejor adoptar la estrategia contraria. Pudiendo ir hacia las cosas, el neurótico se aleja de ellas para sentir su falta. Pudiendo luchar por lo que quiere, el neurótico elige permanecer en la posición negativa, denunciando una realidad que es en verdad más plástica y maleable de lo que gusta creer. El neurótico no quiere avanzar, prefiere disfrutar de su impotencia.

El neurótico cava su propia fosa, se surte a sí mismo con golpes certeros cuando

intenta salir y siente que al hacerlo realiza un extraño acto de justicia trascendente. Es frecuente que logre presentar su entrapamiento constante como la prueba de su excesiva conciencia o incluso de su superioridad. Pese a que no la pasa bien, tiene gran variedad de ideas negativas acerca de los que no la pasan tan mal como él. El neurótico (y esto se ve todo el tiempo) no sabe cómo vivir, su existencia es confusa y dolorosa, pero detalla con pseudo lucidez la inutilidad de toda terapia. No sabe casi nada, pero sabe que la terapia es inútil.

El neurótico adora las objeciones, los peros, los caminos a medias, incompletos, la duda eternizada como si fuera un deseo de conocer, cuando es en realidad una incapacidad de querer. Sí, ya lo dijimos, neuróticos somos todos, pero algunos logran revertir la tendencia. Es evidente. Las personas felices, que logran transformar su neurosis de base, lo hacen siempre a través del camino de enfrentar y ganar algunas batallas fundamentales que se plantean en el camino de su deseo, y no por mera presencia. La neurosis es un punto de partida, la posición débil del que aún no ha desplegado su fuerza o la del que no quiere tomarse el trabajo de desplegarla nunca.

El neurótico es el jardinero de su propio encierro. Y es lindo, excitante, estimulante, disparador, lograr ver, en la vida personal, cuando uno hace ese movimiento para dar luego el paso de desactivarlo. Si uno percibe cómo construye innecesariamente su propio límite, desea salir corriendo a jugar a otra cosa, revertir la situación. Uno logra así un poder gigantesco, la sensación de despertar, de un nuevo comienzo. La dificultad está en que, para llegar a esta fase, es necesario un trabajo previo y lento de desenmascaramiento, comprender la circunstancia en la que uno se sumerge defensivamente, sus ritmos y sentidos.

Es lindo ver cómo la inteligencia despertada con la revelación (al final soy yo el boludo que crea sus propios problemas) deja en evidencia también que el peligro no era tan grande. El neurótico suele estar más preso de una fantasía que de una realidad. Curarse es como lograr el satori: ese salto súbito que describe el budismo zen, que hace al individuo pasar de un estado corriente al de la iluminación.

Es bueno imaginarse a sí mismo en este tránsito de una cotidianidad que se padece a una en la que se disfruta de las realizaciones que genera la propia fuerza puesta a favor. El neurótico actúa en contra suya. El curado, el restablecido, osa vivir a favor suyo.

Repito lo del principio: la neurosis, la idea, es valiosa porque permite estas observaciones certeras. Su dinámica muestra complejidades clave que solemos pasar por

alto. Sí, claro, tal vez las pasamos por alto para poder seguir dándole a la neurosis tranquilos (o en realidad: intranquilos, ansiosos, infelices), para poder seguir actuando que vivimos nuestra vida sin animarnos a hacerlo del todo. Este arquetipo es un mito, un mito contemporáneo, y como se sabe los mitos cumplen la función de enseñarnos cosas básicas, necesarias para crecer y llegar a ser un adulto pleno y feliz.

En el nivel político, la neurosis es la base de la mayor cantidad de teorías críticas que pasan por ser lúcidas. La neurosis es la forma afectiva de ser que produce la realidad devaluada de un país que no logra surgir, un país neurótico que se empantana recurrentemente en la creación y recreación de la pobreza, que evita darse cuenta de los actos que lo llevan a generar tales resultados, prefiriendo el ejercicio de culpar a otros y luchando contra ellos, a los que intenta hacer caber en su rol premeditado de cualquier manera, con mentiras y hasta gestando fracasos confirmatorios. Un lindo fracaso es, para el neurótico, país o persona, el alimento perfecto para mantener viva su pobre visión de las cosas.

*Los libros están al servicio nuestro,  
no nosotros al suyo*

La escena traumática del seducido por los libros es la de entrar en una librería y escuchar el llamado de los distintos títulos. “Leéme a mí, yo soy un clásicooooo”, “¿qué va a pensar no sé quién si no me elegís a mí, que soy tan importaaaaanteeeeeee?”, “yo soy el que te dijo el profesor que era imprescindiiiiibleeeee”, “noooo, leeéme a mí que soy entreteiiiiidoooo”. Voces fantasmales de títulos fuera de sí.

¿Qué pasa entonces? El lector cae en angustia. Se siente perdido y en falta. Desespera. No tiene tiempo para leer tanto, ni plata para comprar tanto libro interesante. ¿Cómo elegir? Cada decisión es una renuncia; cada libro en mano, miles de libros volando.

Hay trucos para responder a este problema. Listas de lectura. Programas de lectura. Yo lo hice en un tiempo, cuando estaba en tercer año del secundario, y es lindísimo. Leía, por ejemplo, novelas francesas. Y atacaba a *Madame Bovary*, *Eugenia Grandet*, *El gran Meaulnes*, *Rojo y negro*. O decidía atacar a Kafka, y leía todas seguidas *El proceso*, *El castillo*, *La metamorfosis*, cuentos, *América*. Lo cuento y me dan ganas de hacerlo de nuevo. Fue un placer, un placer inmenso, descubrir a los quince años tanto mundo. Claro, leía en clase todo el tiempo, haciéndome el boludo, sentado en primera fila pero mirando para abajo, y a veces me decían: che, deje de leer (no sé si me lo decían así, pero me parece irresistible esa mezcla del che con tratamiento de usted).

Tampoco es cierto que yo estuviera en aquel momento bajo el peso de una exigencia tremenda, pese a que por ser hijo de familia intelectual y adorar los libros (y querer ya vagamente ser escritor, como soy ahora de grande) los paseos que hacía con mis amigos eran generalmente caminar hasta el centro, desde Barrio Norte, y visitar todas las librerías.

Es lindo y tentador el sistema que aplicaba Peter Drucker, ese increíble y genial escritor de temas de *management* que además escribió una novela sensacional llamada *El último de los mundos posibles*. Drucker contaba que dedicaba períodos de tres años a investigar, leyendo, un tema que le interesara. Finalizados los tres años, cambiaba de

tema. O sea: tres años leyendo, por ejemplo, sobre el Renacimiento, luego tres sobre jazz, luego tres sobre pintura rupestre. Lo cuento y tengo ganas de empezar ya.

Quiero decir: cierta sistematización es eficaz para desarrollarse como lector, pero lo que verdaderamente llega al centro de la cuestión y permite combatir la exigencia de los títulos es dar con el deseo propio, organizador de todos los órdenes valiosos.

Sumo otro problema que padecen los lectores, tal vez más serio, o igualmente serio: no poder dejar un libro por la mitad. Como si fuera un casamiento frente a Dios, al entrar en un texto uno cree asumir un compromiso definitivo. Hay que terminar o terminar. Uf, me faltan 200 páginas, tal vez antes de fin de mes lo termino. Ya me comí las 150 plumíferas primeras páginas de este mamotreto, no voy a dar por perdido este tiempo que invertí, mejor sigo. Qué desgracia, qué mal pensado el tema, o qué mal sentido, como decimos con Ximena, mi mujer, jodiendo, cuando reemplazamos la palabra pensar por la palabra sentir en todas las frases que la contienen. (Dejame pensarlo un poco se transforma en *dejame sentirlo un poco*, más precisa. O pensalo, pensalo, queda en *sentilo, sentilo*.)

La solución es ésta: darse cuenta de que los libros están al servicio nuestro, y no nosotros al servicio de ellos. O sea: no soy yo, lector, el que tiene que conformar a todos esos títulos seductores en las mesas de las librerías. Léeme, léeme, no. Yo voy a elegir uno que tenga ganas de leer y los demás esperan (se esperan, como dirían en Venezuela). Después vemos, déjense de joder, que estoy ocupado con éste. El otro escenario nos pone en lugar de esclavos. Claro que todo libro quiere ser leído, pero ¿por qué tenemos que responder nosotros a eso? Uno hace su vida, se alimenta de los libros si tiene ganas de hacerlo, pero el plan no puede ser de ninguna manera intentar vivir dando satisfacción a tanto libro necesitado haciendo valer sus derechos con argumentos de todo tipo.

Lo mismo pasa en la lectura interrumpida: ¿qué es más importante, que el libro termine de ser leído, él, que no es nadie, sólo letra muerta, o que yo, el lector que le doy vida, continúe fiel a mi línea de vibración —podríamos decir—, que es el camino de mi interés y mi satisfacción? Si un libro nos aburre no es porque tengamos un defecto. Tampoco es porque sea el libro el que tiene el defecto. No hay ningún defecto, hay encuentro o no hay encuentro, y listo.

Vale empezar un libro para probar, caminarlo unas páginas, y descubrir entonces que no es para nosotros. Que nos aburre, que no nos gusta, etc. Y en ese caso hay que dejarlo, dejarlo tranquilo y quedarse tranquilo uno. Seguro que hay otro libro, en otra parte, o al lado, con el que podremos engancharnos mejor. Lo mismo pasa con las

personas, claro, pero la promiscuidad extrema en ese caso puede ser más difícil de vivir; en cambio, con los libros, ¿de qué tenemos que cuidarnos? Los libros no tienen emociones, los de las emociones y las ideas somos nosotros.

Hay que animarse a descartar, a ejercer activamente ese corte creativo que implica sacarse de encima las cosas que no palpitan, las lecturas muertas, plomas, inadecuadas, fuera de tiempo. Muchas personas, muchas, dejan de leer por quedar presas de esta exigencia. Tienen un rato libre, ¿qué hago?, se preguntan, ¿leo? No, tengo entre manos ese plomo insoportable, mejor lavo los platos, o saco a pasear el perro, o navego en Internet, cualquier cosa antes de padecer el aburrimiento de esa lectura. Si, en cambio, tuvieran la actitud correcta, libertina, y se sacudieran de encima ese libro que los aburre, podrían meterse en otro y tal vez entrar en un mundo distinto, que sí los haría disfrutar y crecer.

Porque, claro está, de lo que se trata en la lectura es del disfrute. Es cierto, sí, que hay procesos de aprendizaje que requieren lecturas que uno debe hacer sin elegirlos, y que conquistar ciertos pasos educativos pide que uno sea capaz de tragarse algunos mamotretos notables, pero esas experiencias no representan el valor de la lectura, son más bien precios que se pagan, que elegimos pagar, por otros beneficios posteriores. Cuando se trata de uno, el rasgo primordial de una lectura, para que ésta sea valiosa, es que despierte interés, que dé ganas. Hay que comportarse con libertinaje, promiscuidad, liviandad, abandono. Después de un libro plomo siempre hay otro libro excitante que nos está esperando, vayamos confiados hacia él...

Claro que este estado de apertura e inocencia implica ser capaz de entender que...

## *El mundo actual no está lleno de amenazas*

Así como parece que ser inteligente es ser criticón, objetar todo el tiempo y encontrarle la falla a todo como si uno fuera un neurótico disconforme e incurable, también es considerado de buen tono tener al miedo como actitud básica respecto de una innumerable gama de fenómenos que podrían ser tratados de otra manera. Fenómenos que con un espíritu abierto podrían ser celebrados como partes de la riqueza de nuestro tiempo, mirados con miedo se vuelven monstruosos e irreversibles procesos que nos amenazan y limitan, y frente a los que se aconseja tener una actitud de extremo cuidado.

El miedo es un recurso, se lo cultiva, racionaliza y potencia, como una estrategia de distanciamiento y como una coraza defensiva contra... contra la realidad. Sobre todo, contra lo nuevo. ¿Por qué abordar las cosas con ánimo abierto, con ganas, tratando de entender y participar, si podemos mejor tener miedo y descartarlas desde el punto de partida, quedando además en la operación como personas inteligentes y enteradas? De ese miedo torpe y remilgón surgen teorías mediocres sobre muchas cosas: Internet, los celulares, los tratamientos de fertilidad, los transgénicos, Facebook...

Sería interesante perseguir un poco la idea y ver hasta dónde se puede llegar. Me refiero a la premisa de que tanto social como individualmente estamos bajo la influencia de un miedo constante, que tiene un origen existencial aunque nos guste hacerlo derivar de “la situación”, y que limita nuestros pasos de una manera innecesaria y a veces extrema.

¿Miedo a qué? Miedo a que otros piensen mal de nosotros o no aprueben nuestras acciones; miedo a hacer sufrir, y a sufrir; miedo a intentar algo y que salga mal; miedo a caer, a caer en la zona de desgracia y catástrofe que identificamos erróneamente como la verdad del mundo. Miedo a que todo cambie y se vuelva inmanejable, a no poder vivir más de la forma que ahora vivimos, a perder facultades.

Mucha gente le tiene miedo a la locura: sienten que su fantasía podría tomar el poder y hacerles perder la realidad. Miedo a perder el control y hacer cosas graves. Mucho miedo

a arrepentirnos: a hacer algo que por el momento nos parece bien pero que va a traer las consecuencias graves que siempre acechan detrás de los atrevimientos.

Con el miedo, esto lo sabemos por experiencia, los problemas se agigantan, todo parece peor, más grave, definitivo, total. En el miedo no hay términos medios, es una emoción ligada al absoluto (no por nada caracteriza la relación correcta con dios). En numerosos casos hemos visto cómo el obstáculo concreto era menos grave de lo que el miedo nos hacía creer.

Osho dice que lo contrario del amor es el miedo, y que su efecto es encerrarnos. Con el amor uno se abre, se mezcla, se da, se despreocupa y fluye y acepta relacionarse con la riqueza ofrecida por el mundo de manera constante y general. Con el miedo uno se encierra, se pierde ese movimiento, lo niega, le quita valor, cree imposible el contento y el logro.

El miedo dice: *mejor no, seamos sensatos, tratemos de cuidarnos, vamos de a poco, antes estemos bien seguros, no me gusta tanto, no estoy seguro de quererlo, ¿y si me va mal, y si hago algo irreparable, y si me mandan a cagar, y si pierdo todo, si no me sale?*

El amor (o la confianza, o el entusiasmo, o la excitación, o las ganas, lo que sea en lo que podamos hacer pie para ir más lejos del miedo) dice: *probemos, tengo muchas ganas, me gusta mucho, es una idea (proyecto, relación, trabajo, obra, aventura) sensacional, va a andar bien, tengo que ir haciéndolo de a poco, queriéndolo en su crecimiento, buscándole la vuelta; hagámoslo rápido, no puedo esperar, quiero ver si se puede, quiero poder.*

El miedo es una emoción útil para la posibilidad de hacer un buen proceso, un recurso del crecimiento, un freno a veces positivo, pero el lugar que ocupa en las actitudes es mayor del necesario. Es probable que en otras épocas el miedo haya estado aun más presente y obligado, que pueda haber sido una función de las más valiosas de la personalidad (épocas más duras, exigentes), pero hoy, en nuestro mundo libre y fluido, tiene mucha menos razón de ser. Y sigue instalado en nuestro ánimo a un volumen desproporcionado.

Tenemos ideas, valores, definiciones, que encarnan una apuesta existencial baja, de menor calidad de la que podríamos hacer. Hacemos nuestra una visión del mundo inferior a nuestras posibilidades, dominados por el miedo base. Creemos todo lo que diga

el temor, además, porque tiene un gran poder de disuasión (sobre todo si creemos que nos conviene hacerle espacio).

El miedo no es inducido por una intención de dominio. Lo fundamental es el movimiento de *autodominio*. El miedo protege. No es una creación social para volvernos mansos, es la mansedumbre acomodaticia individual recibida, que nos permite eludir el crecimiento. En la idea de que el poder se vale del miedo hay una visión muy pobre de la vida: no hay poder que se sirva del miedo, hay apuestas bajas en una comunidad que no quiere desarrollarse.

El miedo base extermina la excitación de la creatividad, la búsqueda de nuevas formas. El miedo base tiende a enfriar el movimiento vital, la espontaneidad, la autenticidad, la frescura. La velocidad, que suele criticarse y temerse, podría ser vista también como la participación en un flujo desatado de fuerzas y movimientos. La crítica de la velocidad es hija del miedo. La vida moderna, bien considerada, no da miedo: es excitante.

Y ya sabemos, se ve todo el tiempo, que...

## *El miedo construye lo que teme*

Porque si bien el miedo se plantea como una actitud de cuidado y protección, salta a la vista que no es así. Tenemos sobradas pruebas, en nuestras vidas personales, de que muy frecuentemente el miedo construye lo que teme. Presenta al hecho temido como algo a evitar, pero de tanto aludirlo y pensarlo lo construye de a poco. Aquí va un ejemplo muy interesante. Lo encontré en el libro de Roger Ailes llamado *Tú eres el mensaje*. Subtítulo: *La comunicación a través de los gestos, la imagen y las palabras*. El tipo es un especialista en formar comunicadores, y su libro puede ser leído como un manual de autenticidad, porque su idea es que saber comunicar es aprender a ser uno mismo, directa y sencillamente. Hay trucos, pero esto es lo básico, que no se deja de lado nunca. Los trucos son formas de lograr mostrar una verdad propia, nunca maneras de inventarla, porque no se puede.

En un capítulo de su libro el autor se refiere a un documental sobre pandillas en el que participó y especialmente a un momento en el que, conversando con un delincuente juvenil y pidiéndole información sobre su modo de actuar, indaga sobre la manera en la que éste selecciona a sus víctimas. Cito a Ailes: “Me dijo que él buscaba personas que arrastraban los pies, con las cabezas gachas, los ojos desviados, aislados y que se atemorizaban al verlo... *¿Yo sería una buena víctima?*, le pregunté. *No, yo no lo intentaría con usted. ¿Por qué no?* —insistí. *Cuando yo entré en el cuarto, usted se paró y se dirigió directamente a mí. Sus ojos miraban a mis ojos, y después me miró de arriba abajo, como si me midiera, para juzgar si podría pelear conmigo si tuviera que hacerlo. Ese tipo de personas ocasiona problemas*, me respondió”. El miedo atraía el ataque.

De muchas maneras inadvertidas el miedo resulta ser un homenaje a las situaciones no deseadas, como una recreación anticipada de los momentos que nos torturan. No es magia. No se trata de la generación de una imagen que opera de manera misteriosa sobre nuestras vivencias. El miedo nos dispone concretamente hacia actitudes y experiencias en las que terminamos dando pie a que ocurra aquello que tratamos constantemente de evitar. O mejor dicho: el miedo no evita, convoca. El miedo es un trabajo activo,

consciente e inconsciente, en el que vamos dando forma a algo. Eso a lo que el miedo nos conduce, si nos preguntaran, sería algo a lo que aludiríamos como no deseado, pero al mismo tiempo algo que vamos construyendo paso a paso, como si fuera un destino inevitable. De tanto tenerlo en mente, buscando evitarlo, nos orientamos hacia él.

Personas que de tanto miedo que tienen a ser dejadas se transforman en celosas paranoicas que alejan a sus seres queridos de sí; personas que de tanto miedo a perder el trabajo pierden la capacidad de hacerlo, la frescura que los hacía poder desempeñarse bien; personas que de tanto temer la enfermedad someten a sus cuerpos a un régimen de restricciones y tensión patológico; personas que de tanto miedo a no poder dormir no se duermen nunca; personas que de tanto miedo a no poder funcionar sexualmente aniquilan su capacidad de disfrute y se transforman en hielo.

Sí, en ciertos momentos el miedo tiene su sentido, su pertinencia, en ciertas circunstancias resulta una evaluación correcta de los peligros que se enfrentan. No se trata de negar este principio fundamental. Pero la elevación del miedo a valor, como eje de una actitud general frente a las cosas, resulta contraproducente y fuera de lugar. Tal vez estamos acostumbrados a hacer nuestros miedos que tuvieron sentido en otros momentos de la cultura humana, y vivimos sin darnos cuenta reproduciendo limitaciones de nuestros antepasados. No sirve llamar respeto o tradición a ese rasgo inadecuado, hay que desafiarlo y avanzar.

Más que tener miedo, tendríamos que darnos cuenta de que...

## *Vivimos un avance moral y un avance en las costumbres*

Decir: vivimos un avance moral. O decir: vivimos un avance en las costumbres. O peor: es un tiempo de avance humano sin precedentes, moral, cognoscitivo, en términos de costumbres, en el dinamismo, y el la moral del querer y en la libertad que disfrutamos, suena como una locura. Si uno no tiene una mirada entrenada en cierta positividad, y se expresa según los cotidianos vicios de la mala conciencia, entonces siente que estas afirmaciones son meramente una estupidez; si uno mira de cerca, ve que no es así.

Vamos por partes.

### AVANCE MORAL

Aclaremos de entrada de qué hablamos cuando decimos moral: moral es sistema de valores. Lo que se señala como una decadencia de los valores debe ser pensado con más precisión como una transformación muy marcada de éstos, que suele despertar desconfianza y desconcierto y que sugiere erradamente una descomposición. Estas emociones provienen del acostumbramiento de observar las cosas desde un punto de vista anterior, propio de una época pasada, con no lograr actualizar la mirada. El temor nos contiene, y en su intento limitador dice: no mires de nuevo, no hay nada, quedate quieto. Pero no es que los valores hayan desaparecido (nunca desaparecen, a lo sumo mutan), es que se están transformando.

La serie: respeto, decencia, seriedad, rigor, autoridad, deja paso a la serie: intimidad, fluidez, diferencia, autenticidad, entusiasmo, vitalidad. Los valores de la primera serie no son negados por la nueva, son en muchos casos superados, integrados y mejorados. No se trata de encarnizarse con la serie antigua, sino de dejarla mutar en paz. El avance moral también se evidencia precisamente en este punto: donde creíamos necesaria una revolución, y fracasamos, ahora propiciamos una evolución, costosa pero más adecuada.

No vemos claro el alcance ni la dinámica de esta transformación. Nuestra tarea es la

de pensarla de un modo nuevo, realista, superando el temor que nos hace ver decadencia donde hay evolución. Hay que generar una moral actual, que establezca valores reales, que supere la habitual impostación en la que cae toda institución o empresa que se encuentra en la coyuntura de ponerse moral.

Como parte de la falsa y remanida premisa “los valores se han perdido” se suele aludir al caso de que hoy en día los hijos no “respetan” a sus padres. Es un buen ejemplo para explicar mejor a qué me refiero con la idea de una evolución moral. Es verdad que el valor principal en la relación padres e hijos hoy en día no es “respeto”, pero esto sucede porque “respeto” ha sido reemplazado por “amor” o “intimidad”.

En otra época se aspiraba a que cuando un padre hablaba el hijo escuchara con respeto. En nuestra época, un padre que habla espera que el hijo hable también, y en vez de inspirar temor o aprobación aspira a establecer relaciones de calidez y confianza y a disfrutar de sistemas de comunicación de ida y vuelta, donde también el hijo se exprese con libertad. No es que el valor “respeto” se haya perdido, el antiguo valor evolucionó hasta producir un valor superador llamado “intimidad”. El amor de estos padres modernos que no quieren ser temidos por sus hijos incluye el antiguo valor del respeto, pero ofrece una versión más evolucionada de él. El amor respeta también, pero el respeto no es una versión convincente del amor, se queda muy corto.

Lo que sí queda claro es que, para armar la nueva situación deseada, aunque el respeto en el fondo no se haya perdido (tal vez hasta lo contrario: lo hay más que nunca, ya que hoy es respeto mutuo), no resulta útil el cartelito, la referencia, a la idea de “respeto”. Es mucho más útil y conducente el valor: confianza, intimidad, encuentro.

## AVANCE COGNOSCITIVO

No sólo hay —como se sabe— más científicos vivos hoy que los que hayan existido en toda la historia, no sólo hay en sus manos medios infinitamente más poderosos que los que hasta hace pocos años apenas hubiéramos podido soñar, no sólo existen hoy medios como Discovery Channel o History Channel (verdaderos espectáculos educativos de una calidad superior y dotados de un poder de difusión gigantesco), no sólo Internet permite un acceso infinitamente más sencillo a la información y sobre todo a un universo de relaciones de cercanía y colaboración sorprendente, sino que también crece la conciencia

acerca de lo que es posible y lo que no en el universo social. Aún no es determinante como se desearía, o tal vez no llegue a serlo nunca, pero crece.

Lo que suele considerarse una visión despreocupada o escéptica en las juventudes o en los pueblos respecto de los objetivos políticos es un paso en la conquista de un realismo más maduro, que entiende que la naturaleza no puede ser modificada, que no cabe aspirar a la justicia completa o ideal, que comprende que se trata de generar las mejores realidades posibles y no de realizar el sueño de la utopía. El contraproducente sueño de la utopía: un querer superlativo que no sabe tratar con los problemas sino mediante recursos extremos que sólo empeoran las situaciones que se dicen querer mejorar.

Esta conciencia más clara sobre la realidad, este avance en el realismo, permite la superación del cinismo y el desencanto, y nos hace esperar mayores logros en el campo de lo posible. Ser realista pareció siempre un modo del conformismo, pero dado que la realidad contiene, pensada naturalmente, un sentido evolutivo, en verdad produce el modo más activo para la construcción de logros, individuales o sociales. Estamos en un tránsito, pero es un tránsito de conocimiento, en el que somos cada vez más claros y capaces de ver realidad. La caída de los sueños no es un factor negativo, es un paso adelante dado en el conocimiento, en el conocimiento de la realidad y sus posibilidades. No conviene que seamos incapaces de ver, y de sostener y disfrutar, este paso de crecimiento.

## AVANCE EN LAS COSTUMBRES

Winnicott explica que el despelote de la juventud actual se origina en una enorme mejoría de la crianza. En las últimas décadas hemos progresado tanto en lo relativo al trato que debe darse a los bebés, hemos mejorado tanto nuestras capacidades de sintonía, contención y afecto respecto del mundo infantil, que estos nuevos niños, una vez llegados a la adolescencia, no aceptan una respuesta burda acerca de sí mismos y buscan la verdad de su deseo. ¿Qué es buscarse a sí mismo? Indagar qué es lo que uno quiere, y de esa forma entender y expresar el movimiento que nos define. Buscarse a sí mismo es aceptar la propia realidad como el enigma del que surge, a través de las experiencias de desconcierto y recuperación, el proceso de descubrir lo que nuestro ser contiene como forma potencial. Buscarse a sí mismo es vivir las preguntas personales, desplegarlas y

gestar, con valor y paciencia, las respuestas que correspondan. Esa búsqueda es generalmente cruenta, pero valiosa. Es peligrosa, pero da lugar a personas más enteras que aquellas criaturas educadas en el rigor de la disciplina y la inautenticidad. La búsqueda no era antes considerada pertinente. No era promovida y alentada, era prohibida y castigada.

El divorcio, la informalidad cultural, el diálogo abierto, la preferencia por la intimidad antes que por la autoridad, son todos cambios recientes positivos que aún no terminan de suceder aunque expresan esta transformación profundamente. Muchas de las experiencias que originan son experiencias de gran dificultad, pero de todas maneras es posible observar que se trata de un paso de avance.

## AVANCE EN EL DINAMISMO Y EN EL DESEO

Fluidez o dinamismo: la mecánica de la experiencia de vivir está hoy en día más dada por el desenvolvimiento de una necesidad verdadera que por la búsqueda de acomodarse a una forma previa. La forma está cuestionada, la forma previa, externa, debe probar su validez para seguir en pie. No vale tanto la tradición como lo deseado. La nueva forma debe ser elaborada, surge de una búsqueda que no puede evitarse y que debe crecer hasta ocupar el lugar de la forma convencional: el nuevo compromiso es con la verdad propia.

La búsqueda cada vez más habitual de una perspectiva creativa es la expresión de este cambio: la creatividad —tal como se la comprende en las empresas y en las instituciones— es la intención de tratar a las formas de la vida como al objeto al que hay que diseñar. La perspectiva avanza desde la creencia que hay una verdad que debe ser descubierta hacia la búsqueda de un deseo que debe ser vivido, comprendido y logrado.

A modo de ejemplo, las preguntas relativas a la suerte del el país lentamente están dejando de ser ¿qué va a pasar en la Argentina? y ¿por qué estamos como estamos? (preguntas de diagnóstico, pasivas, desinvolucradas) para dar lugar a más valiosas formulaciones: ¿qué queremos que pase y cómo vamos a lograrlo?

## AVANCE EN LA LIBERTAD

El punto puede ser observado teniendo en cuenta que tenemos mayores niveles de libertad de prensa, en la región y en el mundo, vivimos procesos de democratización globales, hasta la ya comentada importancia que se le otorga a la expresión de un deseo personal legitimado, a la aceptación de un nivel animal insoslayable para la vida concreta (celebración de la sexualidad, de la intimidad, de la gratificación sensorial). Algunos de estos aspectos suelen ser evaluados como decadentes, pero se debe a nuestra incapacidad de mirar desde el futuro (o de ubicarnos en el presente en el que ese futuro se desenvuelve) y a nuestra pasión temerosa por ponernos a resguardo de los cambios declarándolos ilegítimos e innecesarios.

Nuestro pensamiento tiene de manera automática mayor tendencia a lo establecido que a la libertad. La libertad es en general más un motivo retórico que una apertura en la búsqueda de formas nuevas. Por suerte, en los hechos, la humanidad no es tan temerosa como en sus visiones del mundo, y la experiencia de vivir incorpora cada vez más nuevos niveles de búsqueda y fluidez.

De todas formas, y cambiando un poco de tema, tal vez sea el momento de decir que...

*Si algo no se entiende,  
hay que pensarlo por escrito*

La gente que quiere escribir es mucha, muchísima. La escritura es deseada por muchas vías. La más común, la literaria. El mundo está lleno de personas que quieren escribir cuentos, poemas o novelas. Esto tiene sus problemas, pero es innegable demostración del amor que se tiene por la literatura, amor que nos hace desear ser activos en ella.

Muchas otras personas quieren escribir porque lo necesitan por trabajo. O porque su trabajo requiere que sepan hacerlo, o porque tienen la tesis detenida, o porque se dan cuenta de que si logran escribir van a avanzar mucho en esos planos (lo cual es cierto). O también porque se dan cuenta de que escribir es pensar, y quieren pensar en lo que están haciendo. O en lo que están sintiendo.

Que escribir es pensar y elaborar las experiencias vividas lo sabemos también porque muchos empezamos a escribir bajo el peso de la angustia. Siendo adolescentes, algo nos pasa y escribimos. Algunos. Más las chicas, pero también los varones sensibles como yo (y sí, qué voy a hacer). Escribiendo, los encierros empiezan a gestar sus salidas. Es así, sirve, todo el que lo probó lo sabe.

Recomiendo explícita y enfáticamente que todos los que están leyendo este texto se pongan a escribir. No ahora, esperen, sigan leyendo. Que incorporen, si no lo han hecho ya, la escritura a sus vidas. Es increíble lo que produce.

Escribir es pasarse en limpio, examinarse de cerca, darle forma y entidad a cosas que están pero nunca se sabe bien dónde ni cómo, escribir es poder trabajar con ellas. El punto central es que la expresión elabora. Diciendo, uno les da vueltas a las cosas, las cocina, las modela, las entiende. Por eso hay personas que hablan tanto, porque necesitan decir para pensar, y no instalaron el programa de escritura. Dicen en voz alta, para lo cual necesitan un oído cercano (y, como se sabe, no necesariamente importa si ese oído es una persona que responda algo). Si logran decir por escrito lo podrían hacer mejor, sin romperles las bolas a los demás. Bueno, tal vez se trata de personas que se

comunican mejor que yo, y no tengo derecho a decir eso. Pero hay tantas cosas que no deberían decirse y que es lindo decir...

Escribir es duplicar el cerebro, usarse de frontón a sí mismo para poder desplegarse. No es que haya que poner cosas inteligentes, hay que ir pensando con sencillez lo que surge. Se tiene la sensación de que la que piensa es la escritura, si uno se somete a ella.

Julia Cameron, autora de *El camino del artista* (libro/programa para desarrollar el artista en uno), dice algo genial: que al escribir hay que pensar que uno está tomando un dictado. No decidir qué poner, sino poner. Escuchar qué palabras vienen, y ponerlas sin preguntarse de dónde vienen ni adónde van. Algo parecido decía Roberto Arlt cuando sostenía que “Dios o el diablo nos dictan inefables palabras”.

Escribir es desagotar una energía que de no ser expresada se enquistada, es dejar salir el torbellino para que no se haga caos sino fluidez evolutiva.

Además: si uno quiere lograr un amor, debe escribirle. Escribirse sintiendo y dárselo a leer. Lo de las cartas, ahora mails, es una vía de contacto íntimo supremo, equivalente a las caricias, posibilitadoras de aquéllas. Las palabras escritas dan a entender qué acaricia uno cuando acaricia al otro, qué consecuencias o derivaciones tienen su piel y su olor, cómo ve uno al otro y quién es en realidad uno.

## *Algo que uno no terminó no fue necesariamente un fracaso*

El que se separa después de ocho años de noviazgo siente que su relación fue inútil, fracasó, no llegó a consolidarse. El que abandona un proyecto a los pocos meses de haberlo iniciado, fracasó, se dice, no pudo mantenerse fiel a lo que había entrevisto en un principio. Sabemos que no es así, pero lo sabemos a medias. Nos cuesta entender que lo propio de muchas experiencias es aportar su elemento a una evolución que no puede conocer su destino antes de pasar por las cosas inevitables que llevan a él. No son fracasos, son experiencias que sirvieron para cocinar un poco más la personalidad, pasos de un camino largo y complejo que no es fácil entender. Que no se entiende, es más, sin esos largos rodeos.

Además, la vida vivida fue vida plena en sí misma. De nada sirve que uno, sabiendo lo que sabe después de haber transitado ese trayecto, declare que la vivencia no tuvo sentido. Es lógico afirmar plenamente el momento que se vive, lo actual, nos resulta natural perder de vista los sentidos que hacían necesaria, en aquel momento, aquella experiencia que tal vez hoy no repetiríamos ni soñando, pero ese que uno era antes no es el uno de hoy, sino su pasado, su versión previa, uno que tuvimos que ser para llegar a ser el que somos ahora.

Y volvamos a Nietzsche. El aforismo número diez de sus “Sentencias y flechas”, recopilación que forma parte de su *Crepúsculo de los ídolos*, nos dice: *¡No cometamos una cobardía con nuestras acciones!, ¡no las dejemos en la estacada después de hechas! — El remordimiento de conciencia es indecoroso.* Es frecuente la tendencia a sentirse en falta respecto de algo que se ha intentado, si el intento no produjo los resultados esperados. Con esta perspectiva terminamos por desalentar todo intento, toda nueva experiencia, o le pedimos un grado de seguridad del que carecen incluso los intentos que llevan a buen puerto. La evaluación de nuestros pasados como fracasos lleva a la cerrazón del presente, le agrega peso y gravedad.

Lo más importante en relación con la idea del fracaso es poder desactivar el peso de

una supuesta falla y de la culpa, y llegar a entender que el desarrollo es así, que no puede darse sin esos ingredientes. Entender que la elaboración que nos conduce finalmente a nuestras formas propias tiene más que ver con actuar despreocupadamente, como probar mucho y dejar cosas sin terminar, que con volverse un estricto juez de todos nuestros impulsos, un severo implementador que no deja cabos sueltos. Incluso es necesario incorporar en el cuadro el dolor o desencanto que deriva de nuestras frustraciones: éste también cumple un rol necesario en el despliegue de nuestra búsqueda y no puede de ninguna manera ser ahorrado.

La idea más adecuada, de fondo, sería la de que “el fracaso no existe”. Considerar al fracaso como una figura triste, una evaluación que no corresponde hacer respecto de un proceso de vida que es puro movimiento, proceso que a veces arroja logros tanto como resultados menos favorables otras veces. El fracaso es una figura del miedo, un soldado que genera desastres, un recurso para arruinarse la capacidad personal de vivir procesos e ir comprendiéndose en el camino.

Y si estamos hablando de procesos de cambio, es bueno entender que...

*Armamos crisis cuando prolongamos  
las cosas más allá de sí mismas*

La premisa podría ser así: las crisis tienen que ver con insistir en afirmar algo que ya no tiene vigencia, que está —como se diría de la leche o de la factura de un servicio— vencido. No sé si vale para todos los casos, supongo que no, pero la idea abre una observación interesante.

Algo está vencido (podemos pensar que lo está en el doble sentido de la palabra, porque pasó su tiempo de utilidad y porque ha sido derrotado por otro elemento más vigente) cuando la experiencia que ese algo vehiculizaba ya no es una experiencia real, no se elabora nada en ella, y queda más bien como una representación o símbolo vacío. Cuando no representa lo que dice representar, cuando no alude a nada real. Y lo peor es que, como símbolo, esa idea o forma vencida pero mantenida en pie a la fuerza representa sobre todo el temor del cambio, la atadura a un refugio y una seguridad que por más deseable que parezca ya no son posibles. Quiero decir: cuando algo ya no tiene vida, su símbolo es menos el símbolo de aquello perdido que el de nuestra resistencia al cambio.

Algunas aplicaciones concretas de la idea:

Una pareja entra en crisis cuando pretende seguir siéndolo de manera formal, sin el calor que la funda (calor de excitación y calor de intimidad). Si sus miembros niegan el vencimiento y persisten, dándole imaginaria entidad a lo que ya carece de ella, temerosos de lo que pudiera pasar si aceptaran el final, hay crisis. (Sí, hay crisis tras las que la experiencia renace, es verdad, pero creo que hay que aceptar que si lo hace es porque se adoptó una forma nueva, porque hay una nueva apuesta, distinta, y una nueva experiencia que se inicia. Porque se superó la crisis y se insufló nueva vida a la experiencia.)

Un país entra en crisis cuando no es capaz de aceptar los cambios de época, cuando tiene un pensamiento que insiste en decir que lo que está mal no es el país ni el pensamiento si no la realidad misma, la tarada, que va para donde se le canta en vez de

preguntar, que hace lo que le surge en vez de consultar las conveniencias (absurdo). Un país entra en crisis cuando contiene y combate sus fuerzas vivas y activas, su juventud, su natural transformación, para preservar estilos y modos de tiempos que ya no son. Los mayores argumentos resultan inútiles para mantener con vida lo que ya no la tiene.

Un país entra en crisis cuando sigue buscando dar vida a movimientos que están muertos, cuando pretende poner en duda los enfoques modernos (de probada eficacia, capaces de producir riqueza social, tal como se muestra en los países más capaces de eliminar la pobreza), cuando coquetea en su opinión pública con ideologías del fracaso que se basan en la idea de que hay que “luchar contra la opresión” y no se da cuenta de que está sobre todo oprimido por su propia idiotez y no por la fuerza de otros.

La educación entra en crisis cuando quiere creer que el mundo sigue igual, que no existe la tele ni Internet, que la información está guardada en la sala de profesores y cuando cree que los valores siguen siendo los que estaban vivos hace cien años. Cuando en vez de buscar reformularse pretende retomar viejos formatos a partir de la estrictez, o cuando no logra poner en cuestión sus modos de pensamiento ya consagrados pero ahora inútiles, cuando no se da cuenta de la necesidad de reformularlo casi todo.

La moral entra en crisis cuando quiere seguir diciendo lo mismo que parecía importante en otra sociedad, en otra familia, para individuos con una conformación mucho menos libre que la de hoy. Cuando no asume que el paso del tiempo generó experiencias distintas, individuos distintos, necesidades nuevas, y que ese cambio debe estar representado en nuevas expresiones de valor, adecuadas para los tiempos que corren. O que vuelan.

Un trabajo, una posición laboral, entra en crisis cuando el interés que la sustentaba y daba densidad se ha desvanecido, pero uno sigue como si nada, por miedo o pereza frente a la tarea de reinventar la inserción personal en el mercado de trabajo.

En general, el camino evolutivo tiene que ver con que...

*Es mejor pensar para qué sirve algo  
que para qué no sirve*

Lo uso como truco para liberarme de algunos hinchapelotas cuando doy clase. Supongamos que acabo de explicar una idea y alguien dice, críticamente, que esa idea no explica tal cosa, o señala una contradicción derivada, o se opone a ella diciendo que no soluciona un problema derivado. Si el planteo tiene humor o un viso positivo puedo tomarlo en cuenta, si no —a veces— agarro mi lapicera y digo que podríamos evaluarla como una porquería porque no sirve para sacar tornillos ni para destapar una botella, o podríamos entender que es un útil adecuado para la escritura. Puede algunas cosas, otras no puede. Como todo objeto, toda idea, toda persona.

O sea: entre el camino de ver para qué sirve una cosa y usarla, y el vicio de tratar de encontrarle el punto en el que la cosa falla, con la intención de inutilizarla (y tal vez con la esperanza de zafar de tener que hacer algo con ella), me parece que el camino del pensamiento, el camino constructivo de enlaces de ideas, y el camino aun más productivo (o igualmente bueno) de ponerlas en movimiento generando efectos concretos, el segundo me parece un camino superior.

Entre el camino de ver qué cosa no le sale a uno y el de ver qué cosa sí, ¿por cuál optaríamos? Un amigo me contó que en una época uno de sus hijos estaba copado con el arte y otro de sus hijos (tiene tres) estaba copado con el deporte. Cuando mi amigo se iba de viaje buscaba para el que le gustaba el deporte, regalos de arte. Y para el que le gustaba el arte, regalos de deporte. Para compensar, pensaba, para desarrollar la parte que no. Hasta que un día una psicopedagoga le preguntó si era pelotudo o qué.

Es cierto, uno puede pensar: *estoy flojo en esto, más me vale fortalecerme*. Pero la vida no es un examen. ¿Le diríamos a Woody Allen, che, mejor andá a correr un poco, pensá en poner un gimnasio, entrenarte para las Olimpiadas de la tercera edad? ¿Le preguntaríamos a Messi cómo está su relación con las ciencias, le propondríamos estudiar matemáticas? Son chistes, pero tienen una verdad en el fondo. Tenemos que

saber ver nuestra forma, y entender que nuestra tendencia puede tener una dirección y no otra. O puede tener varias, pero no tiene que tenerlas todas.

Nuestro enamoramiento con la falla y la imposibilidad hace que cultivemos en cada cosa su manera de aniquilarla.

Existe un libro que se llama *Ahora, descubre tus fortalezas*, de Marcus Buckingham y Donald O. Clifton, que identifica dos caminos básicos de crecimiento: ir hacia lo que no, y trabajarlo para que sí; o ir a lo que sí y darle manija. De manera intuitiva me seduce más el segundo. ¿Cómo podríamos no pensar que el entusiasmo es un desarrollo potencial, que es la vía básica de crecimiento? El gusto no es un factor accesorio, es nuestra huella digital anímica, la definición de lo más propio, las puertas por las que la realidad se abre para nosotros.

## *Usar y ser usado: lo mejor que te puede pasar*

La idea de usar tiene connotaciones negativas. “No me uses”, puede decirle uno al otro, cuando se enoja. “Me estás usando.” Quiere decir que el otro lo pone a uno en el lugar que le conviene, sin prestar atención a las necesidades propias. Las personas no están para ser usadas por nosotros, sino para... ¿ser servidas? No, respetadas, diríamos con dignidad, res-pe-ta-das. Y vos no me respetás, me estás usando.

Si superáramos la tendencia a hipermoralizar todas las cuestiones y dejáramos por una vez de lado la tentación de hacernos los buenos, la idea del uso podría ser considerada de otra manera. Usar algo quiere decir ponerlo a cuenta del propio desarrollo. No necesariamente implica una trasgresión del sentido de la cosa que está siendo usada, puede incluso pasar lo contrario, que al ser usada ésta logre por fin su pleno sentido. Y sí, estoy hablando de cosas, pero también de personas.

Pensemos en lo que sucede entre un paciente y un terapeuta. El paciente usa al terapeuta, proyectándole sus temas, sus afectos, de manera que pueda alumbrarse su nudo y desatarse. El terapeuta aspira a ser usado. Si el paciente no lo hace, la terapia no tiene lugar. Usarlo es sentirlo como uno puede sentir al otro, haciéndolo actuar su rol en nuestro mundo de fantasmas, y también tomar de él o ella la perspectiva que nos vuelve reales más allá de esas proyecciones.

Incluso en el amor, pensándolo como ya lo hicimos en premisas anteriores, en las que aludimos a su componente egoísta o autoafirmativo, hay uso, y buen uso. Yo quiero que mis hijos me usen para crecer, que saquen de mí lo que necesiten, quiero prestarme a ser usado, utilizado, para su desarrollo. ¿Y en el plano erótico? ¿No quiere uno ser usado por el otro para su propio placer? Cuando acariciamos a otra persona, ¿lo hacemos para darle placer o porque queremos sentirla, disfrutarla, y allí nace la coincidencia de la sensación placentera? ¿No es perfecto ese momento donde confluyen los placeres mutuos? Pero faltaría el encuentro si el que acaricia no usara el cuerpo del otro para su propio beneficio, o si el otro no hiciera lo mismo con uno. En el sexo no puede dominar un

planteo completamente altruista, porque entonces sale mal. Falta una excitación, y tienen que ser dos para que funcione. (Hay que aclarar, porque siempre aparece algún susceptible que mira las cosas desde el lado inútil, desde el lado feo, que esto no implica maltrato alguno, o ni siquiera desconsideración o desatención, que esta vía es precisamente la que permite la satisfacción mutua.)

Como profesor: quiero que me usen para pensar, para entender, para avanzar, para pasarla bien. En vez de sentir que el uso es una mala palabra, podemos reconciliarnos y entender que hay algo de uso en todos los procesos valiosos. Un profesional se ofrece al uso de su cliente, se entrega, se da, porque entiende que es necesario para que surja alguna utilidad. Además, ser usado es lindo, es un modo de ser útil, y ser útil es de las cosas más satisfactorias que hay. Toda riqueza personal es utilidad, y ésta es servicio.

Usamos a las personas. Y como personas, nos dejamos usar por otras, porque nos da ganas o nos parece lindo. Queremos, ansiamos, ser usados. Usamos a nuestros amigos para divertirnos, o para crecer, para compartir un entusiasmo o para que nos enseñen cosas.

La otra opción es melindrosa: uno no puede tomar una iniciativa sin disculparse, sin tratar de que quede perfectamente claro que lo que uno pide o quiere hacer no es para beneficio propio sino que obedece a un plan benigno de más amplio alcance. Un plomo. O una manera de marcar un límite y de poner a todos lejos de uno.

## *Hay que buscar intencionalmente la actualización personal*

La idea de la actualización es una de las cosas que aprendí de Ximena, mi mujer. Una de las miles. Y es del ámbito de la psicología. Uno tiende a cristalizarse o congelarse cuando queda atado a una imagen o versión de sí mismo que ya no está vigente (ésta idea es una variante de la idea de la crisis). Es bastante corriente: seguimos pensándonos como si fuéramos los que ya no somos, no ajustamos la representación que tenemos de nosotros y de nuestra realidad, y ese desajuste tiene repercusiones negativas de todo tipo. Es uno más en la cadena de eslabones por ajustar y mejorar. Creemos que somos los indefensos y desorientados que fuimos años atrás, y por lo tanto no captamos ni usamos los recursos disponibles en nuestra nueva realidad, más adulta. No nos damos cuenta de que conocemos más cómo funciona todo, que tenemos más amigos y conocidos, que sabemos hacer mejor nuestro trabajo, que miramos un poco más lejos y sabemos también estar un poco más cerca. Creemos que seguimos atados a ciertos problemas que en realidad ya hemos superado o estamos a punto de superar, perdiendo eficacia en el desarrollo que estamos viviendo. No nos damos cuenta de que esta vez no es como la anterior, que no estamos repitiendo errores sino haciendo otra cosa, yendo para otro lado, mirando con otro enfoque, pudiendo más.

La desactualización, o cristalización (uno se fija en algo que ya no es, pierde la fluidez del movimiento de desarrollo en una forma quieta), se alimenta del miedo, como si no pudiéramos realmente prestarle fe a lo hecho, a lo vivido, como si diéramos todo el tiempo una versión empobrecida de nosotros mismos, una que disimula los caminos recorridos, los logros obtenidos, la vida bien vivida, como se pudo, pero evolutivamente.

Tendríamos que actualizar constantemente la descripción de nuestra realidad, y no quedar atados a visiones viejas, que no se corresponden con las cosas. Mi analista me dijo una vez: “te falla el espejo”. O sea: no te estás viendo bien, no te estás viendo como sos, seguís teniendo la versión de vos mismo que tenías muchos años atrás, cuando eras otro. Uno se mira al espejo y se conoce demasiado como para ver quién es. No es fácil

ver las propias realidades más allá de las representaciones que tenemos de nosotros mismos, y éstas suelen provenir de épocas en las que no teníamos el suficiente peso propio como para poder dar una versión adecuada de nosotros mismos. Actualizarse es también, de alguna manera, enfrentar versiones que otros han dado de nosotros, desafiar verdades de compromiso para aceptar verdades de la realidad.

La actualización tiene que ver con mantener vivo el cambio, con no obstaculizarlo al no ser capaz de comprenderlo y con darle espacio en la realidad personal, manteniéndose fiel a la constante transformación que somos, entendiendo que la imagen fija, que toda imagen fija, es nada más que un método de aproximación y no algo a lo que tengamos que tenerle una fe ciega. Muchas veces creemos más ser la representación que tenemos de nosotros que el proceso de cambio constante que somos, errando por completo.

Claro, también la actualización puede relevar un retroceso, no necesariamente es un crecimiento lo que ha quedado sin relevar. Uno puede seguir creyendo que es una persona joven y que su palabra es ley, que tiene sagacidad y sabiduría en su mirada, sin darse cuenta de que la vida agarró a la sociedad y la dio mil vueltas, y que tendría que repensar un poco todo antes de seguir haciéndose el que se las sabe todas.

Y también hay interesantes aplicaciones en el plano de las relaciones. Mi mujer me ha dicho: “no me congeles”, y no es que yo estuviera frío, sino que seguía viendo en ella actitudes que ya no estaban más. Cuesta ver el cambio propio, y cuesta ver el cambio ajeno. También uno cristaliza a sus otros, ignorando sus pasos y sus oscilaciones. Cuesta ver el cambio, por eso tendemos a la cristalización. Nietzsche diría que la cristalización está en las palabras mismas, en los conceptos, que fijan y dan permanencia a cosas que son un pasar mucho más indeterminado. Y tendría razón, claro, aunque ése es un plano un poco más metafísico. (Las palabras, llega a decir, son una forma de religión, implican una creencia en cosas que no existen de por sí, que han sido generadas como instancias descriptivas, auxiliares, pero terminan luego pareciendo realidades concretas por la fuerza de la costumbre.)

Supongamos que uno deja siempre la ropa tirada. Y que un día empieza a acomodarla. El otro sigue quejándose, como si uno no se hubiera esmerado: *¿y vos, que no sos capaz siquiera de juntar tu ropa?* Pero el otro un día puede decir: *¡eh, no me congeles, loca!*

Tal vez, en última instancia, superar la cristalización sea simplemente ser capaces de concebirnos como fenómenos permanentemente cambiantes, lo que es difícil, porque al parecer la autoconciencia se siente más a gusto con descripciones definitivas.



## *La sospecha: un modo de vivir*

La paranoia parece ser un relevamiento de la realidad más inteligente que otras actitudes más plenas y productivas. Nos equivocamos. ¿A qué paranoia me refiero? Podríamos hablar de la sospecha como de una forma de vida. No dar nada por cierto, a cada cosa ponerle un signo de interrogación al lado. Desde el punto de vista de la intelectualidad convencional suele ser visto como una buena manera de hacer una lectura atenta de la realidad, desde un punto de vista más existencial debería leerse como una cierta incapacidad de volcarse en la vida. Porque la sospecha es una rémora. ¿Y qué es una rémora? No sé, pero se me vino la palabra. Me metí en el diccionario y dice: *Cosa que detiene, embarga o suspende*. Las palabras uno las aprende porque sí, solo, de escucharlas usar. De leer. ¿De dónde me habrá salido “rémora”? Pero es lindo...

La sospecha es una rémora total. Es una resistencia al mundo. Tiene que ver con estar mirando más que haciendo, con estar mirando con miedo, tratando de justificar ese miedo como conducta apropiada, realista. Quien vive con sospecha adora confirmar sus elucubraciones cotidianas reseñando hechos diabólicos de distinto orden: si sos una señora con fobias contarás las cosas horribles de la inseguridad ciudadana, si sos un señor con lecturas detallarás las maquinaciones del poder para dejarnos sin nada. La sospecha es una enajenación patológica, una discapacidad.

Este modo de vida en sospecha me hace acordar de un ambage de César Fernández Moreno. Los ambages son frases, como aforismos, que el autor concebía como “vueltas” para decir cosas indirectamente, tal vez con la idea de que hay cosas a las que se accede mejor, o sólo, mediante este subterfugio. El nombre proviene de la expresión: “decir las cosas sin ambages”. Bueno, él quería el ambage. Una de esas frases, que relaciono con la sospecha, es: “Para el que toca con timidez, todo es duro”.

La sospecha toca con timidez al mundo. Lo encuentra peligroso, lleno de instancias ocultas. Siente que no se puede confiar, que hay que estar atento a lo que hay detrás de las cosas. No quieren dejarse engañar. Pero vivir resulta más pleno si se adopta otra actitud. Si se entiende que los peligros existen y que no pueden de ninguna manera

evitarse de una manera absoluta, que la actitud de desconfianza por otra parte los incrementa en vez de eludirlos.

Tal vez podríamos pensar mejor una alternativa a la sospecha con la actitud de la inocencia. En vez de oponer la sospecha a la confianza, cosa que también corresponde y que hemos tratado en la premisa sobre la crítica como falsa inteligencia, podríamos contraponerle la inocencia, es decir, la visión del que se mete en las cosas sin tanta prevención, tal vez porque confía en su mirada, en su juicio, y en todo caso en su capacidad de tratar con los problemas en el inevitable momento en que aparecen.

Inocente es el que cuando se encuentra con algo, un fenómeno, un proyecto, una persona, no necesita buscarle el lado oculto. Trata con lo que ve, con lo que cree que es lo que ve, intenta buscar lo que necesita o quiere, dando por sentado que sus percepciones son una buena guía. Inocente es el que tal vez es engañado con facilidad, aunque tampoco tanta (porque no son tantos los peligros de engaño y porque desarrolla otra inteligencia particular, con otros modos, que tal vez no aparentan ser tan avisados pero cumplen igual o mejor con su función). Inocente es el que por dar densidad al mundo, en vez de creerlo siempre una sombra devaluada de la verdad, logra también una consistencia para su vida que el sospechoso no consigue armar. ¿Cómo, yo me cuido tanto y no logro nada? El sospechoso no tiene tal vez posibilidad de decirse estas palabras sencillas porque las siente pobres o porque en su sencillez dicen demasiado, una verdad que no quiere verse, y sólo busca maneras de probar que no tuvo posibilidades o peor, que no hay posibilidades, que está cerrada completamente la experiencia posible.

Inocente es el que se confiesa a sí mismo su gusto y su querer sin temor de la opinión ajena, porque está más enganchado con la cosa que le interesa que con posibles evaluaciones o versiones que le hagan tomar distancia.

Pero inocente es también el mundo, pese a que un reflejo del comentarista pseudo inteligente sea el de decir frente a cada cosa que sucede: esto no es inocente. ¿Proyecta su culpa por doquier, su estilo siempre premeditado y cortadito, lo hace sin darse cuenta?

No podemos dejar de lado que la inocencia nos remita a la culpa. ¿Será el sospechoso un culpable, no en el sentido en que haya hecho algo malo sino aludiendo a su sensación de deuda, de no poder liberar su ser del peso de una inadecuación? El culpable fundamental, el estado básico de culpa que nos ronda a todos, tiene que ver con no poder dar por buena la propia existencia, el deseo que sale de uno. Lo que se siente malo, la deuda, es ese ser capaz de ser uno, de querer simplemente lo que uno quiere.

De haber crecido bajo una mirada desamorada o desaprobatoria, uno es culpable por existir.

La culpa es el sentimiento de responsabilidad por un daño causado, sentimiento que hace padecer a quien lo experimenta. El problema es que la culpa en nosotros tiene una presencia ya independiente de cualquier daño, al punto de haberse transformado en una actitud básica, en un verdadero imán de daños. Vamos por la vida buscando daños de los que apropiarnos, coartadas para justificar un sentimiento de culpa cuyo origen es estructural. Y profundamente limitante. Nos cierra posibilidades y nos hace padecer. En principio pudo ser un recurso para sentir al otro, pero ahora es ya un puro recorte de vida, y también de la intimidad posible en esa vida.

## *Hay que desprenderse de la mala conciencia*

“Mala conciencia” podría ser un nombre sensacional para una novela (de perversión) pero es una idea de resonancias filosóficas que da vueltas por ahí, y que sirve para describir una visión empobrecedora o a contramano del mundo. Tener mala conciencia es hacer las cosas por la mitad, sin poder afirmarlas, quitándoles sentido, suscribiendo una versión negativa de fondo que achica la existencia entera. El sujeto que la posee es a medias una sombra.

La mala conciencia es la que observa al mundo y sus infinitos fenómenos como si fueran siempre imperfectos, falsos, ilegítimos, mal intencionados, digitados ocultamente por una voluntad negativa. Se le opone a la buena conciencia o a la ya mencionada inocencia, para la cual, por el contrario, la realidad es plena en sí misma, consistente, verdadera y no responde a ninguna intención invisible. El que posee mala conciencia se cree inteligente aunque esa inteligencia no rinda fruto alguno, y suele padecer los efectos de las actitudes que promueve sobre sí mismo, a través de la impotencia, la depresión o la falta de horizonte. El que posee buena conciencia, por el contrario, se enfrenta con un mundo interesante, valioso, donde se presentan innumerables zonas de diversidad y atracción. La mala conciencia produce pasividad, la buena conciencia da ganas y lleva a la acción.

La mala conciencia es fundamentalmente defensiva. Es una coraza protectora contra un mundo que se siente malo, avasallante, imposible. La mala conciencia ve al mundo de una forma impura, distorsionada y logra que el mundo le responda con esas características. Nietzsche usa la palabra “afear” para describir esta acción propia de los espíritus incapaces de grandeza: afean el mundo, es decir, lo describen y sienten con actitud miserable. Proyectan en él una fealdad que no forma parte de la realidad sino de su propia perspectiva afeada. La buena conciencia, por el contrario, es una apertura a las cosas. No ve *lo que no es*, ve *lo que es*, se abre a lo real con una mirada comprensiva. La mala conciencia rechaza, no quiere entender. Aunque pretenda hacer valer sus

versiones empobrecidas como intentos de comprensión, éstas son en realidad la reproducción de su propia miseria. Esas versiones —su estilo de conocimiento— buscan establecer la norma del desencanto, sostenido con datos y apariencia de objetividad, y no ver las cosas como son, con sus posibilidades y sus aperturas. Para poder ver las cosas hay que aceptar. Si frente a cada fenómeno vemos lo que *debería* ser, lo que *queríamos* que fuera, o lo que *hubiera debido* ser, lo que hacemos es quitarle densidad al mundo real. La mala conciencia cree que rechazar es valioso, cuando rechazar es cobarde o imposible.

Es cierto que la variable fundamental entre poseer buena o mala conciencia es de índole íntima y no electiva. La actitud de un sujeto está dada por el estilo afectivo que lo abrió (o cerró) al mundo, y no es el resultado de un acto de pensamiento. Pero también es cierto que el pensamiento es un campo de batalla, que el debate representa actitudes que buscan legitimarse o elaborarse y con suerte dar paso a posiciones de mayor fuerza. La variable fundamental está fuera de la influencia de un razonamiento, si bien la observación del funcionamiento viciado de la mala conciencia puede ayudar a muchas conciencias en lucha a fortalecer lo mejor de sí y zafar de ella. Es un planteo simple, pero permite pensar. Es cierto que los individuos alternamos entre una y otra de estas modalidades de conciencia, aunque algunos se establecen en una de ellas como en su casa habitual.

Yo fui, soy —como todos, probablemente—, una conciencia en lucha. Adiestrado en las artes de la mala conciencia, poco a poco pude abrirme a un estilo más feliz, sano y superador. El amor, el psicoanálisis y los proyectos luchados y realizados fueron los pilares del camino de mi avance. No está bien hablar de sí mismo, me dice mi mala conciencia, obstaculizando mi expresión, dando a entender que me mueve una búsqueda de autorreferencia narcisista. Sin embargo, ¿de qué vamos a hablar si no de lo que nos pasa? Narcisista —le dice mi buena conciencia a mi mala conciencia, acotándola— sería instalarme como objeto central de toda reflexión, como referencia fundamental para aludir a cualquier tema. ¿Acaso hay prosa que pueda salvarse de esto? Al menos puede o debe disimularlo, para no incomodar al lector. No obstante, el lector que se incomoda es el que, llevado por su propia mala conciencia, se vale de esta observación para anular la voz del que se decidió a hablar. Resta el tema de la calidad de la expresión, pero en ese nivel quedamos determinados por cosas inmanejables. Importa en un escrito si hay contacto o no lo hay, y sobre todo si ese contacto sirve a un fin elaborativo, si genera

formas y vida nuevas y logra zafar del entramado crítico y paralizante que pulula en la intelectualidad. La mayor parte de los que se interesan en la intelectualidad llegan a ella a partir de una situación patológica personal. La intelectualidad puede ser aun así la oportunidad para superar esa vida encallada, aunque a veces no lo es, y sólo se alcanza una versión refinada de la patología. El humor descreído y la superioridad calma del egresado de filosofía son un buen ejemplo de situación humana enrarecida, que requeriría de una dosis superior de fuerza para deshacer su nudo y refundarse como apertura al mundo.

## *La salud se mide en proyectos*

Un cuerpo saludable tiene 36.8 de temperatura y algunos proyectos. El proyecto es el lance del querer, la forma en la que uno se lanza hacia el mundo. Según Tom Peters el proyecto es la unidad fundamental en el mundo del trabajo actual. No hay que pensar en empleos, en puestos, en nombramientos, en posiciones, hay que pensar, propone, en proyectos. En su genial libro *El proyecto 50*, ofrece una enorme cantidad de ideas útiles para volverse capaz de desplegar proyectos, y para lograr el atrevimiento que a su juicio es necesario poner en movimiento para llevarlos a buen puerto.

La idea de pensar el propio universo laboral en proyectos, aunque uno sea parte de una estructura y tenga un lugar orgánico en ella, es liberadora, y una de sus principales utilidades es que identifica los dos puntos fundamentales con precisión: lo que va al principio y lo que va al final, el deseo y el logro. Me refiero a las ganas que tienen que estar en el origen de cualquier proyecto para que pueda ser considerado tal, y a los resultados, sin los cuales un proyecto tampoco alcanza su sentido completo.

Para tratar de entender al proyecto como idea útil, y sobre todo para tratar de ponerse en movimiento generando los proyectos propios, que pueden ir desde cosas relativas a la vida doméstica hasta los más reconocidos logros profesionales o culturales, a continuación tres preguntas sobre el tema, respondidas de muchos modos distintos:

### 1. QUÉ ES UN PROYECTO?

- Un trabajo pensado desde antes, bajo la forma de un plan pautado, intencional y progresivo;
- el desarrollo que lleva una idea a desplegarse hasta lograr claridad y la instrumentación del proceso de concretarla;
- un deseo trabajado hasta impactar en la realidad;
- un trabajo en el que uno es dueño y/o socio y tiene la iniciativa;
- una oportunidad de desplegar fuerza, de madurarla, de ponerla en movimiento y hacerla más poderosa;
- una ilusión y una exigencia;
- un presente que lleva a un futuro querido;

- un uso del tiempo a favor nuestro;
- algo donde invertir cuidados y amor, que devuelve la inversión enriqueciendo tu realidad;
- una forma de pasar en limpio las experiencias anteriores y seguir avanzando;
- un camino para madurar, para encontrarse a sí mismo, para lograr lo que uno quiere;
- una pauta para proponerse algo y buscar el camino para lograrlo;
- una oportunidad para trabajar con otros, para meterse en mundos que te interesan, para que la vida sea más plena, para tener más ganas de vivir, para vivir de la forma en que quieras vivir;
- un proceso esmerado que lleva a concretar un deseo, que hace de un sueño un logro.

## 2. CÓMO SE HACE UN PROYECTO?

Hay que identificar un objetivo que sea valioso para uno, que tenga que ver con los intereses más personales.

Estratégicamente debe plantearse de manera tal que respete los deseos propios de la manera más precisa posible pero que también tenga en cuenta la realidad.

El proyecto debe negociar el deseo con la realidad, prestando atención a ambos y estableciendo entre estos factores una buena combinación.

El proyecto debe ser lo suficientemente osado como para despertar y promover el entusiasmo pero no tan imposible que ahogue ese entusiasmo en un camino de obstáculos infinitos o lo neutralice inmediatamente al no poder hacerlo avanzar en la realidad.

Un proyecto debe ser enunciado como un sueño atrevido, como una osadía posible, como un entusiasmo planificado.

Un proyecto se hace estableciendo objetivos, pasos, tiempos, colaboradores y recursos con claridad.

Un proyecto se hace perdiendo esa claridad y reencontrándola bajo una forma nueva. Teniendo la paciencia necesaria para perderse y para no interpretar ese estar perdido como definitivo. Teniendo la persistencia como para continuar actuando en la confusión. Aceptando claridades parciales cuando aparecen. Avanzando en lo posible. Trabajando con confianza.

Un proyecto se hace animándose a entusiasmarse y a proyectar ese entusiasmo en imágenes reales. Colocándose en posición de protagonista, sacudiéndose de encima la pasividad temerosa que parece sensatez y que es alimentada por el sentido común como la posición vital más correcta.

Un proyecto se hace descomponiéndolo en pasos, en tareas realizables, sucesiva o simultáneamente.

Un proyecto requiere que uno se ubique en un proceso temporal, que permite que el deseo y su objetivo se vayan traduciendo en acciones parciales, realizables. Pautando tiempos para ciertas tareas y cumpliéndolas, dando los pasos sucesivos sin quedar trabado en la aspiración de que cada paso sea perfecto.

Un proyecto se hace aceptando ayuda, buscándola con confianza, buscándola donde puede estar, localizando las personas capaces de darla. Evitando esperar que nos ayude quien no está dispuesto a hacerlo, aceptando que tal vez la ayuda está donde uno en principio no la hubiera buscado.

Un proyecto se hace aceptando que uno no es un genio, que sólo hace cosas excepcionales. Un proyecto se hace aceptando que uno no es tan idiota como podría parecer, que puede aspirar a mucho más de lo que ha logrado hasta el momento.

Un proyecto se hace entendiendo que la falta de dinero no es una pared infranqueable, que siempre hay un replanteo posible para avanzar, tal vez aceptando que se necesita más tiempo para llegar a cumplir con ciertos pasos. El principal obstáculo no es la falta de dinero sino la falta de ideas y de capacidad, y por ese camino siempre se puede estar avanzando.

Un proyecto se hace entendiendo que entre el deseo y su realización hay un trabajo, hay un precio que se paga en esfuerzos y esmeros, que no puede ser evitado, y aprendiendo a pagarlo paulatinamente, sin desesperar y sin abandonar.

### 3. CÓMO SE ELIGE UN PROYECTO?

Un proyecto se elige “desde adentro”, es decir, haciendo pie en un deseo personal, en una aspiración íntima. El proyecto está cerca de uno, envuelto todavía en las cosas que nos gustan, aun no formulado pero ya sentido.

Podemos inspirarnos en los proyectos o en las realizaciones de otros. El proyecto nos permite transformar en camino activo lo que solemos disfrutar desde una posición pasiva. Somos clientes, oyentes, lectores, fans, seguidores de otros, y es bueno y agradable serlo. Al hacer un proyecto uno pasa a ocupar el lugar del que hace, no ya del que recibe.

Un proyecto se elige, se forma, se elabora, se arma, dándole tiempo al proceso de

encontrar un objetivo seductor, vibrante, que nos excite y entusiasme. Puede generar también un poco —o mucho— miedo, pero todo lo que vale la pena siempre da miedo (lo que no quiere decir que todo lo que da miedo valga la pena).

## *La insatisfacción es una manera de no estar*

La insatisfacción es un modo de vida. El truco de creer que el mundo tendría que darte lo que en realidad tenés que conseguir vos. Una forma de darle un sentido trabado y triste a todas las cosas, una forma de buscar mérito en la falta de logro.

La insatisfacción es una forma poco sabia de resolver la relación entre las fuerzas y capacidades propias. Un camino para evitar riesgos, o para evitar tener que pagar el precio de la satisfacción. Una manera de instalarse en una posición de abstinencia. Si fueras feliz tendrías que enfrentar el modelo de los que no son felices y no van a tolerar que vos lo seas, porque al serlo probás que lo de ellos es una opción, no una fatalidad. Que otra cosa es posible. Que si ellos no pueden es porque ellos no pueden, no porque el mundo sea injusto. El no poder no tiene otra explicación que el propio no poder.

La insatisfacción es una forma limitada de pasar la vida, un estado de medio ser, una corriente de energía lenta y complicadista, una manera de exprimirle la tristeza al mundo. Una posición para mirar y no para hacer. Una cárcel con las puertas abiertas (como tan bien dijo Andrés Calamaro). Un desperdicio existencial.

La insatisfacción se viste a veces de alta exigencia. Uno es tan exigente que no se conforma con cualquier cosa. La insatisfacción mira y encuentra poco, y cree además que eso está bien, que es prueba de inteligencia.

La insatisfacción se viste de necesaria y dice: de otra forma no se puede avanzar, pero olvida que los deseos mayores, y sus productivas consecuencias, surgen de las previas satisfacciones ya logradas, porque la riqueza es la que genera nuevas riquezas.

La insatisfacción es una manera de identificarse con la dificultad, y de desafiar al mundo a que sea capaz de complacernos, pero al borrar el esencial carácter activo de nuestra existencia renunciamos a toda posibilidad de contento.

Conviene tomar conciencia de esa postura, y en vez de recalcarla como algo sin solución, avanzar en las realidades concretas que podrían renovar el juego.



## *Hay que superar la filosofía de la gravedad*

Hay una visión del mundo muy difundida, en realidad creo que es más bien un rasgo del carácter, del que se desprende una filosofía, a la que podríamos llamar “la filosofía de la gravedad”. ¿En qué consiste? La van a reconocer enseguida:

Todo es muy importante y grave y hay que joderse mucho todo el tiempo. O bien: todo es tremendo y peligroso, la realidad es amenazante y está llena de trampas y falsedades. Hay que tener mucho mucho cuidado con todo siempre. Los que no lo hacen son frívolos y tontos, no se dan cuenta de que están al borde del abismo.

Ésas son las premisas que a veces pasan por ser la encarnación de la verdad y la sensatez pero no lo son. Se trata más bien de una incapacidad de vivir: temor, impotencia, victimización, falta de empuje, ausencia de ganas de vivir, ignorancia respecto del grado de dificultad real que caracteriza a la realidad posible.

La representación “grave” del mundo es un escudo antivida que ciertos individuos (o grupos, o instituciones) adoptan como intento frente a los desafíos inevitables de la existencia. No es el resultado de una posición sabia, es el rechazo de los riesgos naturales de la existencia, la evaluación de todo para el lado de lo peor. Sobrevuela en los entretelones de esta realidad la certeza de que todo va siempre para atrás, de que todo cambio representa un empeoramiento y una nueva decepción.

Desde esa posición es bastante lógico que se desprecie a todo el que puede algo, a todo contento, porque se siente que en la liviandad hay una traición a esa cosa espesa y resentida que domina el ánimo de los graves. Cada persona capaz de vivir, en el despelote cierto que es la realidad, despelote exuberante y vital, es una confrontación para el temeroso asfixiado en su gravedad. Además, se le genera una necesidad de denigrarla, a la persona más vital, porque es el acto con el que construye o reafirma su valor.

El liviano, el que puede querer y confiar, es visto por el grave como un estúpido que niega la complicación, que no puede ver el acecho al que estamos sometidos. El abismo

no es tal, es decir, no es cierto que todo sea tan grave siempre. O bien podríamos decir: es más posible sobrevolar las limitaciones, aceptarlas y transformarlas, vivir, de lo que la gravedad querría.

La dicotomía entre graves y livianos (entre gravedad y liviandad), la usa Nietzsche en muchos de sus textos, para diferenciar una actitud de importancia impostada, una ceremoniosidad erudita y falta de fluidez, de la más valiosa existencia ligera, capaz de elegancia, baile y felicidad. Es una pareja de imágenes o metáforas de gran aplicación, sumamente orientadoras para detectar sentidos fundamentales en las vivencias cotidianas. Permiten desestimar imposturas y apreciar actitudes más auténticas y directas, lo que allana todos los caminos.

Hay personas que sólo contactan entre sí a partir del cultivo de la gravedad, personas a las que uno no puede llamar por teléfono si no tiene algo feo que contar. Pero si lo tiene... ¡qué sentimiento de comunión se genera! Prefiero otros modos, más valiosos, livianos, divertidos y creadores.

Imagino que alguien, leyendo esto, pensará: *sí, pero...* (ésta es también una manifestación de un mal muy extendido, el “peronismo”, decía un amigo, es la tendencia argentina al constante “pero”). *Sí, pero es cierto que la realidad tiene sus cosas difíciles.* ¡Quién lo niega! En la visión del mundo que desarrollo en torno a estas premisas, el primer lugar, central y legítimo, lo ocupa la dificultad, el problema. Pero esa realidad es legítima, es así. La existencia de la dificultad no es una objeción contra la realidad, es su rasgo distintivo. No algo que podría no ser, una cualidad inerradicable.

La filosofía de la gravedad enfoca a la dificultad como algo que no deja vivir, y en su momento más neurótico, como algo a lo que no hay que desatender. En estos vericuetos de la gravedad habita un pensamiento. No *el* pensamiento, en sí, sino un modo, una experiencia del pensamiento. En la liviandad también hay pensamiento, y un pensamiento de mayor valor. Es más bien creativo, artístico, amoroso, que crítico o analítico... Y estos pensamientos saben también que, en determinadas circunstancias...

## *El pensamiento tiene que parar*

El pensamiento es una droga evolutiva que produce elaboración, pero puede resultar muy peligrosa. Si no conoce su límite, si no se sabe instrumento de otra cosa, impide toda experiencia. La impide generando una representación consciente constante que busca explicaciones y sentidos de todo y en todo, y abusa de sus posibilidades intentando dar con las verdades explícitas de la experiencia. Con ese pensamiento uno se vuelve además un justificador, es decir, sólo puede tomar las opciones que pueda representar con facilidad en términos de conciencia para limitar el peso de esa conciencia insoportable.

El sentido de la experiencia debe muchas veces ser protegido del pensamiento por el mero hecho de que está todavía muy crudo como para tocarlo con las manos pesadas de las palabras explícitas, y hacerlo deforma lo que se vive, dándole sentidos que no le corresponden. El buen pensamiento se sabe función de una aventura que lo supera, porque la vida no es ella misma pensamiento, sino carne, sensibilidad, sentido, forma, tiempo, al punto en que en realidad, como vimos en la premisa *Nadie tiene un cuerpo (lo somos)*, los estudiosos del tema explican que no pensamos sólo en palabras.

Si el pensamiento no entiende su límite se excede y produce incapacidades varias en vez de la anhelada inteligencia.

Muchos pensadores o sistemas de pensamiento captan esta verdad, esta necesidad de reconocer límites para la experiencia del pensamiento. Nietzsche lo ubica como función de una experiencia fisiológica: somos un cuerpo que piensa buscando su desarrollo y toda búsqueda pensante es interesada. El Zen se dedica especialmente a lograr consistencia para el mundo tal como se presenta en la experiencia de un presente concreto e inmediato, y coloca al pensamiento como filtro o impureza que muchas veces nos deja afuera de la práctica, de la vivencia tangible. ¿Pero no son pensamientos esos? Precisamente, el pensamiento debe, como una de sus tareas principales, reconocer sus límites, entender qué puede y qué no, saber que hay un ámbito en el que aplicarse y otro en el que replegarse.

Uno de esos ámbitos, en este caso más bien un momento, en los que debe detenerse es el cansancio. ¿Qué? Por suerte me di cuenta hace mucho tiempo y no vuelvo a caer

en la trampa: cuando uno está cansado es mejor no pensar. Me explico: es el final del día, estamos ya sin fuerzas, desgastados, arrasados por horas de movimiento, acción, decisiones, emociones, exigencias, o tal vez —sin tanta acción— gastados por el peso de una situación difícil, y al encontrarnos en la calma del final del día se nos da por plantearnos los problemas que resultan de ese día. Error.

Si falta la fuerza falla el pensamiento. Todo parece difícil, insoluble, pero es porque estamos cansados. Ese estado de debilidad no permite ver las cosas de forma activa, cualquier problema deriva en enrosque, se agrava, se vuelve excesivo. Si dejamos descansar el tema, si damos el paso intencional de cerrar las puertas a esa voz que pretende hallar una solución cuando no estamos capacitados para hacerlo, permitimos que el orden de las fuerzas se restablezca. Lo más común es que a la mañana siguiente el exceso problemático se haya disipado, y el pensamiento, que es nuestro canal elaborativo, consciente e inconsciente, pueda abordar la situación con mucha más efectividad.

## *No se puede vivir enchufado a los medios de comunicación*

La del consumo de medios es una peligrosa adicción contemporánea que pasa desapercibida. La realidad construida en los diarios, las radios y la televisión compite con la realidad construida por el parecer propio, por las ideas, sentimientos y proyectos personales. Por supuesto que no se trata de eliminar el contacto con esa versión social de las cosas, que tiene como función digna y necesaria la de amalgamar y reunir a tantas personas dispersas en un solo bolo social, pero conviene regular su presencia en nuestras vidas para permitirnos también desplegar sentidos personales.

Muchos creen que lo que pasa es lo que se cuenta en los medios. No, no estoy diciendo que los medios oculten o tergiversen (cosa que forma parte de la esencia misma de la comunicación y no deberíamos sentir como una falta a la verdad sino como parte de su reproducción compleja y enrevesada). Lo que quiero señalar es que más allá de esos personajes que los medios proponen como centrales (políticos, actores, mediáticos, deportistas, etc.) hay otro elenco, íntimo, que tiene una densidad existencial mucho mayor y que merece la atención destacada que muchas veces dirigimos erróneamente a esos fantasmas.

Porque los de los medios son fantasmas, depositarios de nuestras proyecciones personales y sociales, pero no existencias plenas, no personas capaces de una comunicación certera y completa. Son fantasmas con los que nos relacionamos como si fueran personas. Sí, son personas en su realidad, en la realidad de sus habitaciones y sus afectos, pero no lo son para nosotros, que sin embargo nos inundamos de referencias constantes a esa apariencia inconsistente.

A mí me pasa: sueño con políticos. Sueño con artistas. Una noche soñé que tocaba con los Beatles, así nomás, sentados en unas sillas, y ellos me pasaban los acordes del tema “Hold me tight”. Soñé que almorzaba con Woody Allen. Gustos que uno se da, dormido. Mi papá se encontró con Freud en el sótano de la Ferretería Francesa. Se ve que es de familia. Creo que las personas públicas son figuras de nuestro inconsciente,

cargadas de un peso afectivo pero puestas en un universo de estampitas compartidas. Los llamados mediáticos son parientes fantasmales de los que nos valemos para proyectar y elaborar cuestiones de la intimidad, traspuestas. El odio a un determinado político es el odio a un padre severo, el amor por un cantante es energía de amor puesta lejos, el deseo por una descocada pública es erotismo tirado a la marchanta. El extremo de vivir enchufado a una realidad representada, realidad irreal y distante, genera un efecto de postergación y descarnamiento que nos hace fantasmas a nosotros mismos.

Discutimos las cosas que se discuten en los medios, nos comunicamos en torno a ellos, ¿y nuestros temas personales, nuestras noticias de adentro, nuestros paisajes de la intimidad? ¿Tienen espacio?

El presupuesto de un alto consumo de medios es la depresión. Sólo alguien deshabitado puede dejar entrar tanto fantasma y tan seguido, sólo alguien abandonado de sí mismo puede necesitar tanto hablar y pensar en esos nadie que nos intrusan. Es mejor odiar o enfrentar a un padre directamente que andar puteando a una supuesta derecha maligna y autoritaria, es mejor querer a una mujer o un hombre que respire cerca y entregarse a un cuerpo real que adorar a una o un cantante socarrón, es mejor siempre que haya alguien real que te devuelva las caricias, o incluso que te las niegue, para que te tengas que buscar a otro.

*Lo de las máscaras es verso:  
uno existe*

Existe una especie de predilección por la idea de la máscara, que sostiene que siempre estamos escondidos detrás de una apariencia, y que de alguna manera carecemos de fondo, o de sustancia. Como si la vida fuera un juego de representaciones y ninguna verdad. Otra forma de presentar esta visión es la idea del teatro del mundo: vivimos actuando algo que no somos plenamente nunca.

Estas visiones se relacionan con la idea de que el lenguaje nos traiciona, que cuando queremos decir algo en realidad estamos tergiversando el sentido profundo y que por lo tanto la comunicación es esencialmente un engaño.

Todas estas perspectivas expresan no tanto una verdad última sobre las cosas, como una mirada respecto de ellas. Es decir, hay personas que sienten que se enmascaran, que están ocultas, detrás de una apariencia salvadora; hay personas que sienten que actúan su vida en vez de serla realmente sin cálculo, porque dan forma a un modo de ser que no es plenamente propio; hay personas que al hablar sienten que no dicen sobre sus emociones o sentimientos o pareceres. Eso existe: son situaciones personales de extrañamiento, podríamos decir, de distancia. De autolejanía.

Winnicott, el psicoanalista inglés al que ya hicimos alusión, lo dice de un modo perfecto: hay modos de llevar la vida en los que uno no se siente “real”. No es que la vida social, la vida humana, nos condene a tal cosa, es que en ciertas posiciones existenciales se da ese efecto, esa sensación de no existir plenamente, de existir a medias.

En la adolescencia se tiene esa sensación todo el tiempo. Sui Generis: la sociedad es hipócrita, te piden que mientas todo el tiempo, la verdad es la soledad, toda adultez es ocultamiento. El adolescente padece estas emociones en su desarrollo y las cree universales. No lo son.

¿Qué es lo que hace que una persona pueda sentirse real o no? Winnicott habla de “vivir creativamente”, es decir, hacerlo de modo que en la relación con la norma social el individuo pueda introducir, hacer jugar, su necesidad. Podemos tratar de encajar con la

norma social como si ésta fuera una ley dura, ineludible, a la que hay que obedecer, o podemos tratar de negociar con ella un modo particular nuestro, dentro del que pueda darse la síntesis entre la adaptación y la necesidad o el deseo estrictamente personal. Eso es lo que hace el saludable adulto normal, con sus lógicos vaivenes.

Sí, claro, hay que trabajar, y tal vez no tengas ganas de hacerlo, pero una cosa es a partir de allí encajar en cualquier lado que te permita tener un sueldo o bien tratar de encontrarle la vuelta a la cosa, logrando desempeñarte en un campo que te resulte significativo. Sí, hay que independizarse, tener un amor (no lo pide la sociedad, lo pide el cuerpo), pero una cosa es casarse con la primera que aparece para adoptar el rol social de persona casada y otra abrir la canilla de las emociones y las excitaciones para llegar a elaborar, en algún momento, tu propia forma de estar con otro. Son muchos los puntos en los que la visión adolescente —que muchos adultos curten— cree que se trata de demandas sociales cuando son en realidad pulsiones personales. En esa edad uno todavía en parte es y en parte no, así que es lógico que se den esas visiones desencontradas.

Uno se siente real, se siente vivo, si pone en juego su forma y en vez de adaptarse rápidamente busca una adaptación válida, que tenga la virtud de resultar satisfactoria no sólo a la pretensión de orden comunitario sino también a la propia forma de ser, al deseo personal.

La máscara es verso quiere decir: no es verdad que estemos condenados a existir según una apariencia que traicione nuestro sentir profundo. Hay alguien adentro nuestro, somos reales, y la autenticidad es posible: podemos expresar lo que sentimos, incluso podemos estar seguros de que algo sentimos cuando eso no resulta tan claro. Si no resulta claro no es porque hay una condición universal de incertidumbre y por lo tanto una necesidad de representar o fingir las emociones, sino porque tenemos una situación personal, que debe ser abordada también personalmente, que nos impide expresar nuestra verdad. Pero verdad, tenemos. Y además, hay un fondo...

## *El fondo de nuestra cotidianidad es el universo, no los medios*

Hay un fondo. Es el universo. No la tapa de los diarios, ni la sociología, ni siquiera la historia. Eso es estar vivo, que el fondo sea la vida, esa cosa incomprensible y extrema. Infinidad de galaxias en expansión acelerada, innumerables estrellas rodeadas de aun más innumerables planetas capaces de albergar vida. Agujeros negros que tragan realidad. Materia oscura que ejerce una atracción gravitatoria sobre el total de los objetos astronómicos desperdigados en el espacio. Un tiempo finito para cada uno de nosotros, una limitada capacidad de vivir una vida gigantesca y misteriosa, incomprensible y disfrutable.

Ése es el fondo desde el que se saca lo más importante del sentido de la experiencia personal. Todos tenemos ese fondo, aun el que cree que hay dios y vida posterior. Aun el que cree que se salva, como cuerpo sabe que se muere, y su idea de una vida posterior no puede nunca ser creída del todo. No puedo dejar de sentir que en la actitud del creyente hay algo de hipocresía, porque finge estar seguro de algo que su cuerpo le dice que no es así. Puede no tenerlo en la conciencia, no saberlo, pero de todas formas el pensamiento no es el rey de la experiencia, es sólo, como vimos, una parte secundaria del hecho de ser un cuerpo.

Saber que el fondo es la vida es tener un marco adecuado para entender los sentidos entre los cuales uno se mueve, en las cosas importantes del existir, esas que se revelan súbitamente en los momentos extremos, cuando una persona se salva de morir, o se le muere alguien querido, o sufre una pérdida importante.

Eso no quiere decir que el dolor sea orientador, sucede que uno se topó con la realidad, más allá de la domesticación mediática y moral. Pero no son los medios, no tenemos que caer en la torpe crítica a los medios (otra vez, la crítica no sirve para entender), somos nosotros los que no queremos enterarnos del todo, o que podemos enterarnos a veces, un rato, para bien (producir sentido) o para mal (angustiar). Y

generalmente, si la cosa funciona, esa angustia también trae, luego, sentido. No hay vida sin angustia ni posibilidad de generar una vida plena sin haberla sentido.

Otra manera de plantearlo sería decir que lo social enmascara al universo. Es decir, que de alguna manera sobrevaluamos experiencias de intercambio comunitario (y es comprensible y hasta correcto hacerlo) pero de esa forma perdemos un poco las coordenadas más esenciales de nuestra vida. Coordenadas esenciales: la vida, la muerte, la presencia en un planetita mínimo en unas dimensiones abismales, la realidad de una vida incognoscible, el ser animales espontáneamente surgidos de no tiene sentido intentar saber dónde para no tiene sentido tratar de entender qué. Coordenadas esenciales: vamos hacia la muerte, te guste o no. Coordenadas esenciales: lo que mirás para arriba, cuando ves el cielo, sucedió hace miles o millones de años, esa luz viene viajando desde hace mucho y llega a vos recién ahora.

Es necesario zafar de las estrechas coordenadas en las que nos ponemos al cegarnos con la tumultuosa vida social de los medios y penetrar en realidades más elementales y determinantes. Es necesario dejar de eludir la idea de la muerte, porque ella es la que da brillo a la realidad. Es necesario superar la idea de que sólo podemos captar este carácter indómito y extraño de las cosas mediante el espejo de la angustia. Podemos mucho más de lo que nos parece posible poder.

## *La familia realiza la mayor aventura psicodélica*

Yo era hippie y pensaba que la familia implicaba una normatividad del afecto. Tal vez lo hacía basándome en las familias que conocía, o por las grandes dificultades de mis padres entre sí y con sus respectivas familias. Yo creía que había que eludir a la familia, porque implicaba cena de navidad con personas que no conocés y con las que resulta difícil sentirse cómodo. Yo creía que la familia era domar al buscador interno, hacerse al molde repetido de una forma vacía. Mi visión parecía sacada de una canción de Sui Generis.

Después, pasó el tiempo, viví muchas cosas, como todo el mundo, me encontré con una chica que me hizo tentar con la aventura, que me mostró otras realidades de la intimidad, me las hizo sentir y yo a ella, nos dimos mucha manija, y terminamos teniendo tres hijos. Y ahora digo, y ahora sé: lo que el hippie que yo era y que soy (y seguiré siendo gustoso de la vida) buscaba por un lado terminó encontrándolo por otro. Y vi que lo más aventurero, psicoactivo y revolucionario (transformador, creativo, profundo) es... ¡tener hijos con alguien que te gusta mucho, que te hace sentir bien, con quien tu piel se siente feliz!

Los hijos no matan el amor de la pareja, ¡le ponen piernitas y lo hacen salir a la calle! En la transformación de la pareja a la multitud familiar se pierden unas cuantas cosas, pero lo que se gana es tan grande y fabuloso que hay que reconocer en el cambio un enorme incremento de vida y de felicidad.

La familia realiza la mayor aventura psicodélica: creás personas con la persona con la que estás ligado con la intensidad sexual. O sea, no sé qué ácido podría llegarle a los talones a esto. Y no lo digo como gran consumidor de ácidos, que no lo he sido (cualquiera de mis dos padres tomó más ácidos que yo —9 mi mamá, muerta de 86 años en 2008—, porque hacían terapia con alucinógenos), sino con la idea de que el sentido de la vida es hacer la experiencia de la vida, y que el combustible básico (ya lo dijimos

mil veces) es el deseo, las ganas, fuentes naturales del amor, de la intimidad y lo real. Porque, además, intimidad y realidad son la misma cosa.

Además, es notable que llame la atención, pero la puerta de la familia no es la ley y el derecho, es el deseo más abundante y total: el sexo. A la familia se entra, y se debe entrar, por el sexo, no por la razón. No hay buenas razones para juntarse, hay atracción, ganas de estar juntos, de tocarse, de sentirse. Sí, el sexo, ese que llega a ser más total que nunca cuando lo vivís con alguien que te gusta especialmente y entonces te capta, te involucra y te transforma por completo. Piel, pero piel que trae un mundo en el que querés vivir.

Sí, no siempre. No necesitamos caer en una retórica inverosímil del amor para hablar bien de la familia, para ver sus cualidades. El amor es un vaivén, tiene oleaje, no es tirarse buena onda todo el tiempo como si fuéramos personajes de una propaganda. Pero esa intensidad tiene una impronta gozosa. Si no, no sirve, claro.

## *Al principio los hijos aprenden de los padres, después al revés*

Cuando son chiquitos, los hijos reciben la realidad a partir de la ayuda de los padres. No podrían captar el sentido de nada sin esa mediación imprescindible. Los adultos introducimos a los chicos en el mundo. Pero después, cuando los chicos crecen, son ellos los que tienen que acercarnos a nosotros a la realidad, si la relación lo permite. ¿A qué realidad? Al mundo nuevo que ellos traen. Aunque todavía no se hayan juntado a deliberar en ningún lado y tengan pocos años, participan por mera existencia en una mutación de la realidad que no debe ser despreciada ni reducida al mundo estable y consagrado de los adultos. Las mutaciones son constantes.

En resumen, es importante darse cuenta de que si bien en el inicio de sus vidas los chicos cumplen un rol mayormente receptivo (aunque también hay que aceptar y valorar que son ellos los que nos hacen padres, y en eso tienen una conducta activa), a medida que van creciendo, de manera paulatina pero cada vez más marcada, son ellos los que nos educan y nos conducen a realidades y experiencias de las que tenemos mucho que aprender.

Los padres educan a los chicos hasta que sus sensibilidades empiezan a expresarse con su riqueza propia y allí es uno el que tiene que situarse en posición receptiva. Y aprovechar esa oportunidad que nos da el mundo al mostrarnos una puerta nueva, una que lleva a un escondido presente, y al futuro. Lo podemos decir de otra manera: los chicos no tienen que mantenerse en la posición pasiva eternamente, y muchas de las cosas que aparecen en ellos y no nos parecen buenas o correctas son solamente cosas distintas, otras visiones y valores y costumbres que no nos corresponde censurar ni reducir. Concebir esa segunda parte de la interacción como un aprendizaje por parte de los padres, o como una interacción de aprendizajes mutuos, genera una situación sensacional de ida y vuelta que supera el planteo tradicional según el cual los padres son siempre los activos formadores y los chicos la plastilina para tomar forma. Muchas veces la relación se anquilosa porque sigue sujeta a un planteo ya vencido: ¿por qué serían los

padres los encargados exclusivos del contacto con el mundo, frente a unos chicos o adolescentes o jóvenes que expresan ya sus propias necesidades, visiones y culturas?

¿De dónde aprenden estos recién llegados tanto como para poder enseñar a quienes hace más tiempo que están, de qué forma captaron un orden nuevo, cómo se hicieron parte de experiencias recientes y distintas, superadoras en la mayor parte de los casos de las que sus padres —maduros y sagaces, con suerte— lograron conquistar? Sucede simplemente por sintonía con la época: los seres nuevos participan de otra forma de estar, son ellos mismos vida nueva, insurgente, poderosa y en ebullición. Encarnan la ola de una realidad colocada en otro nivel de energía. Cada nene es un laboratorio de mundo, un centro de producción de la metamorfosis global.

Es importante pensar el cambio, para hacerle lugar y para comprender cuántos conflictos derivan de la incapacidad de los padres de entender que con los hijos lo que llega es un nuevo mundo, destinado a pasarles por encima, y con el que deben colaborar por amor a sus hijos y a la vida misma. Padres que creen que aun teniendo sus hijos diez años siguen siendo ellos los únicos conectados con la realidad, por más que sobren evidencias de que no es así, son padres que empiezan a quedarse solos, a perder a los hijos que tanto querían, y a desconectarse de la nueva vitalidad que surge espontáneamente en la compartida vida del planeta. La incomprensión respecto del nuevo mundo, ese que traen nuestros hijos, tiene que ver con la crisis de nuestros viejos esquemas de pensamiento.

## *La paternidad es de suprema importancia*

Ahora que soy padre termino de entender de qué se trata ser padre. Padre masculino, no genérico. Es muy importante. Algunos fracasos que conozco se me revelan ahora más graves que nunca, algunas historias tristes muestran su clave, su verdadero origen y sus feas consecuencias. ¿Qué sentían? ¿No estaban conectados con sus hijos? ¿Tan débil o pobremente se sentían ligados a ellos? ¿Qué otra cosa más importante tenían que hacer?

¿Tantos problemas personales tenían, como para no poder querer estar más y mejor con sus hijos? ¿Cómo llegaban a tener una sensibilidad en la que no era primordial estar cerca de esas plantitas humanas que eran sus propios hijos? ¿Cómo pudieron ignorarlos, no quererlos bien, no prestarles la atención que correspondía, por los nenes pero también por la misma conexión que un padre siente hacia esas vidas nuevas?

Muchas de esas opciones de descuido están avaladas por causas históricas. Como si algunos hombres se sintiesen más llamados por la humanidad que por los humanitos concretos que les caminan por encima. Les parecía poco estar en casa: tenían que salvar el mundo. O tal vez sentían que tenían que salvar el mundo porque no podían, no toleraban, contactar con la densidad desarmante del afecto de los chiquitos, y del suyo propio hacia ellos. La otra variable es la indiferencia: hombres a los que no les importa ni la historia ni su descendencia, que prefieren distracciones banales, tal vez porque toda intensidad les resulta demasiado problemática e intolerable.

Lo importante que resulta para un chico tener un papá es algo increíble. Hay cosas que se aprenden sólo de ahí, y ni siquiera son “cosas”, es una perspectiva, una densidad, una entereza, un ingrediente básico de la experiencia de vivir. Un apoyo. Un padre es como un andamio interno, una base de fuerza, una viga maestra del ser, una losa de la personalidad. Un padre es también el factor que corrige y complementa a la madre, el otro pomo del Poxipol de la crianza.

Me encanta ser padre. Me importa mucho. No sabía que me iba a resultar así, no tenía la menor idea. Me doy cuenta de que debe ser lo más importante que voy a hacer en mi

vida. Y no digo que no sea exigente serlo, eh, que no me pase de estar a veces a las puteadas por el despelote del asunto. Aun así. No creo que haya nada más crucial, de lo que pueda hacer a lo largo de mi existencia, que ser un atento formador de esas nuevas vidas. Y no me lleva el deber, me lleva un querer que me atraviesa y se me impone.

Se pasa volando, dicen todos, y entonces no entiendo qué estoy haciendo aquí escribiendo este libro en vez de estar con ellos. Pero también entiendo que si estuviera con ellos todo el día, además de que los querría estampar contra la pared (cosa que se me ocurre en algún momento —pero no realizo— toda vez que pasamos un día en familia), no sería el padre que les serviría como padre. Un padre, o una madre, tienen que ser personas. Además de padres. Si uno deja su vida personal de lado al punto de ser sólo un padre, o sólo una madre, se equivoca, falla. Así que ningún bien le haría yo a nadie, ni a mí mismo, si pretendiera vivir sólo para ellos. Es bueno saberlo, y decírnoslo con frecuencia, para mitigar esa sensación de poco que da lo que uno puede darles a los chicos.

Ése es el problema con los grandes amores, que uno entra en la creencia de que todo es poco, que no se dedica lo suficiente, que está en falta. Pero ése es el lado feo, o pobre, del amor, una auscultación constante de la falla, que ensucia la escena quitándole sentido y brillantez.

## *Tener hijos es la cosa más increíble del mundo*

Ure, amigo al que traté sólo un par de años pero al que llegué a adorar y del que aprendí tantas cosas, me decía, con su estilo garca pero también querendón: *tenés que completar el ciclo biológico, tenés que tener hijos*. Me parecía una exageración, o una boludez, y también algo a tomar en cuenta, pero no entendía del todo. Me decía: *dejá el osito, estás sentado en un banco en una plaza agarrado al osito llorando*. No me acuerdo de más detalles que querría haber retenido, pero lo del osito era tal cual. (Me hace acordar a otro amigo, uno que murió, que cuando llamaba por teléfono decía: *hola, soy el Osito*. En general los apodosos los usan los demás para referirse a uno, no uno mismo, pero además, ¿Osito?, era un poco mamerta la autodenominación, pero muy graciosa.)

Completar el ciclo biológico. Lo otro que me acuerdo es que otro amigo, Leopoldo Kohon, me dijo una vez que tener hijos era una experiencia afectiva. Me sonó como una revelación. Bien mirada es una obviedad total, pero también es una cosa bien dicha, porque ubica al asunto en el punto justo al que pertenece. O sea: a los hijos los querés. Es básicamente eso lo que pasa, te sale un pseudópodo de cuerpo que anda por ahí y te posee el corazón. Para colmo, los tuviste con la persona cuya piel te conecta. Bueno, eso ya lo dijimos.

Ni mi papá ni mi mamá parecían muy interesados en ser abuelos, pero lo fueron con gusto. Lo que sí sé también es que mi papá intervino en la vida de algunos amigos con la misma tendencia de Ure: *tenés que tener un hijo*. Mi mamá decía: *no te lo podés perder*.

Bueno. Yo no sabía. Sí, supongo que algún día los tendré, pensaba. No me voy a morir sin tenerlos, decía, impersonalmente, como si la vida que siguiera fuera la de otro y no la mía. Al final conocí a una chica que me hizo sentir: *¿ah, ves? Con esta chica sí sería lindo tener hijos...* Es positiva, dedicada, avanzadora, amorosa, linda...

Una de las representaciones que yo me hacía más comúnmente de la paternidad eran las parejas que se paseaban en jogging por la calle arrastrando un cochecito con bebé. Me parecía el punto más bajo de la experiencia humana. La familia, la normatividad, el

aburguesamiento, esas boludeces... Como yo era hippie crudo (ahora soy hippie cocido, más refinado), creía que si uno se casaba perdía su vida sexual, y que si tenía hijos perdía lo que le quedaba. Ahora me parece que la aventura más potente y lisérgica, la emoción más profunda y el sentimiento más intenso forman parte de la cotidianidad familiar. Entiendo, por fin, que cuando la cosa funciona se trata de una oportunidad para la mayor felicidad, y que cuando no funciona es posible que la responsabilidad no sea de la forma relacional familiar sino de los problemas puntuales que ciertas familias, y ciertos individuos, no logran abordar y resolver.

La mía no era una posición ideológica, ahora lo sé, sino una neurosis, una normal y simple neurosis de persona que no sabía bien qué era una familia, como no lo saben en realidad todos los que han vivido vidas familiares no demasiado logradas. Es verdad que no se trata de un problema muy original, sino tal vez de lo contrario: del problema más habitual y conocido. En muchos casos estas simples incapacidades aparecen luego revestidas de argumentaciones pseudo ideológicas, como si fueran posiciones personales respecto de cuestiones bien examinadas, siendo en realidad vulgares temores, límites personales transfigurados en planteos sociales o culturales. Esto sucede por otra parte en una inmensa pluralidad de temas, no sólo en relación a la vida familiar. Es muy frecuente que un síntoma personal aparezca transpuesto en una crítica social, o en una versión desesperanzada respecto del rumbo de la civilización. Casi podríamos decir que la mayor parte del aparentemente sesudo pensamiento crítico respecto del sistema tiene este modesto origen: alguien no sabe o no puede hacerle frente a las condiciones normales de la vida en comunidad, condiciones que —por supuesto, y no está de más decirlo— son siempre exigentes y desafiantes, en nuestro país y en cualquier lugar del mundo, en este presente de grandes transformaciones como en los supuestos pasados más quietos.

Suele también decirse que por los hijos uno daría su vida, y sin poner en cuestión la verdad enunciada en esa conocida afirmación, me parece sin embargo que ella expresa una perspectiva falseada. Una vez más, en esta idea, la prueba de la profundidad o la calidad de los sentimientos es la capacidad de sentir dolor. La proyección de un drama posible, la fantasía respecto de hechos trágicos, es un pobre recurso para conectarnos con emociones que, en estados más saludables, deberían generar escenarios menos melodramáticos. Si uno sufre mucho porque una mujer no está (el ausente puede también ser un hombre), el sufrimiento no es prueba del gran amor que por esa persona se siente: es mero testimonio de una inundación de dolor que uno padece y que puede

tener muchos otros orígenes. El amor que vale es el que nos hace sentir bien, el que podemos vivir como una forma de expansión y desarrollo de nuestra sensualidad y de nuestra emocionalidad, y no el que se comporta esquivamente, enterrándonos en desconciertos y angustias cada vez mayores. Tomar al sufrimiento como escenario esclarecedor o como medida para captar las magnitudes del afecto es en realidad una vía para promover la formación de intimidades trágicas, y una condena para toda vida familiar que busque ser un ámbito de calidez, diversión y crecimiento. Lo que resulta realmente increíble es ver el despliegue del ser de los hijos, cada día que pasa aparece más la persona: ese que antes no existía, que era sólo una borrosa imagen en el deseo de los padres, ahora es un animalito bebé que llora, pide, mama, mira, ríe, duerme. El que antes era apenas un paquetito con gesto de enojado artista europeo de vanguardia cumple cuatro años y muestra una personalidad que es ya expresión de un mundo propio. El que no era nadie hace unos meses se lanzó a hablar con actitudes de adulto. El que era un cosito mínimo ahora hace taekwondo y muestra un carácter fuerte, apabullante, y si te descuidás te deja seco de una piña en el brazo. Es como el proceso de revelado de una foto: donde no había imagen empiezan a verse formas cada vez más nítidas. En este caso lo que se revela es la vida concreta y real, precisa, vida que siempre aparece en la forma de un ser que respira y siente y quiere. La vida familiar es el entorno para los desarrollos más poderosos, para la aparición de lo nuevo, para la plasmación y el despliegue del deseo. ¿Forma burguesa y restrictiva de la experiencia afectiva? No me hagan reír...

## *Dos textos sobre la muerte de mi mamá*

¿Por qué poner acá estas columnas que escribí en mi blog sobre la muerte de mi mamá? En un libro sobre perspectivas y sentidos personales, caben estos textos que exploran momentos raros, vividos con dificultad, porque son casos en los que el dolor se mezcla con el desarrollo, y porque cosas pensadas de una forma se muestran luego de otra manera en la experiencia de vivirlas. Fue una experiencia extraña, dolorosa y transformadora, completamente distinta de como creí que iba a ser. Ese dolor me agregó vida, me dotó de una densidad mayor; entiendo más, vivo más, ahora, después de su muerte, que antes. Es loco y hasta feo decirlo, pero es la verdad.

El primero lo escribí en enero, cuando se enfermó y creí que se moría. El segundo, el día después de su muerte, ocho meses más tarde. No tengan miedo, no son textos desconsolados, son fuertes (o al menos lo son para mí), pero no los van a hacer sentir mal. (Y si así fuera, ¿qué? ¿Por qué me pongo tan blandengue? Pero no es eso, es que no me gustan los golpes bajos...)

Por otra parte, quiero confesarles que me siento un poco culpable por poner estos textos acá. Por dos motivos: no fueron escritos para el libro y uno cree que un libro tiene que ser todo material original, producido expresamente. Aunque estas columnas fueron escritas para mi blog, y lo más probable es que ustedes, que leen este libro, no las hayan leído allí.

La segunda razón es que me parece algo demasiado personal. Y la convención pide que cuando uno escribe un libro debe hacerse un poco el boludo, digamos, el que no es... ¡Me alegra haberme dado cuenta! Sí, es cierto que uno adopta un tono, al escribir, el tono con el cual se relaciona con el lector, pero dependiendo de las circunstancias y las personalidades involucradas, el escritor puede ser él mismo y listo. ¿Voy a ponerme impersonal, después de haber argumentado para que no dejemos que la despersonalización nos coma al mundo? De ninguna manera. La despersonalización es el cáncer que mata toda vida. Además, esto es libro verdad, como ya vimos...

## UNO: APUNTES DESDE TERAPIA INTENSIVA

Una especie de purgatorio. Un espacio pulcro, en el que las personas están en veremos, al borde de la nada, exhaustas, débiles, asistidas y controladas en todas sus funciones más elementales.

Una de ellas es la propia, la persona querida, aquella por la cual uno se interna en ese mundo que es casi ya una ausencia de mundo, donde los que están es casi como si no estuvieran. (Y sin embargo uno mira por la ventana y ve árboles y personas, inocentes, no enteradas, que hacen su vida como si todo fuera para siempre.)

La persona querida está pero no está, está en lucha o abandono, enchufada en un aparato que respira por ella, que la hace respirar, en el que se delega algo que ella supo hacer siempre, la base de su vida, la toma de aire, el ingreso del alimento constante, el intercambio sostenido con la atmósfera.

La persona querida está tal vez por irse, y uno se asoma a su cuerpo tirado en una cama articulada, que se mueve porque ella no puede, atada por cables y sondas, por su propia ausencia de animación.

Es su cuerpo, pero está invadido por un monstruo, por unas células que enloquecieron y decidieron un plan propio, insensatas que no saben que así también ellas van a terminar mal, porque están matando el cuerpo del que ellas viven, locas que pretenden todo y trabajan decididas para lograr la nada. Van por un lado, por otro, son foquistas, quieren una revolución completa, lograrán que nada viva, que todo vuelva a nivel de átomo, de sustancias químicas recombinables.

Es una tragedia atenuada, es la tragedia de la vida, la inevitable, la de todos, porque el cuerpo que está por irse tiene ya ochenta y cuatro años. Si el o la postrada fuera joven (ni hablar de si fueran niños), terapia intensiva no sería un purgatorio sino la peor de las pesadillas. Pero esta vez es una pesadilla menor, porque ya se vivió, ya se hizo (lo que se pudo, como siempre), ya se sintió, se buscó, se encontró, se dio vida, se cuidó, se miró todo lo que pudo verse.

Los aparatos hacen ruidos, intervienen en el silencio que queda abierto en la inmovilidad de la persona. Se oye una respiración, medio persona medio máquina, y hay bips y vibraciones tecnológicas. Hay una boca abierta, como tirada, hay pelo sobre la

almohada, tubos, sondas, líquidos que gotean para adentro y líquidos que gotean para afuera.

Si uno creció e hizo su vida, descubre que sobrevive perfectamente. Triste, sí; angustiado, a veces; pero instalado en una cotidianidad consolidada, fuerte, llena de afectos y de potencias, cargada de deseos, de felices contratiempos, de proyectos y de posibilidades. Uno no puede menos que sentirse traidor: ella tirada, yéndose, y uno con hambre o inquietudes, con amigos y con vidas nuevas. Pero, ¿qué sería no traicionar, irse también con el otro, abrirle todo el terreno a la muerte, dejarla hacer, extenderla, entregarle todo? Es una traición necesaria, o no es una traición, es precisamente la dificultad que hace arduo al momento, que impide que las cosas sean abordables con sencillez o con lógica.

Son momentos complejos, festival de emociones y pensamientos, de recuerdos y de consideraciones, de diálogos interrumpidos y de límites insoportables que tienen de todas maneras que ser soportados, porque no queda otra y porque es así.

Pongo mi mano sobre su mano y ella no la abre para recibirme. Cuando estuvo despierta me dijo andá, andá. Me duele más. ¿Si estoy te duele más? Sí. Me voy y vuelvo. Hablamos, como si nada, o sabiendo, como si todo. La quiero, pero la quise mucho más, cuando yo era apenas y ella era todo. Ahora yo soy tanto y ella tan poco; vidas cruzadas, una que viene y pasa y otra que se queda haciendo, una que te trae y te pone, que te habilita y te deja, otra que continúa y sigue, no para siempre, para después dejar paso.

Es increíble todo lo que se aprende, todo lo que se ve, todo lo que se enciende cuando tanto se apaga. Era querida, criticada, cuidada, buscada, soportada, estimulada, sostenida, combatida y aceptada. ¿Qué se lleva? Mucho, pero tiene que irse. ¿A dónde? A ningún lado. No es un ir, es un terminar. Las vidas se cierran, no se van. El que se queda siente que se fue, porque no ve más al que estaba, pero el que estaba ya no está, en ninguna parte.

La tristeza no es la palabra final, ni tampoco la trascendencia impostada. Está todo muy mezclado, es trivial y gigantesco. Es amor, es alivio, es nuevo mundo, es como tiene que ser todo. Es una despedida imposible, al menos para mí, que no toleraría decir chau sabiendo que el otro termina. Sí, viven en nosotros, aunque de ellos no quede nada. Es uno que se acuerda y que los quiere, que los lleva y que los trae, aunque cada vez vayan

apagándose más, y por suerte, porque es nueva vida la que surge en las ganas de los que quedan y miran para otro lado.

Sí, me doy cuenta de que puede quitársele a la muerte una capa de tragedia que no es suya sino nuestra, que aparece cuando otras cosas no fueron bien vividas o no están pudiendo serlo. No es frivolidad ser capaz de no perderse, es haber logrado consistencia. No puede no haber dolor, pero no tiene por qué inundarlo todo. El amor transita más estos caminos de aceptación compleja y exigente que los de un desconsuelo abismado.

Podría hacer un final grandilocuente, el tema lo sugiere. Es mejor terminar sobrios, eludir los efectos, quedarnos con lo nuestro. Vamos viendo.

## AYER MURIÓ MI MAMÁ

Ayer murió mi mamá. María Isabel Mármora. Tenía ochenta y cuatro años. Estaba enferma, de cáncer, de un cáncer veloz y fatal, propio de gente joven, y en enero estuvo internada y por morirse, pero fue mejorando hasta pasar ocho meses en su casa. Meses en los que pudimos vivir buenos momentos, en los que la ayudé cuanto pude y la vi ir decayendo de a poco.

Uno de esos buenos momentos fue el domingo a la noche, que estaba perfectamente consciente de su situación y decía que estaba durmiendo mucho y le encantaba y quería dormir más. Estaba de buen humor, tranquila, jodíamos y conversábamos, disfrutándolo. Ayudados por una médica psicóloga del equipo de cuidados paliativos del Cemic, que fue una pieza clave en los últimos meses (sin ella las cosas no hubieran salido tan bien), pudimos hablar con libertad de muchas cosas, de cosas vividas a lo largo de los años y básicas en nuestra relación. Soy hijo único y mis padres están separados casi desde siempre —aunque se mantuvieron cercanos, tal vez más de lo aconsejable—, así que esa relación de dos fue mi núcleo familiar esencial cuando yo era chico.

Era una mujer fina, elegante por naturaleza, inteligente y culta, bastante depresiva aunque capaz de alegrías y calideces de todo tipo, muy conectada con la belleza, gran lectora, preocupada por los demás, independiente al punto de la soledad, hinchapelotas como toda madre pero más respetuosa de lo normal del estilo y elecciones de su hijo. Cuando chico en mi casa se recibía la revista *Pelo* porque la compraba ella, que escuchaba a los Beatles desde antes de que yo aprendiera a poner un disco, para mí.

Durante décadas pensé que la vida me tenía reservada la muerte de mis padres y que iba a ser un momento insoportable. Desde hace meses me fui dando cuenta de que no era así, para nada. Ya no soy el chico que los sentía el centro del mundo, ahora tengo una esposa a la que adoro y tres hijos que son mucho más importantes para mí que mis padres, hijos que me traen una vitalidad increíble y me instalan en un presente pleno y cargado de fuerza y movimiento.

Estuve triste, sí, y seguro que voy a estar triste otra vez, pero estuve triste en enero, en febrero. Fui elaborando la cosa a lo largo de los meses. Estuve triste el lunes, cuando ya no respondía, y estaba perdida, con los ojos y la boca abierta, respirando con largas pausas. No podía verla así, estaba un poco con ella y me retiraba a la otra habitación. Pero ahora estoy bien, aliviado, contento de haber tenido una madre de la que puedo estar orgulloso. No me gustó ver su cuerpo muerto, pero no lo miré mucho. Ayer estuvimos con sus amigos y familiares sólo dos horas en una cochería con el cajón cerrado. Hoy la dejamos en Chacarita para la cremación. Todavía no sé qué voy a hacer con las cenizas, pero no siento nada por esos restos, no me inspiran sentimientos ni respeto ni nada.

Sé que la voy a extrañar. Hubiera querido tenerla más tiempo, sobre todo porque desde que se hizo abuela de mis hijos supe dónde meterla, porque antes era una señora grande con la que no sabía muy bien qué hacer. Viene la tarea de ver qué hago con sus cosas, momento que también imaginaba durísimo y hoy no me lo parece tanto. Lo que más quiero de ella son unos dibujos en pastel, abstractos, en colores, hermosos. No hizo muchos y los hizo hace mucho tiempo, pero son muy buenos y me encantan.

Me sorprende que todo esto pueda vivirse bien, cuando yo creía que el único modo era el desgarramiento y un dolor insoportable. Me alegra. Incluso me hace más asimilable la idea de mi propia muerte (para la que falta muchísimo). Quería contarles.

## *Hay que poner algo antes de la muerte*

En definitiva, y para ir cerrando, creo que la muerte se vuelve asimilable (no digo tolerable o querida) si uno pone algo entre ella y uno. Si uno pone vida antes de ella, algo cuya magnitud —para el universo emocional personal— pueda hacerle contrapeso. Si es mucho lo vivido, la sensación será, quiero creer, que llega con sentido, como conclusión. No puede concluir lo que no fue. El peor terror de muerte parece ligado a no haber usado la vida, a la emoción de aniquilamiento que le sobreviene al que se ha preservado demasiado, tal vez por haber optado por un enfoque racional y utilitario (mejor no tener hijos, te vuelven loco; o: mejor vivir solo, las minas te rompen las pelotas; o: para qué te vas a calentar, si es todo una mierda) o simplemente por miedo o incapacidad, al punto de quedarse en la orilla. Sí, soy partidario del enchastre, o mejor dicho, creo que no es posible salvarse demasiado de él. Uno puede, con suerte y capacidad, estructurarse en pos de la mayor plenitud posible, pero no salvarse. Casi diríamos que la mejor estructura es la que instrumenta un enchastre decidido y constante, dentro de ciertos cuidados que garanticen el aprovechamiento del mencionado enchastre.

Poner algo frente a la muerte, afectos fuertes, intensidades vividas y ya salvadas, como si uno pudiera sacar un trozo de vida fuera de su alcance, aprovechar algo antes de que ella nos saque todo. Es el clásico principio de quién me quita lo bailado o de es inmoral... por haber amado tanto. ¿Cómo es? Se la escuché a Andrés. (Sí, la busqué, es un tango compuesto con Mariano Mores —música— y letra del propio Andrés Calamaro, y la frase mencionada dice así: *Es inmoral, sentirse mal / por haber querido tanto. / Debería estar prohibido / haber vivido y no haber amado.* Lindísimamente dicho.)

La otra idea, en relación con la muerte, es la de que cuando llega uno está cansado, y puede hasta recibirla con alivio. Mi amigo Juan Zorraquín, que es de las personas más inteligentes que conocí, y es médico, dice que aun los más viejos se resisten, que lo del cansancio es verso. ¿Habría que creerle? Por el momento eso es lo que prefiero creer,

que el cuerpo mismo ya se va quedando sin fuerzas para desear seguir. De muy mayor, me imagino fumando porros en la plaza, al sol, ¿podré? No tengo idea, recién cumplí mis primeros cincuenta (un pibe, propiamente hablando) y creo que cada edad tiene su modo, que cada edad plantea una forma de vida.

Otro amigo me pidió que dijera unas palabras, oficiando de filósofo, el día de su cuadragésimo cumpleaños, y yo escribí, y leí, esto...

## *Qué es cumplir 40 años*

Una bendición. Atea. Cumplir 40 años es una bendición de la vida. Si pensamos por un momento en el animal que somos, en el mamífero complejo, si pensamos en un cuerpo de 40 años, nos vemos como animales ya vividos, curtidos. Un animal que logró mantenerse vivo bastante tiempo, ya no un accidente de la vida. Pasar la línea de los 40 es dejar de ser un accidente de la vida y comenzar a ser ya un logro.

Cumplir 40 años es, para un varón, llegar a ser un hombre. Antes, en la liviandad y la inconsciencia, en ese largo período de padecimientos e incertidumbres dudosamente glorificado como juventud, uno cree que puede ganar, que puede hacerle trampa a la muerte, desarrollar una diferencia que lo ponga fuera de su alcance. Después de los 40 adquirimos consistencia plena: sabemos que la cosa un día termina, pero también — paradójicamente— sentimos que somos más fuertes, más densos, más concretos, más interesantes.

Cumplir 40 es empezar a tener que elegir más que antes, no poder coquetear con todo como si un día uno pudiera levantarse y transformarse en princesa. O en príncipe. Se acabó la aventura de la ilusión, la aventura zozca ligada al infinito. Empieza la aventura más valiosa, definitiva, el *cuarentlón*, donde uno tiene que mostrar quién es y dejarse de joder. Elegir a quién quiere y para qué. Elegir a qué va a dedicar sus talentos. Elegir qué cosas vas a intentar hacer y cuáles vas a tolerar dejar en el camino.

(Elegir o aceptar, porque en realidad esas supuestas elecciones están determinadas por fenómenos de la sensibilidad individual que no se arman en el vacío: uno quiere lo que quiere, le pasa lo que le pasa, y a los 40 comienza a aceptarlo todo, y a ser protagonista de su forma en vez de creer que puede inventarla.)

Se acabó la gracia inocente del juego descomprometido. Ahora todo es de verdad, pero también uno ha aumentado tanto su fuerza, su poder personal, que descubre que en lo que creía una renuncia aparece en realidad un mundo nuevo, genial, con más relieve y más interés.

Cumplir 40 años es empezar la segunda parte de la vida, dejar los últimos resabios de

fantasma y empezar a ser un mamífero masculino, viril, deseable, hecho, listo para las batallas más importantes del desarrollo personal.

Cumplir 40 es terminar la maratón, empezar la ceremonia del té.

Cumplir 40 es pasar del otro lado del espejo y volverse definitivamente el cuerpo que nos venía acompañando desde que nacimos.

Cumplir 40 es declarar abierto el período de las aventuras definitivas. Cumplir 40 es sensacional.

Hasta ahí lo que leí aquella noche en la que el homenajeadó quiso celebrar su lograda cuarta década copando el New York City de su más temprana juventud, en la avenida Álvarez Thomas. El haber escrito esta definición de los 40 me hizo plantearme la necesidad de comprender qué son entonces los 50.

A los 50 los veo como el momento de aceptar que algunas cosas ya no voy a poder hacer, y siento esa certeza como una liberación. Tal vez pueda deshacerme de algunos libros que no sé muy bien por qué guardo, de algunos planes, dejar espacio y tiempo libre para las cosas que sí puedo asumir, con más dedicación y tranquilidad. Creo que la visión que expuse de la familia tiene que ver con esto, con el tiempo transcurrido y con la posibilidad de hacer ciertas elecciones.

Y las elecciones tienen que ver con entender que...

*Dudar es bueno,  
pero dejar de dudar es mejor*

Según la tradición la duda se lleva todo el prestigio. Dudar es abrir las cosas, sopesarlas, no precipitarse hacia ellas. Bueno, está bien. Es cierto que cierta evaluación vale, es necesaria, produce orientación. Pero después te decidís. Y optás por algo. O hasta puede pasarte que seas impulsivo, digamos, que tiendas hacia algo y te lances. El constante examinar y reexaminar las cosas no es una tendencia a la sabiduría, es una dificultad para jugarse por algo.

Una de las cosas desesperantes del ambiente formal de la filosofía —o académico, ya no sé cómo decirlo, me refiero a cuando hice la carrera y la idiosincrasia que conocí— es la costumbre de sopesarlo todo hasta una dimensión donde el sentido se diluye. Hablás de nada, en un juego sutil, un go de ideas —no sé cómo será el go, pero tiene muchas fichitas chiquitas—, ideas que tienen a veces chispazos de interés pero circulan en una desidia emotiva. *No, no, no, un momentito. No estoy tan seguro de que puedas afirmar tal cosa. Habría que examinar si la concepción de la duda que estás exponiendo, un poco cartesiana, es realmente una variante de la racionalidad estrecha de la pre modernidad o si...* Abran la ventana, por favor.

Y ahí llegaron Bataille, Nietzsche. Freud. Respirá, sos un cuerpo, querés cosas, está bien, tu fuerza merece una realidad. El fenómeno humano es complejo, interesantísimo, entenderlo es entenderte y dejar fluir tu ser. Uf. Hice el camino con el que el pensamiento te permite lograr salvarte del pensamiento. Se pare así un pensamiento útil, se instala bien, pensás para vivir. Vivir es trabajar, mantenerte, disfrutar, desarrollarte, logarte, encontrarte. Estar con otros. Lograr unos otros que te sirvan, que te vengan bien, que puedas querer y te quieran y aprovechen de la mejor manera que quepa.

Cuántas cosas quiere uno. Cuántas cosas puede uno. Si fuéramos seres sin tiempo tal vez cabría darle más espacio a la duda, pero en estas condiciones... Pero ni siquiera es por eso: salta el deseo de hacer algo, de superar la duda. Unas ganas de decidirse, de tomar forma, de existir.

Todo bien con la duda, pero tenemos que introducir también una valoración de la certeza, de la decisión, de la libertad usada, no de la libertad siempre pensada como posibilidad sin ejercer. Tener certezas es lindo, es útil, corresponde. Total, si es necesario, uno las modifica.

Ahora entiendo: la duda bien llevada se expresa en posiciones asumidas, experimentadas y decantadas por la experiencia que esas posiciones generan. La duda conceptualmente tramitada, infinita, es desarrollo sin salida, sin carne, vértigo de nada. O sea que este libro fue eso, ahora lo entiendo más. El pensar de uno que estudió filosofía pero al que la filosofía se le salió, por decirlo así, desenchufándose del sistema de referencias pero enganchándose con la realidad. Nada grave, se lleva bien (y se acerca más a la psicología, donde las cosas humanas se piensan mejor y se comprenden más claramente. Es lindo pensar que la filosofía puede ser suplantada con éxito por la suma de la ciencia y la psicología, conocimiento de la realidad más comprensión de las complejidades afectivas humanas).

*Las opciones son:  
comodidad o excitación*

Elegí esta premisa como final del libro porque me parece que plantea el nervio de todos estos desarrollos de ideas en el plano donde lo más relevante es generarnos orientación. Dado el desorden, cuando se produce, ¿cómo identificar qué fuerzas y caminos son los que representan nuestra mejor opción, cómo leer o registrar nuestro propio deseo cuando se vuelve difícil (en momentos de conflicto, donde la duda es positiva)...? ¿Cómo decidir, cuando hay que hacerlo, con qué actitud saltar y jugarse, qué destinos aceptar o preferir, cómo vivir para vivir bien? Algo me enciende. Algo te da ganas. Algo te hace crecer la intensidad. Excitación. Es la otra única palabra útil para decir entusiasmo.

La comodidad es linda, eh. No caigamos en hacer una figura crítica fácil, como si hubiera que estar siempre en la tensión de concretar los sueños sin parar, la idea de mejorar siempre y a cualquier precio, idea linda para declamar pero poco verosímil y tan poco conducente... Lo lindo que es disfrutar de una situación, sobre todo si para conseguirla tuviste que crecer mucho. Claro, uno quiere una buena comodidad excitante, y en parte se consigue, pero digamos que cuando hablamos de excitación aparece también un desequilibrio, un factor de movimiento que si falta nos perdemos.

No sé adónde va ahora este texto. Ah, pero es que no va ya a ningún lado. Era por eso...

Bueno, llegamos. Si estuviera en clase diría, como hago muchas veces, jodiendo: ¿Van a llevar algo más? ¿Se los envuelvo?

Nos vemos pronto.

## AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a algunas personas que de distintas maneras me ayudaron a escribir este libro, incluso a algunas que no deben tener idea de que lo hicieron: Julián Rodríguez Orihuela, Rudi Borman, Alejandro Grégori, Maxi Galin, Marcos Koremblit (el psicoterapeuta que me curó, les paso el teléfono cuando quieran), Mare Carranza, Alejandro Reig, Sergio Dahbar, Rodrigo Ramanuja del Pino, Matteo Goretti, Silvia Lanzieri, Julio Ianantuoni, Mercedes Llobet, Juan Zorraquín, Andrés Fogwill, Marcos Peña, Oscar Molinero, Juan Acosta, Luis Alberto Spinetta, Raúl Fernández, Carlos Pagni, Julián Gallo, León Rozitchner, Haydeé Prandi, Leopoldo Kohon, Graciela Scolamieri, Bernardo Stamateas, Florencia Braga Menéndez, Clara Lía Cristal, Eduardo Stupia, Danidan, Cuca Polac, Alicia Cafferata, Dolores Barreiro, Matías Camisani, Taos Turner. Mención aparte merecen mis hijos, Andrés, Bruno y Félix Rozitchner, y mi mujer, Ximena Ianantuoni, esencial en tantas cosas de mi vida.

Rozitchner, Alejandro

Ganas de vivir. - 1a ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2011.

(Autoayuda)

EBook.

ISBN 978-950-07-3562-9

1. Autoayuda. 2. Superación Personal. I. Título

CDD 158.1

Edición en formato digital: noviembre de 2011

© 2011, Random House Mondadori S.A.

Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-3562-9

Conversión a formato digital: Newcomlab S.L.

[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)



Consulte nuestro catálogo en: [www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Argentina:

Humberto Primo 555, BUENOS AIRES

Teléfono: 5235-4400

E-mail: [info@rhm.com.ar](mailto:info@rhm.com.ar)

[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)



Electa

Grijalbo

Lumen



Montena



*Editorial Sudamericana*

# Índice

Prólogo	7
Introducción	8
La observación de la vida real es la materia privilegiada del pensamiento	10
Un libro te puede cambiar la vida	12
Vivir es avanzar o El sentido de la vida es el crecimiento	14
Dos planes vitales básicos: sobrevivir o crecer	17
Nadie tiene un cuerpo (lo somos)	19
No es imprescindible hacer terapia (pero ¡cómo ayuda!)	21
El egoísmo es una noción mal construida	25
No es cierto que quien más sabe, más sufre	28
No hace falta estar preocupado todo el tiempo	31
Aprender a vivir es aprender a soportar lo indefinido	35
Lo problemático es parte de lo real, y no algo que no debería existir	37
El despelote de nuestras sociedades no es un defecto	39
De las confusiones se sale diciendo qué se quiere	41
La diferencia debe ser expresada, más que respetada	43
Identidad es deseo	46
Entusiasmo es felicidad cotidiana	48
El entusiasmo es una manera de vivir	50
Uno habla mal de los demás cuando todavía no logró hablar bien de sí mismo	52
La cultura es el entusiasmo por la vida	54
Un cambio trae muchos otros, “EL” cambio no existe	57
El tema de la creatividad no pasa por plantear “hacer bien”, sino “qué” hacer...	60
El miedo personal nos limita más que las limitaciones sociales	65
El que “la tiene domada” no resulta interesante	67

Por deber, nada. Por querer, todo	69
El desorden no es nuestro enemigo, es nuestro aliado	72
La crítica es una falsa inteligencia	74
Una posición trágica nos paraliza. Una posición entusiasta nos hace activos	77
No es fácil soportar que las cosas salgan bien	79
Desde afuera los otros parecen perfectos, pero todo adentro es conflictivo	81
El sentido es el rédito de los valientes (hay que ganárselo)	83
La determinación no elimina la libertad, la realiza (la inicia o permite)	87
Para poder ver hay que sentirse menos visto	89
Madurar no es ponerse serio o volverse aburrido	92
El hedonismo es una opción imposible	95
Intimidad y realidad son la misma cosa	98
Lo espontáneo parece poco valioso, pero es exactamente lo contrario	100
¿Qué te autoriza a hacer algo? El deseo de hacerlo	102
Con el desarrollo personal los defectos (o síntomas) devienen virtudes (o recursos)	105
La vida es una aventura	107
Todo no se puede	110
La belleza está viva	113
El arte está en todas partes	115
La música alinea los planetas internos	117
Trabajar es sensacional	119
No toda exigencia es imposición	122
La posibilidad reina	124
Devoción no, intercambio sí: la admiración es una invitación a hacer	126

La evolución de la amistad es juntarse para hacer algo	129
Querer no es sólo desear el bien	132
El romanticismo no desaparece, se transforma	137
Algo a evitar: despersonalización	140
Algo a lograr: desneurotización	143
Los libros están al servicio nuestro, no nosotros al suyo	148
El mundo actual no está lleno de amenazas	151
El miedo construye lo que teme	154
Vivimos un avance moral y un avance en las costumbres	156
Si algo no se entiende, hay que pensarlo por escrito	161
Algo que uno no terminó no fue necesariamente un fracaso	163
Armamos crisis cuando prolongamos las cosas más allá de sí mismas	165
Es mejor pensar para qué sirve algo que para qué no sirve	167
Usar y ser usado: lo mejor que te puede pasar	169
Hay que buscar intencionalmente la actualización personal	171
La sospecha: un modo de vivir	174
Hay que desprenderse de la mala conciencia	177
La salud se mide en proyectos	180
La insatisfacción es una manera de no estar	184
Hay que superar la filosofía de la gravedad	186
El pensamiento tiene que parar	188
No se puede vivir enchufado a los medios de comunicación	190
Lo de las máscaras es verso: uno existe	192
El fondo de nuestra cotidianidad es el universo, no los medios	194
La familia realiza la mayor aventura psicodélica	196
Al principio los hijos aprenden de los padres, después al revés	198
La paternidad es de suprema importancia	200
Tener hijos es la cosa más increíble del mundo	202
Dos textos sobre la muerte de mi mamá	205

Hay que poner algo antes de la muerte	210
Qué es cumplir 40 años	212
Dudar es bueno, pero dejar de dudar es mejor	214
Las opciones son: comodidad o excitación	216
Agradecimientos	217
Créditos	218
Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA	219